

Mi madre

YASUSHI INOUE

TRADUCCIÓN DE MARINA BORNAS

narrativa **sexto** piso

深水电
山麿



MI MADRE

YASUSHI INOUE

TRADUCCIÓN DE MARINA BORNAS



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original

わが母の記

Copyright: © Los herederos de YASUSHI INOUE, 1975.

Primera edición: 2020

Traducción

© MARINA BORNAS

Imagen de portada

17. Flores de verano, de la serie Cien bellezas en kimono Takasago, ITO SHINSUI, c. 1931

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020

América 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Conversión a libro electrónico

Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-17517-76-2

BAJO LOS CEREZOS EN FLOR

UNO

Mi padre murió hace cinco años, cuando tenía ochenta. Se había retirado del cuerpo médico del Ejército con cuarenta y ocho años, justo después de que le otorgaran el rango de general, y se había ido a vivir a su pueblo natal, en Izu. Durante más de treinta años se dedicó a cultivar en el pequeño huerto de su casa las verduras y hortalizas que luego comía con mi madre. Había dejado el Ejército a una edad en la que aún habría podido abrir su propia consulta médica, pero no quiso hacerlo. Cuando empezó la Guerra del Pacífico aparecieron numerosos hospitales militares y centros de convalecencia, y como no había suficientes médicos en el Ejército le pidieron en varias ocasiones que se encargara de dirigir alguna de aquellas instituciones. Pero él declinó todas las ofertas arguyendo que era demasiado mayor. Había colgado el uniforme y no parecía dispuesto a ponérselo de nuevo. La pensión que recibía le alcanzaba para comprar comida, pero por entonces los bienes materiales escaseaban. Si se hubiera reincorporado al Ejército como director de un hospital de campaña, la vida de mis padres, que empezaba a rozar el umbral de la pobreza, habría sido probablemente muy distinta. Además de obtener cierta tranquilidad económica, habrían estado en contacto con otras personas, lo que habría supuesto un estímulo en la vida de aquellos dos ancianos.

Cuando mi madre me contó por carta que a mi padre le habían ofrecido un puesto en un hospital de campaña fui a casa para convencerlo de que aceptara, pero al final volví sin haberle mencionado el asunto. Al ver su silueta de espaldas trabajando en el huerto trasero con su ropa de campo remendada, me di cuenta de que había perdido cualquier vínculo con la sociedad. Además, había adelgazado bruscamente después de cumplir los setenta años. Durante aquella misma visita, mi madre me dijo que se podían contar con los dedos de la mano las veces que mi padre había salido de casa desde que vivían en el pueblo. Aunque no se mostraba descortés con las visitas que recibían, jamás iba a casa de nadie. Teníamos tres o cuatro parientes que vivían a pocas calles de distancia, pero nunca los visitaba a menos que alguno de ellos sufriera una desgracia. Salvo excepciones, pues, evitaba incluso salir al portal de su propia casa.

Mis hermanos y yo sabíamos que nuestro padre tenía cierta tendencia a la misantropía, pero todos vivíamos ya en la ciudad y teníamos nuestras propias familias. Durante el tiempo en que ninguno de nosotros tuvo contacto diario con él y nuestra madre, la edad agravó el trastorno de nuestro padre hasta límites que éramos incapaces de imaginar.

Siendo como era, probablemente nunca se le pasó por la cabeza pedir ayuda a sus hijos y en otras circunstancias se las habría arreglado para seguir adelante con su pensión, pero el final de la guerra trajo consigo una situación límite que lo cambió todo, y dejaron de ingresarle la pensión durante un tiempo. Cuando empezó a recibirla de nuevo, el importe había menguado y la moneda

se había devaluado. Mi padre aceptaba el dinero que yo le enviaba una vez al mes, aunque estoy convencido de que lo hacía muy a su pesar. Puede parecer una exageración, pero se podría decir que verse obligado a aceptar mi dinero lo mataba por dentro. Mi padre no desperdiciaba nada. Aunque yo le enviaba dinero suficiente para que pudieran vivir sin estrecheces, no gastaba ni un centavo más de lo estrictamente necesario para cubrir sus necesidades más básicas. Una vez terminada la guerra siguió cultivando la huerta, empezó a criar gallinas e incluso hacía su propio miso para no tener que comprar nada más que arroz. Sus hijos e hijas ya éramos adultos trabajadores e independientes, y cada vez que nos reuníamos no podíamos evitar criticar y censurar la extrema austeridad de nuestro padre, pero no conseguimos que cambiara. Queríamos ayudar a nuestros padres para que pudieran disfrutar de una vejez lo más confortable posible, pero ellos no gastaban el dinero que les enviábamos y, si les regalábamos prendas de vestir o ropa de cama, utilizaban lo mínimo y guardaban el resto. Al final, pues, decidimos mandarles sólo comida. La comida se echaba a perder, así que tendrían que comérsela.

La vida de mi padre, que había durado ochenta años, se podría describir como «pura». Nunca otorgó tratos de favor ni se granjeó enemistades. Cuando echo la vista atrás y reflexiono acerca de sus treinta años de aislamiento, me doy cuenta de que no habría podido mancillar su trayectoria vital aunque hubiera querido. Al morir dejó en su cuenta bancaria el importe justo para cubrir los gastos de su propio funeral y el de mi madre. Todo el patrimonio que había heredado al casarse con mi madre y entrar en su familia lo heredé yo —su primogénito— intacto. Al parecer, después de la guerra había vendido casi todos los muebles y enseres domésticos que había comprado mientras servía en el Ejército, así que en la casa no quedaba nada de valor. En cambio, no había extraviado ninguno de los objetos que se iban transmitiendo de generación en generación, como tapices y jarrones. Mi padre no había añadido ni sustraído un solo centavo al patrimonio familiar.

Cuando yo era pequeño, mis padres me dejaron al cuidado de una abuela que fue quien me crio. Aunque yo la llamaba «abuela», no guardaba ningún parentesco conmigo: se llamaba Nui y era la amante de mi bisabuelo, que había sido médico. Cuando éste murió, Nui fue inscrita en el registro familiar como madre adoptiva de mi madre. Aquellas disposiciones se tomaron, como es natural, según la voluntad que mi bisabuelo había consignado en su testamento. Nadie se sorprendió, pues había tenido una vida muy poco convencional.

Así pues, según el registro familiar, Nui era mi abuela. De pequeño, yo la llamaba «abuela Nui» para distinguirla de mi bisabuela legítima, que entonces aún vivía; y de mi abuela, la madre de mi madre. A mi bisabuela la llamaba «abuelita» y a mi abuela, simplemente «abuela». No hubo ningún motivo concreto para que me criara la abuela Nui. Entonces mi madre era muy joven, estaba embarazada de mi hermana y no tenía ayuda en casa, así que me mandó provisionalmente al pueblo con la abuela Nui. Me quedé a vivir allí y pasé toda mi infancia con ella. Para la abuela Nui, tenerme a su cargo fue probablemente una forma de consolidar su delicada posición en la familia. Además, le habría resultado muy difícil separarse de mí porque era una anciana solitaria que me quería con todo el corazón. Yo, que debía de tener cinco o seis años, también me sentía muy unido a ella, por lo que es natural que no quisiera volver a casa. Y mis padres no tenían prisa por recuperarme —más aún viendo que yo no quería volver—, porque poco después de mi hermana nació mi hermano.

La abuela Nui murió cuando estaba acabando la primaria. Tras su fallecimiento, abandoné el pueblo y empecé a vivir por primera vez con mis padres y hermanos. Entré en el instituto de la ciudad en la que servía mi padre. Apenas un año más tarde, sin embargo, me vi obligado a

abandonar de nuevo el hogar familiar porque destinaron a mi padre a una pequeña ciudad cercana a nuestro pueblo natal y tuve que entrar en un internado para seguir estudiando. En total sólo viví dos años más con mi familia: uno al terminar la educación secundaria, mientras me preparaba el examen de acceso a bachillerato; y otro en primero de bachillerato, cuando un nuevo traslado de nuestro padre volvió a interferir en nuestra vida familiar. Desde entonces no he tenido más ocasiones de vivir con mis padres y hermanos. A pesar de que no existía una convivencia que reforzara el vínculo entre mi padre y yo, nunca recibí por su parte un trato distinto al que dispensaba a mis tres hermanos, que sí vivían bajo su mismo techo. Fuera cual fuera la situación, siempre se mostraba imparcial sin que le costara el menor esfuerzo: mi padre no era de los que sienten más apego por los hijos que han criado que por los que han crecido lejos de él. Además, por insólito que pueda parecer, tampoco había diferencias entre el afecto que prodigaba a sus propios hijos y a otros familiares. Y, lo que es aún más sorprendente: trataba de la misma forma a sus hijos e hijas que a cualquier conocido reciente, aunque no estuviera emparentado con él. Así pues, su actitud con sus hijos parecía más bien fría, mientras que su forma de relacionarse con otras personas era más bien cordial.

A los setenta años, a mi padre le diagnosticaron un cáncer que superó con éxito tras una operación, pero la enfermedad se reprodujo diez años más tarde y estuvo seis meses postrado en la cama, cada vez más débil. A su edad no era prudente operarlo de nuevo, así que sólo cabía esperar la muerte. Durante un mes, cada día pensábamos que podía ser el último. Ante la inminencia del final, mis hermanos y yo llevamos al pueblo nuestra ropa de funeral y empezamos a visitar a nuestros padres con asiduidad. Fui a ver a mi padre el día antes de su muerte, y el médico me dijo que probablemente aguantaría cuatro o cinco días más. Aquella misma noche, mientras yo me encontraba de camino a Tokio, exhaló el último suspiro. Conservó la mente lúcida hasta el final, y no dejó de dar instrucciones detalladas a quienes lo rodeábamos sobre la comida que debíamos ofrecer a las visitas o a quién debíamos avisar en el momento de su muerte.

La última vez que vi a mi padre, me despedí diciéndole que volvía a Tokio y que regresaría en dos o tres días. Entonces él sacó su mano demacrada de entre las sábanas y la alargó hacia mí. Como nunca había hecho ningún gesto parecido, en aquel momento no supe qué esperaba de mí. Tomé su mano entre la mía, y él me la estrechó. Nuestras manos estuvieron tímidamente enlazadas por unos instantes y luego noté que mi padre me apartaba la mano. Fue una sensación parecida al leve tirón que se percibe en el extremo de una caña de pescar. Solté su mano de inmediato, sobresaltado. No supe cómo interpretar aquel gesto, pero tuve el presentimiento de que había querido decirme algo. Cuando me rechazó, fue como si me castigara: «¡Qué te has creído al tomar la mano de tu padre! ¡Menuda impertinencia!».

Después de su fallecimiento, estuve varios días rememorando aquel incidente. Me obsesioné y pasaba muchas horas pensando en ello. Es posible que mi padre, presintiendo que se acercaba la hora de su muerte, me hubiera tendido la mano para expresarme por última vez su amor paternal y luego, cuando yo se la estreché, él la rechazó súbitamente avergonzado de sus propios sentimientos. Aquella explicación era la que me resultaba más convincente, pero tal vez no fuera eso lo que había pasado: quizá mi padre había notado algo que no le había gustado en mi forma de tomarle la mano y la había apartado inmediatamente, conteniendo los sentimientos que quería expresar. Sea como fuere, con su sutil rechazo volvió a establecer la distancia habitual entre ambos, que se había reducido por un breve instante. Eso habría sido muy típico de él, y debo aceptarlo como tal.

Por otro lado, no lograba librarme de la sospecha de que tal vez fuera yo quien había apartado la mano de mi padre y no al revés. Tan posible era que él hubiera rechazado mi mano como que yo hubiera rechazado la suya. Quizá no hubiera existido frialdad alguna por su parte y yo fuera el único responsable. No tenía pruebas para demostrar lo contrario. Tal vez yo, inconscientemente, había pensado: «No es propio de ti ponerte cariñoso a estas alturas», o: «No deberías tenderme la mano a mí, que soy tu hijo», y había apartado su mano tras estrechársela momentáneamente. Aquella posibilidad me atormentaba cada vez que se inmiscuía en mis pensamientos.

Sin embargo, al final conseguí dejar de dar vueltas y más vueltas al pequeño episodio que había ocurrido entre mi padre y yo. Fue una liberación repentina y completamente inesperada: un día se me ocurrió pensar que quizá mi padre, dentro de su tumba, también estuviera tratando de descifrar el significado de aquel gesto que había tenido lugar entre ambos, sin testigos, tan sutil que había resultado casi imperceptible. Entonces, de repente, me sentí libre. Era posible que, en el otro mundo, él también estuviera devanándose los sesos por interpretar aquella escena igual que lo hacía yo. Así, en mi imaginación, me sentí hijo de mi padre por primera vez, lo que nunca me había pasado mientras él vivía. Yo era su hijo, y él era mi padre.

Tras la muerte de mi padre, a menudo me llamaba la atención el gran parecido entre nosotros. Mientras vivía nunca se me había ocurrido pensar que pudiera parecerme a él, y la gente que me rodeaba solía decirme que teníamos personalidades completamente distintas. Desde que empecé a estudiar, me esforzaba conscientemente por pensar lo contrario de lo que pensaba él y llevar un estilo de vida opuesto al suyo, aunque de todas formas habría sido muy difícil encontrar un parecido entre ambos. De joven, mi padre ya era un misántropo, mientras que yo tenía muchos amigos, era miembro del club de deporte y me gustaba estar en el centro de los círculos más animados. Seguí siendo igual de sociable cuando terminé la universidad y empecé a trabajar y, cuando alcancé la edad en la que mi padre se había retirado, no había nada más lejos de mis intenciones que volver al pueblo como había hecho él y vivir aislado del resto del mundo. A los cuarenta y tantos años, casi a la misma edad en la que mi padre había cortado cualquier vínculo con la sociedad, yo dejé el periódico donde trabajaba para empezar mi carrera como escritor.

A pesar de todo, tras la muerte de mi padre, lo sentía dentro de mí en los momentos más inesperados: cuando bajaba del porche para ir al jardín, por ejemplo; o cuando tanteaba el suelo con los pies buscando los zuecos igual que lo hacía él. Lo mismo me pasaba cuando abría el periódico en la sala de estar y me inclinaba para leerlo. A veces cogía un paquete de cigarrillos y, en ese mismo instante, me daba cuenta de que lo había hecho igual que mi padre y volvía a dejarlo. Por las mañanas me miraba en el espejo para afeitarme y, cada vez que enjuagaba la brocha bajo el grifo y la escurría con los dedos, me decía a mí mismo que mi padre lo hacía exactamente igual.

Aparte de todos aquellos gestos y ademanes, también me sobrevino la idea de que podía estar asimilando la forma de pensar de mi padre. Mientras trabajaba, a menudo me levantaba de la mesa para sentarme en la silla de mimbre del porche y zambullirme en pensamientos completamente ajenos a lo que tenía entre manos, con la mirada fija en las ramas del viejo olmo, que se esparcían en todas direcciones. Igual que mi padre. Lo recuerdo recostado en la silla de mimbre del porche de la casa del pueblo, con los ojos clavados en las copas de los árboles. Entonces me sentía como si estuviera contemplando un profundo abismo abierto delante de mí, sin poder librarme de la sensación de que mi padre se perdía en sus pensamientos del mismo modo en que lo hacía yo ahora. Así era como sentía que mi padre estaba dentro de mí, y a menudo pensaba en él como un

ser individual que vivía en mi mente. A veces lo veía y hablaba con él.

Con la muerte de mi padre también comprendí que una de sus misiones en vida había sido protegerme de la muerte. Mientras él vivía —o quizá precisamente porque vivía—, yo nunca había pensado en mi propia muerte (al menos no de forma consciente, sólo como algo que tenía escondido en un rincón del alma). Pero cuando mi padre murió, el conducto que me separaba de la muerte se despejó de repente y quedó completamente abierto, así que me vi obligado a mirar una de las mitades del rostro de la muerte: empecé a pensar que a mí también me llegaría la hora. Con la muerte de mi padre aprendí que él me había protegido a mí, su hijo, por el simple hecho de estar vivo. No es algo que se haga de forma consciente; no se trata de un pacto entre humanos ni de una cuestión de amor filial. Se trata de algo que nace de la simple relación entre un padre y un hijo y es, sin duda, el vínculo más genuino que puede existir entre ambos.

Entonces empecé a pensar que tal vez mi propio final no estuviera tan lejos. Pero mi madre, que seguía gozando de buena salud, mantenía oculta la otra mitad del rostro de la muerte, así que el velo que se interponía entre ella y yo no se apartaría por completo hasta que falleciera mi madre. Entonces la muerte vendría a plantarse ante mí con la cara completamente descubierta.

Mi madre tiene ahora la misma edad que tenía mi padre cuando murió. Es cinco años más joven que él, o sea que tiene ochenta.

DOS

El problema más inminente tras la muerte de mi padre fue decidir qué hacer con mi madre, que se había quedado sola en la casa del pueblo. La mayor de sus dos hijas vivía en Mishima y yo, en Tokio, igual que mi hermana y hermano pequeños. Mi madre no tenía el menor deseo de abandonar la casa donde había vivido con mi padre los últimos treinta años, pero mis hermanos y yo sabíamos que no podíamos dejarla sola por mucho tiempo a una edad tan avanzada. Mi madre gozaba de una salud de hierro. Era bajita pero tenía la espalda completamente erguida y, cuando realizaba alguna actividad física, sus mejillas se teñían de un tono rosado que la hacía parecer mucho más joven. Era capaz de leer el periódico sin gafas y, aunque le faltaban un par de muelas, no tenía ni un diente postizo. Sin embargo, a pesar de su excelente estado físico, dos o tres años antes de la muerte de mi padre se había vuelto muy olvidadiza y había empezado a repetir las cosas varias veces. A mi padre le preocupaba mucho dejarla sola, y hasta el último suspiro nos estuvo pidiendo con insistencia que cuidáramos de ella. Entonces sus temores parecían infundados, pero cuando mi madre se quedó sola comprendí el porqué de tanta preocupación. Al poco tiempo de estar viviendo con ella descubrí que su demencia era mucho más grave de lo que había imaginado. Aunque en una conversación de cinco o diez minutos fuera muy difícil detectarla, cuando llevabas una hora hablando con ella no hacía más que repetir las mismas palabras una y otra vez. Al parecer, no sólo olvidaba de inmediato lo que acababa de decir sino también las respuestas de su interlocutor, y al poco rato repetía algo que ya se había mencionado. No había nada raro en sus temas de conversación porque mi madre, a diferencia de mi padre, siempre había sido una persona muy sociable y le gustaba hablar de asuntos cotidianos. Su genuino interés cuando preguntaba por la salud de alguien revelaba la amabilidad que la caracterizaba. Así pues, alguien que sólo la escuchara una vez no sospecharía nunca que la edad había empezado a hacer mella en su cerebro. Pero cuando llevaba un rato repitiendo las mismas palabras y frases sin darse cuenta, resultaba imposible pasar por alto el deterioro de su mente.

Mi madre estuvo un año viviendo sola en la casa del pueblo, con una asistenta tan joven que parecía su nieta. Una vez terminada la ceremonia con la que conmemoramos el primer aniversario de la muerte de mi padre, después de un buen berrinche y muy a su pesar, mi madre accedió a mudarse a Tokio para vivir en casa de Kuwako, su hija menor, la pequeña de mis dos hermanas. Kuwako, que se había separado de su marido y había abierto su propio salón de belleza, aceptó la misión de instalarla en su casa. Mi hermano pequeño y yo también vivíamos en Tokio, pero mi madre prefería que la cuidara su hija que una de sus nueras. Aceptó el traslado a la ciudad con la única condición de irse a vivir con ella.

Una vez en Tokio, mi madre empezó a repetirse con más frecuencia. Kuwako me decía que se

sentía impotente. Debía de ser insoportable oírlo repitiendo lo mismo desde la mañana hasta la noche, como un disco rayado. Yo traía a mi madre a mi casa de vez en cuando para que mi hermana pudiera descansar, pero al día siguiente ya quería volver con ella. Aunque consiguiéramos convencerla para que se quedara más tiempo, no solía aguantar más de tres días. Tanto mi familia como yo notábamos que, cada vez que venía a casa, mi madre estaba más olvidadiza y se repetía con más frecuencia que en su anterior visita.

—La abuela ya no funciona, ¿verdad? —me dijo una vez mi hijo mayor, que entonces estudiaba en la universidad. Miré a mi madre y me di cuenta de que, aunque no estaba enferma, parecía una máquina estropeada. Algunas de sus partes no marchaban como es debido, mientras que otras funcionaban a la perfección, por lo que era aún más difícil tratar con ella. Además, las partes sanas se entremezclaban con las afectadas hasta el punto de que resultaba muy complicado distinguirlas. Su falta de memoria era flagrante, pero también había cosas que no olvidaba nunca.

Cuando estaba en casa, venía a mi despacho varias veces al día. Yo oía el sonido característico de sus zapatillas acercándose por el pasillo y enseguida sabía que era ella.

—Perdona que te interrumpa —me decía en un tono muy formal, como si se dirigiera a un extraño, y entraba en el despacho—. He estado pensando en un asunto que tengo que discutir contigo —empezaba siempre a modo de preámbulo, y luego sacaba algún tema que ya me había comentado antes: que si la hija de alguien del pueblo se había casado y deberíamos enviarle un regalo, que si alguien había dicho tal cosa y quería que yo lo supiera... Para nosotros eran asuntos triviales, pero su forma de repetirlos una y otra vez sin olvidarlos revelaba que para ella eran muy importantes.

Cuando aparecía en mi despacho por enésima vez, ella misma parecía darse cuenta de que ya había venido a hablarme del tema y su expresión dejaba traslucir cierta inseguridad y vacilación. Cuando empezaba a hablar, yo me adelantaba diciéndole lo que sabía que iba a decirme. En cuanto le demostraba que ya habíamos hablado del asunto, se ruborizaba como una niña. Para disimular su turbación, cruzaba el despacho, salía al pasillo y se calzaba los zuecos para ir al jardín como si acabara de recordar que tenía algo que hacer. Al final, acababa oyendo su risa despreocupada y su voz cantarina mientras hablaba con alguna vecina en el jardín. Pero al cabo de un par de horas volvía a mi despacho para hablarme del mismo asunto.

Durante un tiempo, mi familia y yo pensábamos que mi madre debía de tener un interés extraordinario en aquello que repetía una y otra vez, y nos esforzábamos por resolver las cuestiones que tanto la atormentaban con la esperanza de que dejara de hablar de ellas. Si mi madre insistía en enviar un regalo a alguien, mi esposa Mitsu le enseñaba algo que había comprado, lo envolvía delante de ella y se lo entregaba a nuestra asistente para que lo llevara a la oficina de correos. Pero mi madre no se dejaba engañar:

—No puedo estar segura de que lo enviará —decía insidiosamente, observando con recelo cómo mi mujer envolvía el regalo. Su desconfianza nos dolía, pero la espontaneidad de sus reacciones revelaba que aún era capaz de discernir artimañas ocultas. Y repetía sus sospechas una y otra vez, con una insistencia que rozaba la malicia. Aunque su actitud parecía desafiante, no había en mi madre ni un ápice de rebeldía o mala intención: al cabo de un par de horas ya no recordaba nada de lo que había pasado, ni siquiera que Mitsu había envuelto el regalo delante de ella.

Sin embargo, el disco rayado que mi madre tenía dentro de la cabeza no repetía las mismas palabras durante mucho tiempo. Obedeciendo a un patrón incomprensible, el inquilino que hasta

entonces había ocupado su cerebro y acaparado toda su atención desaparecía de la noche a la mañana y cedía su lugar a uno nuevo. Ni siquiera mi hermana Kuwako, que la conocía mejor que nadie, sabía por qué el antiguo inquilino desaparecía de repente. Un buen día, se despertaba y ya no volvía a mencionar el asunto que la había tenido obsesionada hasta el día anterior. Además, una vez olvidaba un tema, reaccionaba con la indiferencia más absoluta ante cualquier intento de retomarlo. Tampoco había forma de saber por qué una nueva obsesión ocupaba la cabeza de mi madre. Los asuntos de los que hablaba una y otra vez eran de lo más variopintos. A veces eran cosas que quería que hiciéramos por ella, otras veces se limitaba a explicar algo que le habían dicho o recordaba vivencias de un pasado lejano. Nunca entendí por qué precisamente aquellas cuestiones estimulaban su conciencia tan a menudo y salían en forma de palabras que sonaban como un disco rayado.

El pasado verano descubrí que mi madre mencionaba a menudo el nombre de Shunma, un pariente que había muerto en 1893 o 1894 con sólo diecisiete años. Aquella noche, yo había invitado a un cliente a cenar en un restaurante del distrito de Tsukiji y no llegué a casa hasta pasadas las once. Cuando me senté en el sofá de la sala, desde la habitación contigua me llegaron las voces de mis hijos mezcladas con la voz de mi madre, y le pregunté a Mitsu si había venido la abuela (todos la llamábamos «abuela»: mi familia, mis hermanos y yo).

—Sí —respondió ella riendo—, pero no sé qué la habrá traído por aquí.

Se ve que Kuwako había llamado unas horas antes para decir que, por extraño que pareciera, mi madre quería venir a mi casa: «Se quedará sólo esta noche y mañana ya querrá volver, pero cuando se le mete una cosa en la cabeza no hay forma de disuadirla. Llamaré a un taxi para que os la lleve allí. Os haréis cargo de ella, ¿verdad?».

—Ya sabemos que Shunma te gustaba, abuela, pero no es propio de ti pasarte todo el día hablando de él: que si Shunma esto, que si Shunma aquello. Una persona de ochenta años no debería comportarse así —le decía mi hijo menor, que tenía diecisiete años, enfatizando el «no debería».

—Shunma no me gustaba —respondía mi madre.

—No me vengas con ésas, abuela. Estabas loca por el abuelo Shunma, ¿a que sí? ¿Cómo dices? ¿Que no te gustaba? ¡No es verdad!

—¿Por qué lo llamas «abuelo»? ¡No era ningún abuelo! Tenía tu edad.

—Si estuviera vivo tendría casi noventa años, ¿no?

—¿Estás seguro? No creo que fuera tan viejo...

—Era siete u ocho años mayor que tú.

—Si estuviera vivo, tal vez, pero murió cuando tenía tu edad. Y era mucho más amable e inteligente que vosotros.

Las carcajadas de los niños ahogaron la voz de mi madre. La puerta corredera de papel tembló como si alguien se hubiera caído de espaldas al suelo. El que había estado hablando era mi hijo menor, pero también se oían las risas del mayor, que estudiaba en la universidad, y de mi hija pequeña, que estaba en secundaria. Entre las voces de los niños pude oír la risa de mi madre, que al parecer les seguía la corriente. Sonaba muy alegre.

—No deberíamos dejar que los niños se burlaran de la abuela —dije.

—Es ella quien los provoca —replicó Mitsu—. Cada vez que viene, los coge por banda y les habla de Shunma sin parar.

—¿Qué les dice?

—Que Shunma era muy amable, que era un alumno excepcional que había entrado en la Escuela Superior a los diecisiete años, que si hubiera vivido habría sido un estudiante brillante... No me sorprende que los niños se rían de ella. A veces también presume de Takenori, el hermano menor de Shunma, pero habla mucho más del mayor. El otro día, cuando la invitamos a cenar para el aniversario de la muerte del abuelo, no hacía más que hablar de él. Tuve que pedirle que se olvidara un rato de Shunma y hablara un poco del abuelo para no faltarle al respeto.

Tuve que admitir que no me había dado cuenta de que mi madre hablara tanto de Shunma, y mi esposa me miró con perplejidad.

—Hace bastante tiempo que empezó a hablar de él. ¿Cómo es posible que no la hayas oído nunca? A lo mejor no lo menciona delante de ti porque eres su hijo, pero es evidente que a la abuela le gustaba mucho ese chico.

—Es sorprendente que nunca hable de mi padre —observé.

Yo sabía quiénes eran Shunma y su hermano Takenori, que pertenecían a una familia emparentada con la nuestra. Eran por así decirlo primos lejanos de mi madre, pues el padre de mi madre —es decir, mi abuelo materno— era primo de los dos hermanos. Shunma y Takenori habían perdido a sus padres siendo muy pequeños y mi familia se había hecho cargo de ellos, así que habían crecido con mi madre. Pero Shunma murió poco después de entrar en la Escuela Superior y su hermano Takenori también falleció mientras estudiaba en la misma escuela, ambos a los diecisiete años. Mi madre tenía razón al afirmar que eran alumnos brillantes, pues habían podido acceder a la Escuela Superior con sólo diecisiete años. Están sepultados en la esquina sureste del terreno reservado para nuestra familia en el cementerio del pueblo. El hermano mayor lleva nuestro apellido, pero el menor no se lo cambió. Siempre he tenido la sensación de que había dos intrusos descansando en nuestra zona del cementerio.

Cuando descubrí que mi madre hablaba de Shunma con tanta frecuencia, empecé con disimulo a prestar más atención a lo que decía. Yo era el único ignorante, pues en mi casa todos —incluso la asistenta— sabían que mi madre hablaba de él a todas horas como si hubiera sido su novio. Un día se lo comenté a mi hermana Kuwako, que dijo:

—A mí nunca me habla de él, pero en el pueblo lo sabe toda la familia. A lo mejor le da reparo mencionarlo delante de nosotros porque somos sus hijos. Todavía es capaz de mostrar cierta discreción, ¿no?

Si bien es cierto que mi madre hablaba de Shunma constantemente, no decía gran cosa acerca de él: que era muy amable, que era un alumno brillante y que un día, mientras estaba estudiando, ella se acercó al porche desde el jardín y él la invitó a hacerle compañía. Esto es todo. Por entonces mi madre debía de tener siete u ocho años. Para una niña de su edad, aquella invitación fue un gran acontecimiento que no podría olvidar mientras viviera. Mi madre no decía nada más aparte de esto. No es que hubiera algo más que decir y no quisiera contarlo; más bien me temo que esto era lo único que recordaba. De entre sus múltiples obsesiones, Shunma era el único que no abandonaba su cabeza con el paso del tiempo. En este sentido era diferente de los demás inquilinos que ocupaban el cerebro de mi madre.

Mis hermanos y yo solíamos hablar de ello cuando nos reuníamos. Todos estábamos de acuerdo en que nuestra madre había estado enamorada de su primo lejano, aquel joven brillante que había muerto de forma prematura. Era la única explicación posible. El cambio de apellido sugiere que tal vez incluso hubieran estado prometidos. Y cada vez que salía el tema, alguien

decía que, a pesar de todo, no era correcto que nuestra madre no hablara de nadie más que de Shunma y olvidara por completo a nuestro padre, con quien había compartido toda su vida. Siempre poníamos fin a la conversación entre risas, pues había algo cómico en que nuestra madre albergara semejante secreto, y no nos sentíamos sorprendidos ni traicionados por haberlo descubierto a aquellas alturas.

Aquella revelación cambió ligeramente mi forma de ver a mi anciana madre.

Tanto mis hermanos como yo éramos ya mayores y no nos escandalizaba que nuestra madre hubiera sentido el flechazo del amor siendo muy jovencita y lo hubiera atesorado en su corazón a lo largo de toda la vida. Sabíamos que ni siquiera a mi padre le habría afectado si se hubiera enterado dentro de su tumba. Probablemente se habría limitado a decir: «Ah, bueno». Sea como fuere, aquello había transcurrido setenta años atrás. Tanto mis hermanos y mi familia como yo decíamos que eran «cosas de la abuela» y nos sentíamos más bien aliviados, como si hubiera entrado un soplo de aire fresco.

Prohibí a mis hijos que se burlaran de su abuela, pero cada vez que ella venía a casa se empeñaba en que los niños escucharan sus historias de Shunma como si fuera la primera vez que las contaba. Al principio ellos intentaban hacer oídos sordos, pero se ponía tan pesada que terminaban gastándole bromas. Cuando mi madre empezaba a hablar de Shunma, abordaba el tema con cierta timidez, como si estuviera pensando: «En realidad no debería hablar de esto, pero no pasará nada por comentarlo sólo un ratito». Como no recordaba que sus nietos estaban hartos de oír la misma historia, al principio su cara siempre reflejaba aquella inocencia y la emoción de un primer flechazo que nunca se olvida.

Con el mismo interés con que se examina el movimiento de las antenas de un insecto, empecé a fijarme en el rostro de mi madre cuando hablaba de Shunma. Ella nunca mencionaba al joven delante de mí, así que no me quedaba otra que observarla con disimulo mientras se dirigía a los niños. En su expresión no había ni un ápice de picardía; más bien reflejaba vacilación y timidez. Cuando hablaba de aquel primer amor, en sus ojos brillaba un destello de nostalgia. Mientras la espiaba, pensaba que debía de haber amado mucho al joven Shunma y me sentía profundamente conmovido por aquella melancolía que había arrastrado durante toda su vida. En sus palabras y sus expresiones carcomidas por la vejez había una tristeza distinta a la que se suele atribuir a la edad en sí. Y en las alegres carcajadas propias de los ancianos y la expresión distraída que mostraba a veces había algo que me decía que me mantuviera a una distancia prudencial y me limitara a observarla en silencio.

—Me pregunto si será cierto el dicho de que nunca puedes bajar la guardia ante una mujer, aunque tengas hijos con ella —le dije un día a mi esposa.

—No lo sé, tal vez. Pero quizá la abuela sea diferente —respondió ella, mirándome como si estuviera escudriñando el fondo de mi corazón. Luego dijo que ver a la abuela así le causaba la impresión de que, en cierto modo, la vida no tenía sentido. Pero yo pienso que el sentido de la vida depende del punto de vista: se podría decir que el vínculo entre un matrimonio que ha convivido toda la vida no tiene demasiado sentido si sólo ha sido físico, pero si tomamos como referencia un amor espiritual —aunque sólo sea una pequeña chispa— que ha perdurado sin extinguirse durante muchos años, se puede decir que la vida no se ha malogrado del todo. Sea cual sea la forma de verlo, en la expresión de mi madre había la misma tristeza que en la conversación que mantuve con mi mujer. Lo cierto es que, ante el ocaso de una vida humana, parece inevitable preguntarse si ha tenido sentido. Y más cierto me parece aún cuando miro a mi madre y me doy

cuenta de que me encuentro ante el desenlace de una vida de ochenta años.

La madre de Mitsu falleció el pasado verano en Hiroshima, en casa de su hija pequeña. Tanto mi familia como la de mi mujer se caracterizan por su longevidad. Mi suegro murió al final de la guerra a los ochenta años, a la misma edad que mi padre, y mi suegra tenía ochenta y cuatro. A principios de verano recibimos la noticia de que su enfermedad se había agravado. Mitsu partió de inmediato hacia Hiroshima, cuidó de ella durante quince días y estuvo a su lado cuando murió. Yo estaba muy resfriado y no pude asistir al funeral. Así pues, la última vez que vi a mi suegra fue en la visita que le hice a finales de mayo.

Mitsu se quedó casi dos semanas en casa de su hermana después del entierro. Fue bastante inusual porque a mi mujer no le gusta estar fuera de casa, pero había que cerrar varios asuntos y, además, ella tenía el presentimiento de que, una vez muerta la madre, ya no volvería a convivir con su hermana y quería aprovechar aquellos últimos días. La noche que regresó me habló mientras cenábamos de las últimas horas de su madre, de anécdotas que ella misma había visto y de otras cosas que le había contado su hermana.

—Todas las abuelas son parecidas —nos dijo a los niños y a mí.

Un mes antes de morir, mi suegra había empezado a llamar con insistencia a su hermana mayor, que la había criado como si fuera una madre: «Hermana, tráeme agua caliente», o: «Hermana, tráeme las medicinas». La llamaba para cualquier cosa que necesitara. A pesar de que llevaba cerca de un año postrada en la cama, casi se podría decir que hasta entonces se había mantenido incluso más lúcida que los que la rodeaban. Todas las mañanas pedía que cambiaran el agua del altar familiar, donde se encontraba la tablilla mortuoria de su difunto marido, y a veces se tumbaba boca abajo en la cama y escribía cartas de agradecimiento para la gente que la había visitado. No pasaba ni un solo día sin que hablara del abuelo, que llevaba diez años muerto. Hasta que un día, de repente, dejó de mencionar al abuelo y empezó a llamar sólo a su hermana. Su forma de llamarla —en el tono lastimero de una niña completamente dependiente de su hermana mayor— sonaba muy desconcertante en boca de una anciana de ochenta y cuatro años.

—A mí me confundió con ella cuando llegué. «¡Hermana, has venido a verme!» —dijo mi mujer, imitando su tono de voz.

—Huy, qué raro suena —opinó mi hijo mayor.

—Lo curioso del caso es que no resultaba desagradable. Costaba creer que alguien tan mayor pudiera tener una voz tan dulce y tierna. Incluso la enfermera se quedó perpleja, y dijo: «Mire, ya vuelve a llamar a su hermana». A partir de entonces, cada vez parecía más una niña, y dos o tres días antes de morir se chupaba el pulgar sin parar, como un bebé succionando un pezón.

Yo no podía imaginar a mi suegra de ochenta y cuatro años con el pulgar en la boca. Sin embargo, teniendo en cuenta que su cuerpo había ido encogiéndose a medida que se acercaba el final, tal vez aquella estampa me habría parecido de lo más natural si hubiera visto a mi suegra justo antes de fallecer.

—Después de haber visto a mi madre —dijo Mitsu—, creo que empiezo a entender a la tuya. Me parece que la abuela también está retrocediendo hacia su infancia. Ahora ha llegado a los diez años y se ha quedado atascada allí. Estoy convencida de ello. El problema no es que no pueda olvidar a Shunma, sino que vuelve a ser la niña de diez años que jugaba con su primo.

No encontré ningún argumento para rebatir aquella teoría. Visto así, parecía lo más lógico.

—Pues claro que tiene diez años —intervino nuestra hija pequeña—. Por eso nunca habla del

abuelo, porque a esa edad aún no se había casado con él. Ni siquiera lo conocía.

Luego habló el segundo de nuestros hijos:

—En la abuela de Hiroshima, el proceso fue más rápido: en un abrir y cerrar de ojos regresó a la juventud y luego a la infancia, y era un bebé cuando murió. La abuela, en cambio, aún está bien de salud y puede que siga atascada en esa época de su vida durante varios años. O sea que seguirá hablando de Shunma durante una buena temporada.

—Cuando un anciano regresa a su juventud, el pasado desaparece —añadió nuestro hijo mayor—. Lo ideal sería que desapareciera por completo, pero el problema es que algunas partes no se eliminan del todo. El cerebro borra lo que no nos conviene y conserva sólo lo que nos interesa. Parece que a la pobre abuela la hemos acusado injustamente.

Mientras escuchaba a mi familia me preguntaba si era correcto comparar el caso de la madre de Mitsu con el de mi propia madre. Aun así, sabía que mucha gente sigue el mismo camino al envejecer, y probablemente mi madre no fuera una excepción. Algunas partes de su pasado se habían borrado por completo. Todo parecía indicar que también había olvidado a mi padre, y su interés por sus propios hijos había disminuido mucho desde su juventud. Por su actitud era incluso difícil saber si sentía algún tipo de afecto por sus nietos. Era como si mi madre hubiera empezado a borrar con una goma uno de los extremos de la larga línea de la vida que había dibujado hasta entonces. No lo hacía de forma consciente, claro; era la vejez la que iba borrando la larga línea de la vida de mi madre y acercándose inexorablemente al principio.

Creo que mi padre no había borrado nada cuando murió. Su vida era una gruesa línea dibujada con un trazo firme. Mi padre no regresó a sus diez años ni a su infancia. Me tomó la mano como un padre a su hijo y puso fin a una existencia que había durado ochenta años. Pero puede que en sus últimos minutos la vejez también hubiera cogido la goma de borrar sin que nos diéramos cuenta y hubiera eliminado algunas partes de su vida: nadie lo sabe.

El caso es que, después de aquella conversación, compartí con mis hermanos la teoría de que nuestra madre tenía diez años.

—Entonces la abuela también se chupará el pulgar dentro de unos años. ¡Estará tan graciosa! —dijo Kuwako—. Pero ¿sabéis qué es lo que más le preocupa últimamente? Los donativos para la familia de un difunto. Cuando se entera de que alguien ha muerto en el pueblo, se empeña en enviar dinero a la familia y no para de insistir hasta que está segura de que ya lo he hecho. ¡Es insoportable! Tiene anotadas en una libreta las cantidades que ha ido recibiendo nuestra familia por todos los funerales desde hace años: recibimos esto de parte de fulanita, aquello de parte de menganito... Pero los tiempos han cambiado. Hay familias a las que no hace falta enviarles nada porque los mayores ya no están y los jóvenes no siguen la tradición, pero ella no lo entiende. Además, tampoco es capaz de entender que el valor del dinero también ha cambiado. Si tuviera diez años, no se comportaría así...

Cuando nuestra hermana Kuwako, que vivía con nuestra madre y conocía su día a día mejor que nadie, nos contó lo de los donativos de difuntos, tanto mi hermano pequeño como yo tuvimos que admitir que aquella actitud no era propia de una niña.

—Cuando habla de los donativos, se pone como una auténtica vieja cabezota —prosiguió mi hermana—. Una muerte equivale a un donativo. Cuando sabe que alguien ha muerto, piensa automáticamente que hay que devolver a la familia el dinero que ellos nos dieron en otra ocasión. Se lo toma como si fuera un préstamo.

TRES

En primavera organicé una excursión al campo con mi madre, mi familia y mis hermanos, junto con sus familias. Mi madre había cumplido ochenta años y la idea era celebrarlo con un pequeño viaje familiar aprovechando la época de floración de los cerezos. Nos alojaríamos una noche en el hotel Nagawa, luego pasaríamos por Shimoda y dormiríamos otra noche en un hotel recién inaugurado; cruzaríamos Amagi en coche y pararíamos en el pueblo, en Izu. Una vez allí, teníamos planeado visitar juntos la tumba de mi padre. Reservamos las habitaciones de los hoteles en enero y cerramos el grupo de los que íbamos a ir con la misma antelación, pero Kuwako nos pidió que no le dijéramos nada a nuestra madre. Si el plan hubiera llegado a sus oídos, habría estado hablando del viaje todos los días y atosigando a todos los que tenía alrededor con la misma pregunta: «¿Cuándo nos vamos?». Así pues, decidimos no contarle nada hasta el día antes de partir.

Sin embargo, de algún modo que no me explico, a principios de abril nuestra madre descubrió que teníamos previsto llevarla de viaje a Izu, y unos días antes de partir estuvo llamando a mi casa todas las mañanas y todas las noches. Mi hermana Kuwako era la dueña de un salón de belleza y se pasaba el día trabajando, y mi madre aprovechaba su ausencia para llamar. Parecía especialmente interesada en saber si iríamos al pueblo o no. Cuando la persona que cogía el teléfono le aseguraba que teníamos previsto parar en el pueblo, ella respondía: «¡Oh, qué bien! ¡Esto es estupendo!», y olvidaba automáticamente el contenido de la conversación.

El momento de partir fue muy caótico. La noche anterior, Kuwako durmió en mi casa con nuestra madre para tranquilizarla, pues temía que nos fuéramos sin ella.

Aquel día, nos repartimos en dos coches y nos dirigimos a la estación de Tokio. Nada más doblar la esquina de nuestra calle, nuestra madre dijo:

—¡Ay! He olvidado algo importante. Pero ya es tarde, da igual.

Le preguntamos qué había olvidado y dijo que era el bolso. Kuwako, que viajaba de copiloto, dijo que era imposible que hubiera olvidado el bolso porque ella misma se lo había dado en la puerta. Paré el coche y nos levantamos todos para buscar el bolso entre los asientos pero no lo encontramos, así que tuve que regresar a casa. El bolso estaba sobre la azalea que teníamos al lado de la puerta, y encima de él había un pañuelo y una hoja de papel pulcramente doblados. No entendimos por qué nuestra madre lo había dejado allí.

En la estación nos esperaban mi hermano y mi cuñada con sus dos hijos. La mayor de mis dos hermanas y su marido no podían venir, pero estaba previsto que nos acompañaran sus dos hijos (ella estudiaba bachillerato y él había terminado la carrera el año anterior y trabajaba en una sociedad de valores). Mi madre estaba preocupada porque los dos nietos que faltaban aún no

habían llegado. Mientras yo entregaba nuestro equipaje a los mozos de la estación, ella miraba intranquila alrededor. Cuando veía a alguien entre la muchedumbre que le recordaba a sus nietos, echaba a andar en su dirección. Pedí a mis hijos que la vigilaran. Estaba tan angustiada que incluso parecía más pálida.

—Aún falta media hora para que salga el tren. Llegarán a tiempo —intentó tranquilizarla mi hijo pequeño.

—¡Ay! ¡El bolso! —chilló mi madre, muy alterada. Todos nos volvimos hacia ella, que no paraba de mirar alrededor.

—Lo tengo yo —dijo mi hija.

—Deberías habernos avisado antes —le reprochó mi hijo mayor.

—Está bien, está bien —intervino mi madre—, ya lo llevo yo.

—Mejor que no, abuela —dijo alguien en un tono que no admitía réplica.

Mientras tanto llegaron mis dos sobrinos y fuimos todos al andén. De vez en cuando, mi madre frenaba en seco con un sobresalto porque creía que faltaba alguien. Entonces mis hijos la regañaban y la apremiaban a seguir andando. Cada vez que uno de sus nietos la reñía, ella se ruborizaba y reaccionaba con una alegre carcajada.

Subimos al vagón y el tren con destino a Ito se puso en marcha. Mi madre, que hasta entonces no había parado de preocuparse por los demás, se tranquilizó. Se quedó sentada en su asiento, con las manos en el regazo y la cara hacia la ventana, contemplando modestamente el paisaje que discurría junto al trazado ferroviario. Observándola a cierta distancia, me di cuenta de que se había aislado del ajetreo que reinaba antes de subir al tren y ahora estaba completamente sola. Parecía una anciana viajando en solitario.

Una vez en el hotel Nagawa, nos instalamos en nuestras habitaciones, que daban a un gran jardín cubierto de césped y estaban orientadas al mar. La floración de los cerezos acababa de alcanzar su punto culminante, así que habíamos acertado de pleno con las fechas del viaje. Por la ventana veíamos los racimos de flores esparcidos por todo el paisaje como pinceladas en un lienzo, tan firmes e inmóviles que parecían artificiales. Las habitaciones no tenían vistas al mar, pero la brisa nos traía el murmullo de las olas.

Antes de cenar, nos separamos en grupos y salimos a dar un paseo por el amplio jardín. Desde que llegamos al hotel, mi madre no paró de expresar su descontento cada vez que abría la boca, como si pensara: «Esto no es Izu. El paisaje de Izu no tiene nada que ver con éste». Las mujeres le decían cosas como: «Qué bonito, ¿verdad?», y ella mostraba una actitud que parecía decir: «Por mucho que me digáis lo bonito que es, no tengo por qué estar de acuerdo». Su rostro lucía entonces la expresión desafiante de una niña rebelde de diez años, y al mismo tiempo parecía la anciana de ochenta años que era.

A las siete cenamos todos juntos, adultos y niños, en un rincón del gran comedor donde habíamos juntado varias mesas. Cada uno se sentó donde quiso salvo mi madre, que tenía un asiento reservado en el centro. Debía de estar cansada, porque sólo se tomó la sopa y apenas probó el resto de la comida. Además, habló muy poco. Aun así, no dejó de sonreír en ningún momento: parecía satisfecha de que toda la familia se hubiera reunido en su honor. En este sentido no se parecía en absoluto a mi difunto padre.

Después de la cena todos se retiraron a sus habitaciones, pero volvieron a salir enseguida. Mi hermano y yo nos quedamos en la habitación que compartíamos y hablamos como dos hermanos que llevan tiempo sin verse. Nuestra habitación había sido el punto central de un incesante ir y

venir de gente durante el día, pero ahora era diferente. Las habitaciones contiguas también estaban en silencio.

Mi hermano, que contemplaba el jardín por la ventana, comentó que todos habían salido a pasear bajo los cerezos en flor. Me acerqué a la ventana junto a él. Vi a las mujeres y a los niños abajo, divididos en dos o tres grupos, cruzando el jardín iluminado por el alumbrado exterior. Los cerezos que crecían junto al edificio del hotel estaban iluminados y parecían flotar, como si formaran parte del decorado de una obra de teatro. En cambio, los cerezos del otro extremo del jardín estaban más lejos y quedaban completamente sumidos en la oscuridad. Durante la cena se había comentado que los cerezos más espectaculares eran precisamente los que estaban a oscuras, y las mujeres y los niños parecían andar en aquella dirección.

Al cabo de un rato, mi hermano bajó a la recepción. Su mujer tenía que regresar a Tokio al día siguiente, y supuse que había ido a reservar el billete de tren. Cuando me quedé a solas, oí un ligero ruido procedente de la habitación contigua, donde creía que no había nadie. De repente, se me ocurrió que tal vez mi madre se hubiera quedado en la habitación. No recordaba haberla visto en el jardín desde la ventana.

Salí al pasillo enseguida y abrí la puerta de la habitación que mi madre compartía con Kuwako. No estaba cerrada con llave. Al entrar vi a mi madre sentada en la cama más alejada de la ventana. Había adoptado la misma postura que en el asiento del tren, con la espalda erguida y las manos en el regazo.

—Hace un rato ha venido a buscarme Shu —dijo, refiriéndose a mi hijo mayor— para ir a dar un paseo, pero yo necesitaba descansar. —Parecía avergonzada de haberse quedado sola en la habitación. Decidí hacerle compañía y me senté en una silla junto a la ventana. Enseguida me llamó la atención el bolso que reposaba en la mesita de enfrente. Lo cogí y examiné el contenido. Dentro no había nada más que una libreta bastante gastada.

—No hay nada, ¿verdad? —dije.

—¿Cómo que no? Si no hay nada será porque Kuwako lo ha metido todo en su bolso —respondió mi madre, e hizo ademán de bajar de la cama, como si estuviera preocupada. Le hice un gesto para impedirle y se quedó donde estaba, obediente.

Saqué la libreta del bolso y la abrí. Era el registro de los donativos de difuntos. En una página había una lista de nombres de personas y comercios en la letra de mi padre, y en la página opuesta figuraba el importe de los donativos correspondientes. El más antiguo era de 1930. Miré a mi madre, sorprendido de haber encontrado aquello en un lugar tan inesperado.

—¿Por qué has traído la lista de donativos? —le pregunté.

—¿Es eso lo que había dentro? Vaya, pues no lo sabía. Me la llevaría sin darme cuenta. —Mi madre se ruborizó como una niña sorprendida en plena travesura e hizo un nuevo intento de bajar de la cama para recuperar la libreta. Me acerqué a ella para devolverle el bolso y volví a sentarme junto a la ventana—. Qué raro, no lo sabía. A lo mejor ha sido Kuwako quien me ha metido esto en el bolso —añadió, ladeando la cabeza para enfatizar su inocencia. Era poco probable que mi hermana le hubiera metido la libreta en el bolso, de modo que había sido ella misma quien se la había llevado intencionadamente.

Entonces mi hermano entró en la habitación.

—El hotel está completo, pero en las habitaciones no hay nadie. Deben de estar todos abajo —dijo, y se sentó enfrente de mí.

—¿Qué planes tenemos para mañana? ¿Adónde iremos? —preguntó mi madre, tratando de

esconder el bolso detrás de ella como si quisiera evitar a toda costa que el asunto de la libreta volviera a salir en presencia de mi hermano. Le expliqué por enésima vez el itinerario previsto para el día siguiente y añadí que visitaríamos la tumba de mi padre en el pueblo, pero que ella quizá no podría acompañarnos porque la cuesta que llevaba al cementerio era demasiado empinada.

—Yo no iré al cementerio, tendréis que disculparme. Aquella cuesta es muy resbaladiza. Además, ya he cumplido con todas mis obligaciones para con el abuelo. Lo he hecho todo por él, he hecho más que suficiente —dijo mi madre con la cabeza gacha, alisando la sábana mientras hablaba sin levantar la vista de sus manos. Pronunció aquellas palabras con solemnidad, en un tono emotivo muy inusual en ella. La observé como si estuviera presenciando un extraño fenómeno: de repente, la niña de diez años se había convertido de nuevo en una adulta sensata. Tampoco era habitual que hablara de nuestro padre. Entonces levantó la cabeza y fijó la mirada en un punto cualquiera de la habitación, más allá de donde estábamos nosotros. Parecía completamente perdida en sus pensamientos cuando, de repente, dijo—: Una vez fui a verlo bajo la nieve. Me acompañó mi vecina. El camino estaba helado.

Por su tono y expresión era evidente que estaba evocando algún episodio del pasado. Parecía dirigirse a mi hermano y a mí, pero hablaba como si pensara en voz alta. Probablemente estaría recordando alguna de las veces en las que había ido a reunirse con nuestro padre en el lugar donde estaba destinado con el Ejército. Nuestra madre había pasado varias temporadas de su vida en regiones donde nevaba mucho. Había dado a luz a su primer hijo (yo) en Asahigawa, donde estaba estacionada la división de nuestro padre, y vivían en Hirosaki cuando nuestro padre recibió los papeles del retiro. También había vivido en Kanazawa durante dos años. Así pues, su viaje bajo la nieve para reunirse con nuestro padre tenía que referirse a alguna de aquellas épocas en las que había vivido en el norte, pero no sabíamos a cuál.

Nuestra madre siguió hablando en el mismo tono:

—Igual que Shu y los demás se llevan la comida al colegio, yo también le preparaba la comida para que se la llevara todos los días. Nunca sabía qué hacer para acompañar el arroz. — Mi hermano y yo la escuchábamos sin interrumpirla. Algo nos decía que debíamos guardar silencio—. También le limpiaba las botas, y las botas de un militar tienen muchos recovecos.

Tuve la sensación de que algo parecido a un rayo X había atravesado parte de la cabeza de mi madre, como si un haz de luz le hubiese traspasado el cerebro y hubiese iluminado algunos fragmentos de su memoria que ella iba seleccionando para expresar con palabras. Normalmente no era consciente de que estaba recordando algo, los recuerdos emergían de forma espontánea; pero aquella vez era distinto: estaba extrayendo del interior de su mente recuerdos de las penurias que había sufrido por culpa de mi padre, y su voz destilaba rencor.

—Abuela —dijo mi hermano cuando nuestra madre terminó de hablar—. Cuando vivíamos en Hirosaki fuimos al castillo a ver los cerezos en flor, ¿verdad?

Por lo visto, mi hermano también se había percatado de que nuestra madre sólo recordaba los episodios amargos de la vida que había compartido con nuestro padre, y había decidido ayudarla a recordar los buenos ratos y los momentos divertidos. Pero nuestra madre no cayó en la trampa.

—Ah, ¿eso hicimos? —dijo, y volvió a mirarnos. En cuanto nos vio, desapareció la tensión que le crispaba el rostro mientras escarbaba en su memoria para recuperar recuerdos pasados.

—¿Y no te acuerdas de aquella fiesta en el jardín del hospital de la guarnición en Kanazawa? —insistió mi hermano, pero nuestra madre no se inmutó—. Nos reunimos con las demás familias

de los médicos del Ejército y lo pasamos en grande.

—¿De veras?

—Ganaste el segundo premio en la tómbola.

—Pues no, no lo recuerdo —dijo nuestra madre, negando resueltamente con la cabeza. No parecía guardar ningún recuerdo de todo aquello.

—¿Y te acuerdas de cuando...?

Mi hermano se esforzaba por evocar episodios del pasado que para nuestra madre hubieran sido placenteros, pero ella apenas se acordaba de nada; sólo retenía imágenes muy vagas de algunas de aquellas escenas.

Mi madre, que parecía avergonzada de no recordar prácticamente nada, al final se cansó de tener que responder a las preguntas de mi hermano.

—Bueno, yo me voy a dormir —dijo, y se tumbó en la cama.

Mi hermano y yo aprovechamos para salir de su habitación.

—¿Vamos al jardín? —propuso él, y yo accedí. Salimos por una de las esquinas del amplio jardín del hotel y vimos las siluetas oscuras de varios huéspedes repartidos en pequeños grupos por toda la superficie. También había muchas parejas jóvenes. Nuestros familiares debían de estar en algún lugar, pero era difícil reconocerlos. Las siluetas se veían pequeñas y tiesas bajo la luz que iluminaba el jardín.

En el exterior no hacía frío ni calor, y la brisa que me acariciaba las mejillas traía el olor salado del mar. Mi hermano y yo entramos en la zona iluminada y empezamos a andar cruzando el césped hacia la línea de cerezos situada a mano derecha, a lo lejos.

—Nuestra madre ha olvidado todos los buenos momentos que compartió con nuestro padre —dijo mi hermano—. Parece algo habitual en la gente mayor, ¿no crees? —Su voz sonaba ligeramente alterada cuando me confió sus impresiones acerca de lo ocurrido. Al parecer, había estado reflexionando sobre ello desde que habíamos salido de la habitación—. Si te fijas en las columnas de los templos antiguos, las zonas blandas de madera se carcomen con el paso del tiempo y acaban desapareciendo, y sólo se conservan las vetas más duras. Con la gente mayor debe de ocurrir algo parecido: los recuerdos alegres se borran y sólo perduran los malos.

Era una forma de ver las cosas, efectivamente. En aquel momento de lucidez tan inusual, los recuerdos que mi madre había extraído de las profundidades de su memoria pertenecían a momentos difíciles, como el viaje bajo la nieve para reunirse con mi padre y sus obligaciones diarias (prepararle la comida o limpiarle las botas). Había desenterrado aquellos recuerdos desagradables para justificar que no quisiera visitar la tumba de su difunto marido.

Sin embargo, yo tampoco había podido dejar de pensar en lo que habíamos escuchado aquella noche en la habitación de nuestra madre, y había sacado una conclusión algo diferente: nuestra madre había perdido todos sus recuerdos felices, pero también los más dolorosos. No recordaba cuánto la había querido mi padre y cuánto lo había querido ella, pero tampoco recordaba la indiferencia que él mostraba con ella y la frialdad con que ella lo trataba. En este sentido, la balanza de su vida conyugal estaba equilibrada. Los recuerdos que mi madre había recuperado aquella noche —ir al encuentro de mi padre bajo la nieve, limpiarle las botas y prepararle la comida— no podían considerarse malas experiencias. En realidad, seguro que mi madre tampoco había sufrido cuando era joven y tenía que encargarse de todas aquellas tareas. Pero aunque no hubiera sufrido, aquellas obligaciones se habían ido acumulando como capas de polvo a lo largo

de muchos años y ahora, desde la perspectiva de la edad, le parecían mucho más fatigosas. Tal vez mi madre empezara a notar el peso del polvo que se nos acumula día tras día sobre los hombros, casi imperceptiblemente, por el simple hecho de vivir.

Decidí no compartir mis reflexiones con mi hermano hasta más adelante. Pronto llegamos a los cerezos. Un sinfín de racimos formados por pequeñas flores completamente abiertas colgaban como paraguas sobre nuestras cabezas. La intensa luz del alumbrado exterior no llegaba hasta allí. Sólo había una farola cercana que resaltaba las flores envueltas en la penumbra y les daba un tono morado. Fue entonces cuando me sobrevino una nueva idea que vino a prolongar mis reflexiones anteriores: es posible que estas capas de polvo sólo se acumulen en los hombros de las mujeres. Es posible que, durante una larga vida conyugal —y sin que tenga nada que ver con sentimientos como el amor o el odio—, los maridos impongan a sus mujeres esas obligaciones que se depositan en sus hombros como finas capas en forma de resentimiento. Si es así, el marido es el culpable y la mujer, la víctima.

Apremiado por mi hermano, dejé de lado mis reflexiones y nos alejamos de los cerezos para regresar al hotel. Ahora, todas las ventanas del gran edificio estaban iluminadas. Una de ellas era la habitación de nuestra madre. Al salir la habíamos dejado tumbada en la cama, pero ahora debía de estar sentada otra vez. Me resultaba del todo imposible comprender la estructura de la mente de mi anciana madre, pero sabía —y mi hermano también, aunque no dijera nada— que estaba sentada en la cama.

CLARO DE LUNA

UNO

Cuando mi madre cumplió ochenta años, decidí escribir una crónica sobre su senectud. El resultado es el capítulo «Bajo los cerezos en flor», que tiene un formato a medio camino entre la novela y el ensayo. Desde entonces han pasado cinco años, así que mi madre va a cumplir ochenta y cinco. Lleva diez años viuda y ya ha vivido cinco más que mi padre, que falleció en 1959 a la avanzada edad de ochenta años.

Mi madre de ochenta y cinco años debería parecer más vieja que la madre de ochenta años de «Bajo los cerezos en flor», pero no es así. Es cierto que físicamente parece más pequeña, pero su vista no se ha debilitado, su oído no se ha endurecido y sigue igual de fuerte. Tiene la tez lustrosa y parece incluso más joven que antes, y su luminosa sonrisa, de una jovialidad libre de malicia, parece inmune a la fealdad de la vejez. Cuando se ocupa de sus quehaceres diarios parece que haya olvidado sumar años, como cuando va a visitar a unos parientes del barrio andando a paso ligero varias veces al día. No sufre dolor de espalda y casi nunca se resfría. Sólo le faltan un par de muelas que perdió hace ya mucho tiempo. De hecho, si tuviera que destacar un cambio que se haya producido en ella en los últimos años serían dos dientes postizos, los incisivos superiores. Nunca sabrá lo engorroso que es llevar dentadura postiza.

Lo mismo le ocurre con la vista, pues cuando coge el periódico todavía puede leer la letra pequeña sin gafas —y la lee en voz alta, como para sí—, cosa que ninguno de sus cuatro hijos podemos hacer. Cuando mis hermanos y yo hablamos de nuestra madre, lo primero que hacemos siempre es suspirar y decir: «Qué bien está la abuela, ¿verdad? ¡Se ve tan fuerte!».

—Me pregunto si a la abuela le dolería la espalda a los cuarenta o cincuenta años —dijo mi hermana pequeña Kuwako, que empezaba a experimentar aquellos síntomas de la edad. Nadie supo contestarle.

—Supongo que a ella también le pasaría alrededor de los cincuenta —dijo uno de nosotros.

—Eso significaría que es una persona como las demás —añadió otro en tono de decepción.

En la época a la que nos referíamos —es decir, cuando mi padre dejó el Ejército para volver al pueblo a finales de los años veinte y ambos se encontraban en el umbral de la vejez—, mis hermanos y yo ya estábamos emancipados y vivíamos en la ciudad, de modo que el único que podría habernos dado la respuesta a esa pregunta era nuestro difunto padre. Así pues, no podíamos hacer más que confesar nuestra ignorancia en lo relativo a la época en la que nuestra madre había cruzado el umbral de la vejez (momento en el que nos encontrábamos mis hermanos y yo). Y siempre acabábamos sacando la conclusión de que los hijos no saben gran cosa acerca de sus padres.

Mi madre siempre ha sido de constitución pequeña, pero tras la muerte de mi padre ha ido

adelgazando y su tamaño se ha reducido aún más. Ahora tiene los hombros y el pecho tan delgados que su cuerpo no parece humano y uno no puede menos que preguntarse si al cogerla en brazos sólo notaría el peso de los huesos. Cuando la observo con disimulo, la ligereza de sus movimientos me hace pensar en una hoja seca. Si he escrito que a lo largo de los años puede que su cuerpo haya encogido no es sólo por su apariencia ligera: aparte de ligereza transmite también una fragilidad irreversible, una sensación de que su cuerpo ya no tiene otro lugar adonde ir salvo su destino final.

Hace unos dos años, soñé con mi madre. No identifiqué el lugar donde estaba, pero parecía la calle de nuestra casa en el pueblo. El viento amenazaba con llevársela y ella se resistía con todas sus fuerzas, agitando las manos y gritando: «¡Deprisa, que alguien venga a ayudarme!». Aquel sueño me sirvió para darme cuenta de que mi madre se movía de una forma extrañamente ligera, casi flotando: parecía que una fuerte ráfaga de viento pudiera levantarla en cualquier momento y llevársela a otro lugar. Fue a partir de entonces cuando empecé a notar que la figura pequeña y ligera de mi madre contenía algo efímero y frágil. Un día, aquella reflexión se me escapó delante de mis hermanos.

—Ojalá tuvieras razón y hubiera algo frágil en la abuela —dijo Shigako, la mayor de mis dos hermanas—. Prueba a vivir con ella durante una semana. No, tres días bastan para darse cuenta de que no hay nada frágil ni efímero en ella. Te aseguro que yo ya no sé qué hacer. Me siento desbordada, estoy triste y a veces incluso deseo morir con ella.

Mis otros hermanos y yo no tuvimos más remedio que admitir que tenía razón y me arrepentí de haber expuesto mi punto de vista de forma irresponsable e irreflexiva, como un simple espectador. Tuvimos que cambiar de tema para no irritar aún más a mi hermana.

Actualmente mi madre vive en Izu, en la casa del pueblo. Cuidan de ella Shigako y su marido, que trabaja en el ayuntamiento. Shigako asumió sola el papel de cuidadora de nuestra madre en representación de sus cuatro hijos. Para ella es natural que una hija cuide de su anciana madre, pero en su situación actual, cuando es la única de los cuatro hermanos que trata a diario con nuestra madre, en algunos momentos debe de pensar que le ha tocado el peor premio de la tómbola.

Shigako ha asumido la obligación que desempeñaba Kuwako hace unos años. El único cambio que se ha producido desde entonces en la vida de nuestra madre es que ha pasado de vivir en Tokio con Kuwako a vivir en Izu con Shigako. Del cuidado de la hija menor ha pasado al de la hija mayor, y ha cambiado Tokio por Izu.

En «Bajo los cerezos en flor» he contado que, tras la muerte de nuestro padre, mis hermanos y yo decidimos que nuestra madre era demasiado mayor para vivir sola en la casa del pueblo. Muy a su pesar, ella aceptó vivir en casa de Kuwako, que se había separado de su marido, había abierto un salón de belleza y era económicamente independiente. Mi madre no quería que su propia hija tuviera que cuidar de ella, pero al final aceptó a regañadientes mudarse a la ciudad. Siempre que estaba en mi casa o en casa de mi hermano —que, en circunstancias normales, deberíamos habernos hecho cargo de ella—, mi madre se sentía incómoda y no bajaba nunca la guardia. Aceptó la ayuda de sus hijas, pero se negaba a vivir en casa de sus hijos con sus dos nueras, ajenas a la familia. «Hasta ahora he vivido libremente y sin inhibiciones, y a mi edad no quiero vivir en casa de mis hijos para que me digan cómo tengo que coger los palillos a la hora de comer», solía decir con una actitud maliciosa y testaruda.

Mi madre vivió con Kuwako durante cuatro años. Su senilidad se hizo más evidente a los

setenta y ocho o setenta y nueve, cuando llevaba dos o tres años en Tokio, aunque antes de la muerte de mi padre ya presentaba algunos síntomas tempranos. Visto con la perspectiva del tiempo, es posible que ya entonces hubiera aparecido algún indicio, pero su carácter se volvió más temperamental y nadie se percató de que tenía una zona del cerebro dañada.

Empezamos a pensar que se trataba de algo grave cuando nos dimos cuenta de que, por mucho que le llamáramos la atención, nuestra madre no era capaz de aceptar que repetía las cosas una y otra vez porque las olvidaba en cuanto salían de su boca: «Esto ya lo has dicho mil veces, abuela», le decíamos. Pero era inútil, pues ella siempre aseguraba lo contrario o se limitaba a mirarnos con incredulidad si no le apetecía discutir. Además, a pesar de que oía lo que le decíamos, sólo era capaz de retenerlo durante unos instantes y, acto seguido, lo olvidaba por completo. Nos sentíamos como si disparásemos palabras que sólo le rozaban la mente sin dejar ninguna huella. Nuestra madre lo repetía todo una y otra vez, como un disco rayado que no para de girar. Al principio interpretamos aquellas repeticiones constantes como una obsesión por los asuntos que más le preocupaban, pero más adelante cambiamos de opinión. Sólo las cosas que estimulaban su mente de una forma especial se grababan en el disco de su cerebro y, una vez grabadas, se reproducían mecánicamente durante una temporada una y otra vez. Pero era imposible adivinar cuándo se le grababan en la mente aquellas cosas ni por qué motivo. A veces las repetía de forma intermitente, es decir, repetía las mismas palabras decenas de veces y al cabo de unos días, sin razón aparente, olvidaba aquello que llevaba días repitiendo. La única explicación posible era que el disco estaba lleno y lo que estaba grabado hasta entonces se había borrado de repente. A veces sólo tardaba un par de horas en borrarse, mientras que en otras ocasiones llegaban a pasar hasta diez o veinte días.

Lo que mi madre repetía eran asuntos que se grababan en el disco de su cerebro obedeciendo claramente a nuevos estímulos y también cosas que se habían grabado décadas atrás, en un pasado lejano. De sus recuerdos de juventud, por ejemplo, sólo se repetían algunos episodios, aunque nadie sabía por qué eran tan especiales. Aquellos recuerdos eran muy pocos, pero parecían grabados en su mente de forma imborrable y nunca emergían atropelladamente sino que parecían esperar su turno, aunque luego hicieran acto de presencia en momentos inconexos. En aquellas ocasiones, mi madre actuaba como si acabara de recordar aquel episodio de su juventud: fijaba la vista en un punto lejano y hablaba como si se hubiera sumergido en el pozo borroso de su memoria y fuera pescando sus recuerdos uno a uno. No era una actitud fingida, y ella sin duda estaba convencida de que era la primera vez que rescataba aquellos recuerdos. Aquellos que ya habían escuchado las mismas batallitas una y otra vez se aburrían soberanamente, pero los que las escuchaban por primera vez no detectaban nada fuera de lo normal. No te dabas cuenta de que el cerebro de mi madre no funcionaba bien hasta que, unos minutos más tarde, repetía la misma historia desde el principio como si no la hubiera explicado nunca.

Cuando teníamos invitados, sin embargo, al principio no hacía nada que revelara su demencia. Los atendía correctamente, no decía nada fuera de lugar y sacaba a relucir la gran facilidad para las relaciones sociales que tenía desde muy jovencita: asentía con la cabeza ante las palabras de los demás con una expresión empática y tenía una forma de hablar única que despertaba la simpatía de sus interlocutores. Pero cuando llevabas un rato hablando con ella, era imposible pasar por alto su senilidad. Tanto sus propias palabras como las de los invitados tenían una vida efímera, pues ella las olvidaba tan pronto como se pronunciaban.

Kuwako, que vivía día y noche con nuestra averiada madre, no podía hacer más que

lamentarse (y con razón):

—Si no se repitiera tanto, sería encantadora —decía cada vez que venía a mi casa—. Si le respondo, tengo que darle siempre la misma respuesta, y si no le respondo, se enfada. Debe de pensar que me estoy burlando de ella y se pone muy desagradable. Las partes que funcionan se mezclan con las que están averiadas. Cuesta creer que pueda decir cosas tan feas.

Kuwako nos pidió que nos hiciéramos cargo de nuestra madre algún día de vez en cuando para que ella pudiera descansar, y estuvimos de acuerdo.

Para darle un respiro a Kuwako, mi madre venía a mi casa de vez en cuando. Como no accedía a venir a menos que hubiera un motivo plausible, mi hermano se encargaba de persuadirla. Una vez convencida se mostraba sorprendentemente dócil y subía al taxi que la llevaría a mi casa con una maleta llena de ropa para pasar al menos una semana o diez días con nosotros. Pero nada más llegar ya estaba impaciente por irse. Parecía incomodarle el hecho de dormir en una habitación que no le resultaba familiar, se preocupaba por Kuwako y después de la primera noche estaba muy nerviosa. Aguantaba dos o tres noches por compromiso, pero daba lástima verla suspirar por volver a casa de Kuwako. Cuando estaba en nuestra casa, arrancaba las malas hierbas del jardín, limpiaba su habitación o preparaba el té para los invitados. Era inquieta por naturaleza y no soportaba no tener nada que hacer. Si estaba en casa y sonaba el timbre de la puerta o el teléfono, se levantaba inmediatamente aunque intentáramos detenerla. A veces cogía el teléfono y yo la escuchaba. Era amable y respondía como si entendiera lo que le decían, pero en cuanto colgaba el auricular olvidaba por completo el contenido de la conversación y se sentía terriblemente avergonzada. Por la mañana, cuando tenía la cabeza fresca, recordaba los mensajes relativamente bien, pero por la tarde las conversaciones telefónicas le resultaban muy confusas.

Cuando venía a pasar unos días en casa, sus nietos le hacían compañía por la noche. Si bien se mostraba un poco cohibida delante de mi mujer o de mí, cuando estaba con sus nietos parecía muy contenta. Yo los observaba con disimulo y pensaba que formaban un grupo muy armónico. Cuando estaba sentada con sus nietos —un universitario, un estudiante de bachillerato y una alumna de secundaria—, mi madre siempre sacaba la historia de sus parientes, los hermanos Shunma y Takenori, aquellos alumnos brillantes que habían entrado en la Escuela Superior a los diecisiete años hasta que una trágica enfermedad pulmonar se los había llevado antes de tiempo. Ambos eran buenos muchachos, pero el más amable era Shunma. Fin de la historia.

El viejo disco sobre Shunma y Takenori que mi madre tenía grabado en la cabeza sólo sonaba cuando se encontraba en compañía de los niños. Nunca hablaba de ello delante de Kuwako o delante de mí. A sus nietos, en cambio, les hablaba de Shunma y Takenori todas las noches, incluso varias veces por noche. Siempre creía que era la primera vez que les contaba aquella historia, pero ellos solían sacar antes el tema y confundían a Shunma con Takenori adrede para gastarles bromas. Prohibí a mis hijos que se burlaran de su abuela, pero ella nunca se enfadaba con ellos: se limitaba a corregirles o discutir algo de lo que habían dicho y parecía divertirse, como si pensara que sólo eran niños. Mis hijos señalaron a Shunma como el prometido de mi madre cuando era joven y creían que en algún momento lo había sido, y me hicieron pensar que aquella suposición era, en cierto modo, acertada. En la lápida del hermano mayor se podía leer el apellido de nuestra familia, así que, aunque no hubieran llegado a prometerse, es posible que a mi madre le hubieran dicho que se casaría con Shunma y hubiera creído con aquel convencimiento. Y, dejando volar aún más la imaginación, quizá tras la muerte de Shunma fuera Takenori quien se prometiera con mi madre. Pero Takenori también había muerto de forma prematura, y el siguiente

paso lógico y natural fue escoger a mi padre como yerno. Desde este punto de vista hipotético, el disco rayado de mi madre parecía el de una mujer puesta en esta situación. Su expresión era especial cuando hablaba una y otra vez de aquellos jóvenes brillantes.

Mi madre casi nunca hablaba de mi padre. Durante los días posteriores a su muerte lo mencionaba constantemente, como todas las viudas —además, había varios asuntos pendientes que requerían hablar de él—, pero cuando la demencia empezó a hacerse más evidente, desterró a mi padre de todas sus conversaciones. Sólo cabía pensar que, o bien había perdido el disco de mi padre, o nunca lo había tenido preparado.

Además de todo lo que ya he dicho hasta ahora, también nos dimos cuenta de que, desde que estaba viviendo con Kuwako en Tokio, nuestra madre había empezado a borrar décadas enteras de su larga vida como si deshiciera el camino andado: primero los setenta y luego los sesenta, los cincuenta y así sucesivamente. No hablaba de sus setenta, sesenta o cincuenta años. No es que nunca los mencionara: por la mañana, con la cabeza fresca, era capaz de recordar y hablar de episodios relativamente recientes, pero por la tarde jamás mencionaba todos aquellos años, como si se hubieran borrado de su mente. Cuando intentábamos recordarle aquella época, ladeaba la cabeza con perplejidad y decía: «¿Eso ocurrió?». Al principio pensamos que era una ignorancia fingida, pero nos equivocábamos. Aquellos recuerdos se habían borrado o se estaban borrando de su cerebro sin dejar rastro. Había empezado a deshacer el largo camino vivido e iba retrocediendo poco a poco hacia su más tierna infancia. Algunos recuerdos se habían evaporado por completo y otros sólo en parte, mientras que había episodios de los que aún conservaba algunos fragmentos.

Desde este punto de vista no resulta tan extraño que nunca mencionara a mi padre y que hablara tanto de sus vivencias de juventud.

Lo que escribí en «Bajo los cerezos en flor» describe esta etapa de su vida. El verano en que cumplió ochenta años, mi madre dejó Tokio y regresó al pueblo. Por entonces los periódicos hablaban a menudo de la contaminación de la capital y el tráfico había aumentado mucho en el barrio donde vivía Kuwako, así que Tokio ya no parecía el lugar más adecuado para nuestra anciana madre. Además, Shigako y su marido, que hasta entonces vivían en Mishima, encontraron trabajo para él en el ayuntamiento del pueblo y decidieron mudarse allí. Así pues, lo más natural era que se llevaran a nuestra madre. Kuwako estaba cansada después de tantos años viviendo con ella y estaba deseando liberarse de aquella carga, mientras que a Shigako no le parecía mala idea cuidar de nuestra madre en sus últimos años. No hace falta decir que mi madre prefería vivir en el pueblo, donde tenía muchos amigos.

El día previsto para el traslado llovía con intensidad. Mi madre había pasado la noche en mi casa para salir desde allí a la mañana siguiente. Intentamos convencerla para que aplazara el viaje un día, pero hizo caso omiso. Aun así, parecía preocupada por la casa de Kuwako, donde había vivido hasta entonces. Hasta que subió al coche no dejó de preguntar si habíamos cerrado la puerta con llave, y Kuwako la regañaba. Cada vez que eso ocurría, mi madre se ruborizaba como una niña en lugar de enfadarse como de costumbre, quizá porque estaba contenta de poder volver a casa.

DOS

Hacia el final de su estancia en Tokio, mi madre se resfriaba de vez en cuando o sufría mareos, por lo que tenía que guardar cama durante un par de días. Todos pensábamos que eran achaques de la edad, pero fue regresar al pueblo y recuperar la salud. Estaba radiante como nunca y se pasaba el día de un lado para otro, sin parar y sin apenas descansar. Quería participar en todas las ceremonias familiares y ya no sabíamos qué hacer: por mucho que intentáramos disuadirla diciéndole que una mujer de ochenta años no debería aparecer en público, ella nos hacía caso omiso. Cada vez que llegaba una circular para la asociación de vecinos, la llevaba corriendo — nunca caminando— a casa de los vecinos, como si tuviera una misión que cumplir. Además, correr era lo que más se adaptaba a su ritmo de vida y, por tanto, más cómodo le resultaba. Cuando salía de casa con la circular, alguien de la familia tenía que ir tras ella y presentarse en casa de los vecinos para averiguar el contenido de la carta, lo que suponía un esfuerzo adicional.

Mi madre era inmune al cansancio físico. Al menos eso les parecía a los que vivían con ella. Cuando todos se reunían en la sala de estar para tomar el té, se sentaba entre ellos con su menuda figura y se dejaba servir por compromiso, pero no apartaba la vista de la ventana. Si un perro entraba en el jardín o unas hojas secas caían sobre el césped, se levantaba de inmediato. No podía estarse quieta. Salía al jardín varias veces al día con la escoba y el recogedor porque no quería ver ni una sola hoja en el suelo. En invierno la familia intentaba retenerla en casa, pero era imposible controlarla todo el día, y ella aprovechaba el menor descuido para escabullirse siempre que podía. Era habitual ver su pequeña silueta buscando algo que barrer en los rincones del jardín, cubierto de musgo escarchado. Estar al aire libre debía de reforzar sus defensas a pesar del frío, pues no volvió a resfriarse ni una sola vez.

Durante su primer año en el pueblo incluso parecía que su memoria mejoraba ligeramente, pero cuando empezó el segundo año volvió al estado en el que se encontraba en Tokio. A partir de entonces, se fue deteriorando gradualmente. Se repetía con más frecuencia que nunca. Cuando yo iba a verla, por ejemplo, lo primero que me preguntaba siempre era si el tren iba lleno. Me hacía la misma pregunta varias veces, y me resultaba doloroso y frustrante ver que no conseguía cambiar de tema. Lo que más le importaba era saber si yo había viajado cómodamente: eso era lo que tenía grabado en el disco rayado de su mente y tenía que repetirlo durante un tiempo. Lo mismo ocurría el día de mi regreso a Tokio: en cuanto se enteraba de que me iba, algo relacionado con mi partida se grababa en su disco y no dejaba de repetirlo hasta que salía por la puerta. Por eso la familia intentaba no anticiparle los acontecimientos, de modo que ella debía de pensar que todo a su alrededor ocurría de sopetón, como mis visitas y mis regresos a Tokio, entre muchas otras cosas que aparentemente sucedían de forma repentina e imprevista.

Cada vez que uno de nosotros iba a ver a nuestra madre, Shigako, que vivía con ella, se quejaba en los mismos términos que Kuwako, que había cuidado de ella en Tokio. Cuando Shigako llevaba unos dos años a cargo de nuestra madre, nos llamaron la atención su manifiesto cansancio y su delgadez. Habríamos podido atribuir sus problemas de salud a la menopausia, pero era evidente que el motivo principal era el cuidado de nuestra madre, que la perseguía durante todo el día como si fuera su sombra: si Shigako estaba en la cocina, nuestra madre también. Si Shigako salía a recibir a unos invitados, nuestra madre también. Siempre la tenía detrás, como una niña que no se despegaba de su madre. Mientras nuestra madre estaba a su lado, Shigako no podía descansar, pero si la perdía de vista tenía que buscarla para saber dónde estaba. Cuando no la encontraba en casa, tenía que salir a buscarla por la puerta trasera o por la principal, y la casa se encontraba en un amplio terreno de dos mil metros cuadrados de superficie.

No se podía decir que les faltara ayuda en casa, pues aparte de Sadayo, la joven del pueblo que ya había cuidado de nuestra madre en Tokio, también les echaba una mano una tía de la familia que había enviudado el año anterior. El problema era el ambiente de crispación que se respiraba en la casa, donde no había ni un momento de descanso. «Sí, abuela, ya lo sé. Lo has dicho muchas veces». Si era Shigako quien se lo decía, no pasaba nada, pero si se lo decían la tía o la chica que ayudaban a la familia, mi madre montaba en cólera. Si bien es cierto que enseguida olvidaba el motivo, su disgusto era real. Con sus hijos apenas se enfadaba, pero con los demás no tenía compasión. Fueran quienes fueran, les decía barbaridades como: «No se puede ser más cruel que tú», o: «Eres un monstruo». Por eso los que vivían con ella tenían que andar siempre con pies de plomo y vivían con el corazón en un puño. En sus arrebatos de furia, la anciana senil desaparecía y cedía su lugar a otra persona: el rostro envejecido de la niña de la familia, malcriada y consentida desde que era pequeña. Era el rostro de la madre temperamental que yo recuerdo de mi infancia, sólo que ligeramente distinto. Si no estaba malhumorada ni alterada mostraba otra cara más serena, sobre todo cuando repetía sus frases favoritas; y cuando se unía a las risas de los demás —sin sospechar que se estaban riendo de ella— su expresión parecía la de una niña pequeña e inocente. Cada vez que la visitaba veía esas dos facetas de mi madre.

Durante los dos o tres primeros años desde su regreso al pueblo, mi madre borró sus recuerdos de cuando tenía setenta, sesenta, cincuenta y hasta cuarenta años. El fenómeno se presentó con más intensidad que en la época de Tokio, y cada vez eran más los recuerdos que perdía. Ya nunca hablaba de los años más recientes de su vejez y madurez, a menos que recordara algo. De vez en cuando, alguno de nosotros hablaba de algún episodio que pudiera despertar su interés para refrescarle la memoria relativa a aquella época, pero no lo conseguíamos casi nunca.

—Ah, sí, es posible que ocurriera eso —respondía mi madre como si conservara un vago recuerdo, pero en realidad no recordaba nada.

—Pues estamos listos, abuela —le decía alguien.

—Soy una vieja chocha, ¡qué le vamos a hacer! —solía responder riendo, y nos dejaba a todos atónitos. Pero que se refiriese a sí misma como a una «vieja chocha» no significa que admitiera su demencia o que cobrara consciencia de su estado mental. En sus palabras extremadamente dóciles se percibía una nota de condescendencia, como si se hubiera hartado de las preguntas estúpidas que le hacíamos todos y pensara: «¿Esto es lo que tengo que decir para que os quedéis satisfechos? No me cuesta nada, así que lo diré tantas veces como sea necesario».

Como esposa de un médico del Ejército, mi madre había acompañado a mi padre a Tokio, Kanazawa, Hirosaki y Taipei, y había vivido varios años en cada uno de aquellos campamentos

militares, pero se podría decir que ya lo había olvidado prácticamente todo. Como ya nunca evocaba aquellas etapas, tuvimos que suponer que se habían borrado de su memoria. Sólo algunas veces, en ocasiones muy esporádicas, cuando estábamos hablando de una época de la que mi madre ya no conservaba ningún recuerdo, ella, que estaba a nuestro lado escuchando la conversación, intervenía inesperadamente para decir:

—Sí, ahora que lo decís, es verdad. ¡Madre mía! ¿Es cierto que yo estuve allí? ¡No puede ser! Por cierto, ¿cuándo fue?

En momentos así, a nadie se le pasaba por alto la genuina expresión de sorpresa que aparecía en su rostro. Era como si se hubiera asomado de repente al abismo que se abría a sus pies y hubiera retrocedido instintivamente. Luego se zambullía por un instante en sus pensamientos, ponía una expresión misteriosa, ladeaba un poco la cabeza como si estuviera reflexionando. Pero al cabo de un momento volvía a recuperar su expresión habitual. O bien le resultaba demasiado difícil evocar el recuerdo, o bien se había rendido al darse cuenta de que no lo conseguiría por mucho que se esforzara.

Así era como mi madre iba perdiendo décadas de su pasado, desde los setenta hasta los cuarenta. Pero las partes que se perdían no desaparecían bajo una mano de pintura negra: era más bien como si las cubriera un manto de niebla más o menos densa, y algunos recuerdos de naturaleza desconocida conseguían atravesarla vagamente. El cambio que había experimentado mi madre desde que ya no vivía en Tokio se debía probablemente al espesor de aquella niebla, que crecía e invadía su memoria amenazando con enterrar su pasado.

Mis hermanos y yo interpretábamos aquella forma de borrar todo lo vivido como una regresión progresiva hacia la infancia. Dicen que la vejez es un regreso a la niñez, y eso era exactamente lo que le ocurría a mi madre. Desde que había cumplido los setenta y ocho o setenta y nueve años, mi madre había empezado a deshacer poco a poco el camino recorrido hasta entonces, borrándolo todo a medida que retrocedía. Como si año tras año se acercara más a su juventud.

Mi esposa Mitsu fue la primera en exponer la teoría de que mi madre, que por entonces aún vivía en Tokio, estaba regresando a su infancia. La madre de Mitsu había muerto a los ochenta y cuatro años y, a diferencia de la mía, se había mantenido asombrosamente lúcida hasta el final. Aun así, seis meses antes de morir empezó a perder la memoria y a comportarse como si volviera a ser una niña. Su familia supo lo que sucedía porque mi suegra llamaba a su hermana mayor, que la había criado cuando era pequeña, en un tono de voz típicamente infantil. Además, dos o tres días antes de morir empezó a chuparse el pulgar como si succionara un pezón.

—Al fin y al cabo, es lo mismo —opinaba mi mujer—. La única diferencia es que mi madre ha sufrido una regresión mucho más rápida, mientras que la tuya va a otro ritmo. Pueden pasar veinte años más antes de que empiece a comportarse como un bebé.

Yo al principio la escuchaba con cierto escepticismo, pero desde que mi madre regresó al pueblo, mi hermano, mis dos hermanas y yo empezamos a recopilar inconscientemente anécdotas similares que oíamos explicar. La enfermedad de nuestra madre había despertado nuestro interés por los ancianos, cualesquiera que fuesen.

Un día que estábamos todos reunidos en la casa del pueblo nos pusimos a relatar historias de casos parecidos.

Mi hermano nos habló de una anciana de ochenta y ocho años de una aldea rural en las afueras de Numazu que, dos o tres años antes de morir, había empezado a jugar a la pelota y hacer malabares.

—A lo mejor la abuela empieza pronto a jugar a las canicas —añadió.

Kuwako relató una historia que le había contado una de sus clientas del salón de belleza. También hablaba de una mujer de ochenta y tantos años que, poco antes de morir, se impacientaba tanto a la hora de comer que se tapaba los ojos con las manos y sollozaba desconsoladamente. Había decenas de historias parecidas. Muchas se referían a mujeres, pero algunas también trataban de hombres mayores, como la historia que me explicó un conocido mío que trabajaba en una revista. Su padre había vivido hasta los noventa años y había regresado a la infancia el mismo año de su muerte. Un día, el hombre envolvió toda su ropa en un fardo e intentó escaparse. Cuando su familia le preguntó adónde iba, dijo que volvía a su casa. Según parece, el anciano se había mudado al pueblo de su familia política al casarse y ahora pretendía regresar a su pueblo natal, que se encontraba justo al lado. En todas aquellas historias había algo tranquilizador que invitaba a reflexionar sobre la vida de cada uno.

—Todos se vuelven como niños tarde o temprano —dijo Shigako—. En el caso de la abuela, en cambio, a veces parece que tenga diez años y otras parece que tenga treinta. Cuando habla de Shunma pienso que tiene diez años, pero casi siempre recuerda cosas que le ocurrieron a los treinta.

—En Tokio también hablaba sobre todo de cuando tenía treinta años —intervino Kuwako—, y veo que sigue igual. A lo mejor se ha quedado estancada en esa época. Madre mía, ¡puede tardar siglos en alcanzar la infancia!

Seguimos especulando en aquellos términos: quizá seguiría retrocediendo hasta los veinte años y se detendría allí, o llegaría hasta los quince o dieciséis. En ambos casos sería más fácil lidiar con ella que ahora.

Entonces Akio, el marido de Shigako, aportó un punto de vista único, procedente de la convivencia diaria con su suegra:

—No sé a qué edad dejará de retroceder la abuela, pero creo que los cambios que experimenta no sólo dependen de su edad mental. A lo largo de este año ha cambiado. Ya no le interesan las cosas que ocurren a su alrededor. A simple vista puede parecer que ya no reconoce a las personas, pero es más acertado decir que ya no muestra el menor interés por la gente que viene a casa. Antes era diferente. Cuando conoce a una mujer joven, sea quien sea, siempre pregunta si está casada y, si lo está, quiere saber si tiene hijos. De las mujeres sólo le interesa saber si están casadas y si tienen hijos, nada más. Y también están los regalos de funeral, por supuesto. Es la muerte lo que le interesa. Cuando se entera de que alguien ha muerto, corre en busca de la libreta donde tiene anotado el dinero que ha dado y recibido. No derrama ni una lágrima por el difunto, sólo le interesa el donativo para el funeral.

Akio tenía razón. Cuando aún vivía en Tokio, poco antes de regresar al pueblo, mi madre ya había empezado a mostrar una insistencia desmesurada en devolver el donativo a la familia del difunto cada vez que moría alguien, pero últimamente aquella costumbre se había convertido en una obsesión. Además, lo hacía de forma completamente automática: cuando se enteraba de que alguien estaba gravemente enfermo, lo daba por muerto y sacaba el registro de los donativos para consultar el importe que en otra ocasión había recibido de aquella familia y que, por tanto, tendría que devolver. Pero por muchas veces que abriera la libreta, enseguida olvidaba el importe y tenía que consultarlo una y otra vez. En cualquier caso, el valor del dinero había cambiado a lo largo de los años y mi madre no sabía hacer la conversión sin ayuda, por lo que no tenía sentido consultar el viejo registro. Pero no se quedaba tranquila hasta que no lo hacía.

—Supongo que recibir esa clase de donativos y devolver el importe recibido es el pilar básico de las relaciones humanas —prosiguió Akio—. Es un poco macabro, pero también es maravilloso. Las personas nacemos, nos casamos, tenemos hijos y morimos; puede que la vida se reduzca a esto. Y no tiene nada que ver con la edad mental de la abuela ni con su regreso a la infancia. Me pregunto qué será lo que le pasa en realidad...

Nadie supo responderle. Mis hermanos y yo no podíamos evitar ser un poco condescendientes en nuestra forma de analizar a nuestra madre. Akio, en cambio, era su yerno y tuve la sensación de que había visto lo que había que ver y estaba observando desde la perspectiva adecuada las acciones de aquella anciana senil. Después de escuchar el punto de vista de mi cuñado, me sentí obligado a replantearme mis conclusiones sobre la demencia de mi madre. «Me pregunto qué será lo que le pasa en realidad», había dicho Akio. Yo también me lo pregunté. Hasta entonces me había imaginado el cerebro de mi madre como un disco rayado, pero también podría ser que girase como una pequeña centrifugadora que iba expulsando de su vida toda clase de elementos innecesarios. Aquella nueva teoría hizo que la expresión de mi madre adoptara un nuevo significado, como si pensara: «Repito muchas veces las cosas que son importantes para mí, como esto y lo otro. No importa cuántas veces las repita. No hacéis más que decir que olvido las cosas, pero sólo son las que no tienen importancia. ¿Qué es lo que debo recordar? Es cierto que fui a Taipei, y a Kanazawa, y a Hirosaki, pero no lo disfruté. Lo olvidaré todo. También he olvidado a vuestro padre. Seguro que en nuestro matrimonio hubo momentos divertidos, pero la alegría y la tristeza son sentimientos efímeros en esta vida, así que no me arrepentiré de haberlo olvidado. Olvidar a alguien no es motivo de escándalo. No sé los hombres, pero los acontecimientos principales en la vida de una mujer son casarse y tener hijos. Por eso son las únicas cosas que pregunto a las mujeres. No hay nada más importante. En cuanto a los donativos de difuntos, hay que devolverlos. Es un dinero que recibimos en momentos trágicos, y hay que devolverlo cuando el infortunio golpea a los demás. Cada vez que muere alguien de los suyos o de los nuestros damos o recibimos dinero y, a la larga, estaremos en paz y nadie habrá salido ganando ni perdiendo. Así es la vida. Cuando yo muera, no me gustaría que nadie me diga en el otro mundo que no le he devuelto el donativo de difuntos».

Si la teoría de Akio hizo que me replanteara varias cosas sobre mi madre, Shigako tenía su peculiar punto de vista —distinto al de su marido— acerca de los donativos de funeral:

—La abuela está obsesionada con ese dinero. El otro día escondí la libreta en el cajón del armario sin decirle nada. Tengo el presentimiento de que, una vez haya devuelto todo el dinero de esos antiguos donativos, se quedará sin fuerzas y morirá. Entonces ya habrá tachado todos los donativos pendientes —dijo.

TRES

Cuatro años después de que mi madre empezara a vivir en el pueblo, su hermano Keiichi —el mayor de sus hermanos pequeños— regresó de América. Era el único tío varón que me quedaba vivo. Había emigrado a Estados Unidos alrededor de 1910, cuando tenía veintiún años. Antes de la guerra tenía una galería de arte y un hotel en San Francisco, y su historia era la de un inmigrante que había logrado prosperar. Cuando empezó la guerra, sin embargo, lo enviaron a un campamento militar. Una vez terminada la guerra, cerró todos sus negocios, se mudó a Nueva York y empezó a trabajar como director de un hotel propiedad de un hombre blanco, con la intención de «quedarse allí hasta el fin de sus días tras la derrota de la madre patria».

Mi madre era la primogénita de ocho hermanos y Keiichi era el mayor de los hombres. De los ocho hermanos sólo quedaban los dos mayores y la más joven; los demás estaban todos muertos. En cierto modo, estuve implicado en el regreso del tío Keiichi a Japón. Tanto él como su esposa Mitsue tenían la nacionalidad estadounidense y no tenían hijos, así que nada les impedía quedarse a vivir allí. Cuando fui a visitarlos al piso que tenían en las afueras de Nueva York aprovechando un viaje a América, Keiichi me pidió consejo sobre el lugar donde debía pasar el poco tiempo de vida que le quedaba: ¿en Japón o en América? No supe responderle con seguridad.

Por un lado, mi tío suspiraba por regresar a Izu, el lugar donde había nacido. Pero por otro lado, tenía ya setenta y tantos años y llevaba más de medio siglo viviendo en América. Además, no estaba seguro de si se adaptaría bien a la vida en Japón ahora que era ciudadano americano. Por lo que pude ver, ambos llevaban una vida muy solitaria en Nueva York, y pensé que tal vez en Izu tendrían más oportunidades para distraerse. Por otro lado estaba el escollo de encontrar una vivienda, además de otras complicaciones que sin duda surgirían y que ellos no podían ni imaginar desde su piso de Nueva York. Además, tendrían que arreglárselas con una pensión bastante limitada, y tenía mis dudas de que el traslado fuera conveniente para ellos desde el punto de vista económico.

El año siguiente tuve de nuevo la oportunidad de viajar a América y volví a visitar a mis tíos en su piso de Nueva York. Por entonces mi tío ya había decidido volver a Japón.

—Tu madre aún está viva —dijo.

Tuve la sensación de que el hecho de que mi madre estuviera bien de salud había sido un factor importante en su decisión de regresar a casa. Keiichi, que sólo había vuelto a Japón una vez en los cincuenta años que llevaba en América, recordaba a mi madre tal y como era en aquella ocasión, cuando aún era joven. Le advertí que ya no era la misma de entonces, que había envejecido mucho y sufría demencia.

—Eso nos pasa a todos cuando nos hacemos mayores. Le haré compañía. Yo también estoy

medio achochado —bromeó mi tío.

Al parecer, Keiichi había reservado un lugar para su anciana hermana en la vida que soñaba llevar en Japón. Llevaba tanto tiempo viviendo en el extranjero que incluso sus facciones se habían occidentalizado y su forma de pensar era más racional, más «cristiana».

En otoño de aquel mismo año, mis tíos abandonaron América y volvieron a Japón para pasar en el pueblo los años que les quedaban. Me ofrecí como avalista.

En cuanto llegó al pueblo, mi tío se construyó una preciosa casita de estilo occidental y se instalaron en ella. Estaba a cinco o seis casas de donde vivía mi madre, que apenas tardaba un par de minutos en llegar. Todas las mañanas, mis tíos desayunaban en el pequeño comedor de su casa: tostaban un par de rebanadas de pan de molde hasta chamuscarlas, rascaban meticulosamente la superficie ennegrecida con un cuchillo y se las comían untadas con una gruesa capa de mantequilla. Como leían el periódico mientras desayunaban, la hora del desayuno se prolongaba hasta bien entrada la mañana. Sus parientes y vecinos los llamaban «los americanos». No había nada extraño en ello puesto que eran americanos de verdad, pero a mi madre le disgustaba que todo el mundo llamara así al hombre que había aparecido de repente en su vida asegurando que era su hermano. La aversión que sentía no era por el apodo en sí, sino porque no era capaz de comprender ni aceptar que su entorno no pudiera tratar a su hermano como tal.

Mientras esperaba la llegada de su hermano, mi madre estuvo insoportable. La noticia de la llegada de Keiichi se había grabado en el disco de su cerebro y estuvo repitiéndola durante medio año. Keiichi, que había emigrado a América siendo muy joven, siempre había sido el hermano favorito de mi madre. «Si Keiichi estuviera aquí...», solía decir ante cualquier eventualidad. Ahora que iba a volver a casa, mi madre estaba sin duda mucho más ilusionada de lo que habíamos imaginado.

Sin embargo, al principio no se mostró especialmente efusiva con mis tíos. Parecía albergar dudas acerca de aquel recién llegado, como si no estuviera segura de que de verdad fuera su hermano.

Mi tío iba a verla todos los días y mi madre se sentaba a tomar el té y a charlar con él, pero lo trataba como si fuera un nuevo miembro de su círculo de relaciones. No parecía convencida de que fuera su propio hermano; el Keiichi por quien había albergado un profundo afecto a lo largo de toda su vida; el hermano pequeño en quien siempre había depositado su confianza más sincera.

Al principio mi tío era amable con mi madre, pero no tardó en percibir que su demencia era mucho más acusada de lo que imaginaba. En algunas ocasiones, cuando mi madre empezaba a repetirse, no podía evitar soltarle un exabrupto. Aun así, el cariño que siente un hermano por su hermana mayor no se manifiesta de la misma forma que el cariño de un hijo por su madre. Cada vez que Kuwako o yo íbamos al pueblo a ver a nuestra madre, mi tío intentaba defenderla.

—Parece que la abuela no se repite tanto últimamente, ¿verdad? —nos decía, y la regañaba en voz baja como si intentara ocultarnos su demencia. A nosotros nos resultaba extraña aquella relación entre los dos ancianos hermanos. Keiichi la colmaba de atenciones pero también se enfadaba con ella, y entonces se iba diciendo: «¡No pienso volver a ver a esta vieja testaruda!». La regañaba con más severidad que cualquiera de sus hijos.

Mi tío se desesperaba con mi madre y ella nunca se dirigía a él por su nombre: siempre lo llamaba «el Americano» con cierto tono de desdén, y a sus espaldas hacía comentarios del estilo de: «Bah, ¡este americano!», o bien: «¿Quién se cree que es el Americano?». A pesar de ello, los días que el Americano no iba a verla, ella se presentaba en su casa una y otra vez, pues enseñada

olvidaba que acababa de ir.

Cada vez que viajaba al pueblo, me preguntaba si la abuela sabía que el tío de América era su hermano Keiichi. Ni siquiera Shigako lo tenía claro, y eso que vivía con ella. «Diría que sí, que ella piensa que es su hermano Keiichi», aseguraba a veces. En cambio, otras veces afirmaba lo contrario. Sus respuestas eran siempre diferentes. Sea como fuere, a nadie le pasaba desapercibido que era mi tío quien siempre se llevaba la peor parte en el tira y afloja entre los dos ancianos. A veces protegía a mi madre y otras veces se enfadaba y discutía con ella, como si fuera el único motivo por el que había regresado a Japón. Iba a visitarla casi todos los días, elegante con su pantalón bien planchado, su corbata, su jersey y sus brillantes zapatos. Si no estaba enfadado con ella, le hacía compañía, pero cuando estaba enfadado ni siquiera entraba en la casa: daba un paseo por el jardín y se iba. Entonces mi madre se calzaba los zuecos de madera y salía a reunirse con él. Mi tío la esquivaba y hacía ademán de irse sin mirarla siquiera, pero como mi madre tenía las piernas mucho más fuertes que mi tío, lo adelantaba dando un rodeo y lo alcanzaba enseguida. A menudo observábamos cómo discutían desde el mandarino plantado junto a la puerta trasera. Parecían enemigos acérrimos y, al mismo tiempo, dos ancianos hermanos hablando en voz baja. Mi madre parecía considerarlo un simple compañero un poco rebelde, nada más.

Un día, a principios de verano del año pasado —dos años después del regreso de mi tío Keiichi—, recibí una llamada inesperada de Shigako. Su marido Akio, que había estado ingresado por un accidente de coche, por fin estaba en casa recuperándose, pero aún tenía que andar con muletas. Shigako estaba enfurecida con nuestra madre:

—Llevo mucho tiempo cuidando de ella y he llegado al límite. Puedo soportar el cansancio, pero se pasa todo el día haciéndole comentarios sarcásticos y ofensivos a Akio, a saber con qué intención. Esta mañana le ha soltado: «Qué suerte tienes de poder pasarte el día holgazaneando en casa». Akio no le hace caso, pero aun así debe de ser muy violento para él. Hasta ahora la excusábamos diciendo que no está bien de la cabeza y no podemos hacer nada para solucionarlo, pero a Akio le habla de ese modo porque sabe que no es su hijo sino su yerno. A pesar de la demencia, es perfectamente consciente de quién es quién. Cuando me he enfadado con ella, me ha dicho que ella está en su casa y que puedo irme cuando quiera. Pero el problema —y es por eso que he adelgazado tanto— es precisamente que no puedo irme. Ya no puedo seguir haciéndome cargo de nuestra madre. Además, su demencia ha empeorado tanto últimamente que ya no puedo perderla de vista ni un segundo. Por otro lado, Akio tendrá que estar ingresado quince días más para someterse a una nueva operación, y entonces yo tendré que ir y volver del hospital todos los días. Lo que me preocupa es qué hacer con nuestra madre. No puedo dejarla sola con Sadayo y la mujer que nos ayuda en casa. Tendrá que quedarse con alguno de vosotros, al menos hasta que Akio tenga el alta —me contó por teléfono. Yo mismo hablé con ella. La voz de Shigako denotaba su nerviosismo desde el otro lado de la línea. Nuestra madre la había sacado de sus casillas.

—O sea que nuestra madre también ha agotado la paciencia de Shigako —dijo Kuwako aquella noche, cuando nos reunimos los tres en mi casa para decidir qué hacíamos con nuestra madre—. La verdad es que ha aguantado mucho tiempo.

—Ha estallado, ¿verdad? —intervino mi hermano—. No me sorprende, debe de ser duro lidiar con ella día tras día.

Sabíamos que nuestra madre no querría volver a Tokio, pero tendríamos que sacarla del

pueblo aunque fuera a regañadientes. La situación había cambiado: la convalecencia de Akio estaba siendo más lenta de lo esperado y parecía lejos de restablecerse por completo, y los demás hermanos teníamos que priorizar el bienestar de nuestra hermana y su marido, que bastantes años llevaban ya cuidando de nuestra madre.

Al final, después de muchas vueltas, decidimos que nuestra madre viviría temporalmente conmigo en Tokio y que más adelante la llevaríamos a Karuizawa, donde tengo una casa que utilizo para trabajar durante el verano. Teníamos la esperanza de que le resultara agradable pasar el verano en Karuizawa.

Un par de días después de aquella conversación, Kuwako y mi hermano fueron a recoger a nuestra madre al pueblo. Habíamos decidido que aquel año abriríamos la casa de Karuizawa un poco antes de lo habitual, así que mi hija Yoshiko y nuestra asistente doméstica hicieron una primera expedición para preparar lo necesario.

Cuando mis hermanos llegaron a Tokio, mi madre estaba tan demacrada que no parecía la misma. Supuse que el traqueteo del coche durante cuatro horas la había dejado agotada y la convencí para que se acostara temprano. Kuwako y Sadayo, la chica del pueblo que había venido con nuestra madre, durmieron a su lado aquella noche. Sin embargo, ella apenas pegó ojo. Cuando se despertaba, cogía la maleta e intentaba ir a la planta baja, y se pasó toda la noche farfullando que quería regresar al pueblo.

No se durmió hasta el amanecer, y se despertó alrededor de las diez de la mañana. Cuando bajó no parecía tan cansada como la noche anterior y estaba bastante tranquila. Incluso elogió el jardín, diciendo que era muy bonito. Sin embargo, por la tarde ya no aguantaba más. La idea de regresar a casa había arraigado con fuerza en su mente y seguía a Kuwako a todas partes, presionándola para salir temprano y poder llegar al pueblo antes de que oscureciera. Por mucho que le explicáramos por qué tenía que quedarse en Tokio, ella no quería escucharnos. La obsesión de volver a casa se había apoderado de su mente e incluso le había cambiado la cara.

Kuwako tenía que trabajar y no podía cuidar de nuestra madre todo el día. Se quedó un par de días en mi casa y luego volvió a la suya, aunque venía a vernos a menudo. Era mi mujer quien asumía el papel de cuidadora cuando Kuwako no estaba, pero aquello resultó ser contraproducente: mi madre consideraba a Mitsu la conspiradora que la había puesto en aquella situación. Así pues, se dedicaba a perseguir a Sadayo en lugar de Kuwako y la presionaba para que la llevara a casa.

Conmigo se mostraba más comedida. Me decía que no tenía prisa pero que, a ser posible, le gustaría que la lleváramos de vuelta a casa aquel mismo día o al siguiente.

Kuwako o mi hermano venían todas las noches a hacerle compañía. A veces venían los dos. Al principio teníamos la esperanza de que nuestra madre se resignara y se acostumbrara a vivir en Tokio, pero al final vimos que lo que deseábamos era imposible. Nos daba mucha pena retenerla en contra de su voluntad cuando lo único que deseaba era regresar al pueblo, y justo entonces fue cuando recibí una llamada de mi hija desde Karuizawa: la temporada de lluvias había terminado y aquel día había salido el sol. El inicio del verano era inminente, y parecía un buen momento para trasladar a la abuela. Le expliqué cómo estaba la situación en Tokio y le dije que, si bien el plan inicial era llevarla a Karuizawa, cuidar de ella suponía mucho trabajo y no creía que fuera buena idea.

—Yo cuidaré de la abuela —dijo mi hija—. En la familia no hay nadie que la entienda y eso empeora la situación. Yo sé cómo tratarla. Me gusta estar con ella, y a ella le gusta estar conmigo.

Para tratar con una mujer de ochenta y cuatro años hay que ponerse en la piel de una mujer de ochenta y cuatro años.

Me quedé perplejo, pues era la primera vez que la oía hablar de aquella forma. Era como si mi hija universitaria me estuviera regañando por mi forma de tratar a mi propia madre. Al mismo tiempo, sin embargo, también detecté cierto heroísmo en sus palabras, como si dijera: «Muy bien, ya que todos os quejáis tanto de la abuela, traédmela y seré yo quien cuide de ella». La cuestión era saber cuánto duraría ese heroísmo.

Aquella noche decidimos explicarle a mi madre que la llevaríamos a Karuizawa, aunque no sabíamos cuál sería su reacción. Mi hijo mayor, que trabajaba en el laboratorio de la universidad, abordó la cuestión sin preámbulos:

—Deberías ir a Karuizawa, abuela —le soltó de sopetón.

—Karuizawa —respondió mi madre—, me gusta. Me sentaría bien pasar unos días allí.

Cuando mi madre vivía en Tokio con Kuwako habían pasado unos días en Karuizawa, y parecía que no lo había olvidado.

—Entonces te llevaremos dentro de dos o tres días, ¿de acuerdo? —repitió Kuwako para asegurarse.

—Por supuesto que sí —dijo nuestra madre, sin oponer la menor resistencia. De hecho, parecía encantada ante la idea de ir allí.

Después de un buen rato hablando, decidimos mandarla a Karuizawa en taxi y que la acompañaran Kuwako y mi hermano, que eran los que mejor se entendían con ella. Cuando iba a subir al coche, sin embargo, nuestra madre empezó a divagar, preocupada porque volvía al pueblo y no había comprado ni un solo regalo.

—No vamos al pueblo, vamos a Karuizawa —dijo Kuwako.

—Espero que sea una broma —respondió nuestra madre—. ¿A Karuizawa? ¿Quién quiere ir allí? Yo me voy al pueblo, no pienso ir a ningún otro lugar.

Kuwako y mi hermano se colocaron a ambos lados de nuestra madre y la ayudaron a subir al coche.

—No os preocupéis, estará bien —nos dijo Kuwako a mi familia y a mí, que habíamos salido a despedirles. Acto seguido, se dirigió al taxista—: Llévenos a Karuizawa, por favor.

Un par de días más tarde, Sadayo y yo partimos hacia Karuizawa, adonde llegamos poco después de mediodía. Bajamos del coche en la verja principal, subimos la suave cuesta por el estrecho sendero flanqueado por la densa arboleda y vimos a mi madre arrancando hierbajos en el jardín. Mi hija Yoshiko estaba cerca de ella, sentada en una silla de rejilla; mi hermano tomaba el sol tumbado en una esterilla con el torso desnudo y Kuwako leía en una de las sillas del porche, desde donde los veía a todos. Cuando se volvió hacia nosotros, la expresión de mi madre era alegre y tranquila. Me sentí muy aliviado al ver que todo iba sobre ruedas.

—Hoy la abuela está de buen humor. Ayer tuvo algunos momentos malos pero hoy se está portando bien, ¿verdad? —dijo Kuwako con la intención de que nuestra madre también la oyera.

Cuando habían llegado dos días atrás, mi madre estaba medio trastornada por el cansancio del viaje y se había enfurecido al ver que no la habían llevado al pueblo. Había pasado la noche en vela. Kuwako y Yoshiko, que dormían a su lado, no sabían qué hacer con ella. Al día siguiente había pasado la mañana tranquila. Mientras daba un paseo por los alrededores de la casa con sus hijos y su nieta, había dicho que se alegraba de estar en un lugar tan fresco. Por la tarde, sin

embargo, había vuelto a ponerse nerviosa —aunque no tanto como el primer día— porque quería que la llevaran al pueblo.

—Hoy está siendo el mejor día —dijo Yoshiko—. Ya ha pasado medio día y está muy tranquila. Parece que se ha resignado a quedarse aquí. Además hace una temperatura muy agradable y podemos dormir por las noches. Anoche durmió a pierna suelta. Creo que por eso también tiene la cabeza descansada.

Aquel día, mi madre no se acordó de que quería volver al pueblo hasta la noche. Seguía repitiendo las cosas como de costumbre, pero a aquellas alturas ya estábamos acostumbrados y no le dábamos importancia: bastaba con darle exactamente la misma respuesta cada vez. Si bien era bastante molesto, era más fácil que intentar convencerla cuando cogía la maleta e insistía en que la lleváramos a casa. Escuchar las palabras que salían de la boca de mi madre —que eran siempre las mismas— y responderle con las mismas frases sólo era cuestión de paciencia y perseverancia, pero cuando decía que quería volver a casa teníamos que contravenir sus deseos y enfrentarnos a nuestra anciana madre de ochenta y cuatro años. Como no había forma de convencerla, la cuestión se reducía a: «Quiero volver» contra «No puede ser». Ella no entendía por qué no podía volver a casa cuando era lo único que deseaba, y nosotros no entendíamos por qué era imposible convencerla por muchas veces que se lo explicáramos. Y lo que más nos costaba era mantenernos firmes en nuestra negativa. Cada vez que nos suplicaba que la lleváramos al pueblo, su expresión parecía la de una niña que quiere volver a casa y no está dispuesta a aceptar un no por respuesta. Todo su pequeño cuerpo manifestaba su anhelo. No sólo lo pedía con la boca sino también con la mirada, el perfil y la espalda: todas las células de su ser expresaban su deseo de volver a casa.

Después de mi llegada, mi madre estuvo tranquila durante tres días. Tal y como había pronosticado Yoshiko, puede que al final hubiera renunciado a volver al pueblo, o tal vez se hubiera acostumbrado a vivir en Karuizawa y hubiera empezado a pensar que no estaba tan mal.

Al cuarto día de mi llegada, mi hermano, Kuwako y nuestra asistenta regresaron a Tokio y yo me quedé en la casa con mi hija Yoshiko y Sadayo, que estaba acostumbrada a cuidar de mi madre. Fuimos hasta la verja para despedir a los que se iban y, en cuanto el coche desapareció de nuestra vista, mi madre dijo:

—Bueno, por fin estaremos tranquilos.

—¡Pero abuela! ¿Cómo puedes decir eso? —la reprendió Yoshiko con cara de estupor.

—Lo digo porque es la verdad —rio mi madre—. Tú también puedes irte si quieres.

—Pues claro que quiero, pero no puedo. Tengo que cuidar de ti.

—No te molestes, gracias.

—Es verdad. Sadayo y yo tendremos que quedarnos aquí contigo hasta que seas una vieja razonable.

—¡Qué tontería! No quieres volver porque en Tokio tendrías que ponerte a estudiar.

—¡Qué morro tienes, abuela!

Mientras escuchaba aquella conversación entre abuela y nieta, pensé que todo iría bien y que no tenía de qué preocuparme.

Sin embargo, aquella noche mi madre empezó a recoger sus cosas y meterlas en una bolsa: era la señal de que quería volver a casa de nuevo. Yoshiko y Sadayo la llevaron a dar una vuelta para intentar distraerla, pero no sirvió de nada.

A partir de entonces, su estado mental empezó a pasar por una serie de altibajos: cuando se le

metía en la cabeza la idea de volver al pueblo no había forma de disuadirla, insistía sin parar y acababa enumerando toda clase de argumentos plausibles. Pero si la idea se le iba de la cabeza por casualidad, se volvía dócil como si se hubiera librado de un espíritu maligno. Se inclinaba hacia los matorrales del jardín y aguzaba el oído para oír el chirrido de los insectos, hacía comentarios como: «Pronto llegará el otoño, ¿verdad?», y su rostro de perfil adoptaba una expresión extrañamente solemne que me conmovía hasta lo más hondo.

Un día, cuando mi madre regresaba de dar un paseo con las chicas, me dijo de repente que se habían encontrado con una mujer que les había preguntado por el camino que debía seguir y ellas no habían sabido darle las indicaciones oportunas, de modo que la pobre aún debía de andar perdida.

—No nos ha pedido ninguna indicación —dijo Yoshiko—. De hecho, no hemos hablado con ella. He sido yo quien ha dicho que quizá se había perdido.

—Estoy segura de que nos ha preguntado por el camino —respondió mi madre, muy seria.

—No es verdad. Había una mujer, sí, pero no nos ha pedido indicaciones —intervino Sadayo, pero mi madre seguía en sus trece:

—No, nos ha preguntado por el camino. Todavía debe de andar perdida, la pobre.

Por su expresión parecía completamente convencida de lo que decía. Aquella misma noche, mientras cenábamos, dijo varias veces, como si hablara consigo: «Pobre mujer, ¿qué estará haciendo?». Parecía sinceramente afectada.

Poco después de cenar, Yoshiko vino a decirme que no encontraba a mi madre. Sadayo y yo echamos un vistazo por el jardín, pero no la vimos. Mandé a la muchacha a la puerta principal y yo salí a recorrer el estrecho camino trasero. El camino se bifurcaba varias veces. En aquella zona había algunas casas de campo con amplias extensiones de terreno que parecían sepultadas bajo la espesa vegetación. Los caminos no eran privados, pero estaban muy poco transitados incluso de día. Cada vez que llegaba a una intersección, dudaba sobre el camino que debía seguir. No tenía la menor idea de la dirección que habría tomado mi madre.

Entonces, en una bifurcación, divisé la diminuta silueta de mi madre corriendo a lo lejos. El camino, flanqueado por bosquecillos de abetos y coníferas, era recto como si lo hubieran trazado con una regla, y parecía estrecharse al final. Al fondo del recto y estrecho sendero estaba la silueta de mi madre. De vez en cuando se detenía y echaba a correr otra vez. Por extraño que pueda parecer, su forma de andar me hizo pensar en un pequeño animalillo. Había algo salvaje en ella.

Cuando la alcancé, sólo le dije que teníamos que volver a casa. Su expresión reveló la vergüenza que solía tener en aquella clase de situaciones y dijo:

—¿Adónde habrá ido aquella mujer?

Sus palabras me impactaron, pues era la primera vez que mi madre sufría alucinaciones. Aunque tal vez la casa del pueblo, adonde estaba deseando ir, también se podía considerar una alucinación que vivía dentro de su cabeza.

El asunto de la mujer perdida sólo duró un día en su cabeza. A partir del día siguiente, mi madre se tranquilizó y salía al jardín o a pasear con Yoshiko y Sadayo. Es posible que la alucinación también hubiera sido un impacto para ella, o tal vez su estado emocional volvió a la normalidad gracias a aquella experiencia. El caso es que, por primera vez desde que había abandonado el pueblo, mi madre estuvo tranquila y serena durante varios días seguidos.

Un día, la observé desde la sala de estar mientras ella estaba en el balcón con Yoshiko y Sadayo. De repente, mi madre empezó a recitar como si cantara:

—«El otoño se cierne sobre la ladera del monte Aso. El triste paisaje del crepúsculo...». — Entonces se detuvo como si intentara recordar la continuación.

—Sabes cosas muy curiosas, abuela —dije mientras me reunía con ellas.

—La abuela sabe un montón de cosas —dijo Yoshiko—. Además del poema épico *Kojo Shiragiku*, también se sabe de memoria la leyenda de *Ishidomaru*. Abuela, recítasela a papá —le pidió.

—«Tras oír la noticia traída por el viento de que padre vivía en el monte Koya, día tras día he apoyado tristemente la cabeza sobre la hierba...». —Tras haber recitado los primeros versos del himno budista de *Ishidomaru*, mi madre se quedó atascada—. Lo he olvidado todo —añadió. Luego ladeó la cabeza en actitud reflexiva y, de repente, levantó la cara de nuevo—: Ah, sí, también recuerdo *Cartas de Yakarta* —dijo, y recitó con una cantinela—: «Y aún hay más que quiero decir, olvidando lo que debería haber dicho primero. Queridos abuelo y abuela, a vosotros os he enviado dos fardos de ropa hecha en Holanda...».

Todos guardamos silencio.

—¿Qué más? —la apremié.

—Nada más. Sólo recuerdo *Kojo Shiragiku*, *Ishidomaru* y *Cartas de Yakarta* —respondió mi madre melancólicamente.

—Sólo recuerdas cosas tristes, abuela —observó Yoshiko, pero mi madre no parecía haber oído su comentario.

—Ya no recuerdo nada más —dijo otra vez. Con su expresión daba a entender que, por mucho que se devanara los sesos, no conseguiría recordar nada.

—Es el dolor de separarse de los seres queridos, ¿verdad? —dije, sorprendido ante mis propias palabras. Lo cierto es que creía que el alma de mi madre estaba poseída por el dolor de separarse de los seres queridos, uno de los ocho sufrimientos terrenales según la filosofía budista. Mi madre estaba completamente metida en un drama que giraba en torno a esa cuestión. A fin de cuentas, ¿no sufría el mismo sentimiento de añoranza de su casa que el autor de *Cartas de Yakarta*? Y su compasión por la mujer que se había perdido y buscaba el camino de vuelta a casa, ¿acaso no era la misma tristeza que se le había grabado a fuego en el corazón en su juventud, cuando vio por primera vez las tragedias de *Ishidomaru* y *Kojo Shiragiku*?

Como ya he escrito antes, mi cuñado Akio dijo una vez que mi madre estaba perdiendo el interés por las cosas que la rodeaban y sólo le interesaban los matrimonios, los nacimientos y las defunciones. Tal vez se podría decir, pues, que lo único que le interesaba ahora era el dolor de separarse de los seres queridos. El matrimonio, los nacimientos y las defunciones se van sucediendo a lo largo de una vida, pero la única relación humana que permanece imborrable hasta el final es el dolor de la separación. Después de más de ochenta años de vida, era posible que mi madre hubiera alcanzado un estado mental y físico que sólo registraba aquella clase de sucesos. A veces, una expresión de odio afloraba en su rostro envejecido, pero sólo duraba unos instantes y volvía a desaparecer enseguida. Tenía la sensación de que los sentimientos que aún vivían en el interior de su cuerpo ligero como una hoja seca y de su deteriorada mente eran extremadamente simples y completamente libres de impurezas, claros y transparentes como el agua destilada.

Aquella noche tuve visitas y estuve tomando whisky en el porche. Los invitados se fueron sobre las nueve, pero luego llegaron tres más y seguí bebiendo con ellos. Se fueron poco después

de las dos.

Cuando regresé al porche después de haber acompañado a los invitados a la puerta me encontré con mi madre, que había salido en camisón. Detrás de ella salió Yoshiko, también en pijama, discutiendo con ella para que volviera a la cama. Al parecer, mi madre no podía dormir y quería salir al porche, pero el aire nocturno era fresco y no se lo permití. Me senté un rato en la sala de estar, delante de ella, y seguí bebiendo.

—Ahora puedes repetir las mismas cosas tantas veces como te plazca, abuela. Esta noche estoy borracho y no me molestará —le dije. Era lo que sentía de verdad en aquel momento. Hacía muchos años que no me sentaba frente a mi madre con una actitud abierta y receptiva, de tú a tú. Normalmente me esforzaba por ignorar sus tediosas repeticiones, y hacía todo lo posible por tragarme las reprimendas que tenía en la punta de la lengua y amenazaban con escaparse en cualquier momento. Sentarme frente a mi madre solía ser el principio de una lucha conmigo mismo. Pero aquella noche, gracias al alcohol, tenía la sensación de que podía mostrarme abierto y receptivo con ella, y así se lo dije.

A la mañana siguiente, Yoshiko me dijo:

—Anoche estabas borracho, ¿verdad, papá? Me lo dijo la abuela: «Este hombre es muy raro, no para de repetir lo mismo».

Me eché a reír. No recordaba nada de lo que había dicho y, naturalmente, tampoco recordaba lo que había dicho mi madre.

—No sé hasta qué punto la abuela es consciente de que eres su propio hijo —dijo Yoshiko entonces—. Siempre se refiere a ti como a «este hombre».

Mientras mi madre estuvo en Karuizawa, mi hermana Shigako nos llamaba desde el pueblo cada cinco o seis días. Aunque nos había confiado el cuidado de mi madre, seguía pendiente de su bienestar.

—Parece que Akio tendrá el alta a finales de agosto. Me vendría muy bien que os quedarais con nuestra madre hasta mediados de septiembre. En Karuizawa el frío llega antes, así que os mandaré ropa más gruesa para ella —nos explicó en una de esas llamadas telefónicas—. Me parece oír a la abuela ahí con vosotros, será mejor que os deje —añadió, y colgó el teléfono.

Sin embargo, mi madre no regresó al pueblo a mediados de septiembre sino a mediados de agosto. Sadayo, la chica que tanto tiempo llevaba cuidando de ella, tuvo que volver al pueblo por un asunto urgente, y aquello tuvo un efecto decisivo. Mi madre era extraordinariamente intuitiva, y desde que empezó a sospechar que Sadayo estaba a punto de abandonar la casa de Karuizawa, la desgarradora nostalgia del autor de *Cartas de Yakarta* volvió a apoderarse de ella. Sin que nadie supiera cómo había adivinado lo de Sadayo, empezó a meter sus cosas en la maleta y, de vez en cuando, salía con lo que llevaba puesto diciendo que iba a la parada del autobús. Ya nadie sabía qué hacer. Al final, acabó diciendo barbaridades como que prefería morir a quedarse en aquel lugar. Yoshiko estaba muy afectada por el estado de su abuela.

—Tú y yo hemos terminado, abuela —le dijo con seriedad.

—Eso digo yo. ¡Chao, chao! —le respondió mi madre. Todos nos sorprendimos de que conociera una expresión tan moderna.

A mediados de agosto, Kuwako y mi hermano vinieron a recoger a nuestra madre, que llevaba aproximadamente un mes en Karuizawa. El día en que se fue, Yoshiko se miró en el espejo del baño y dijo:

—La tía Shigako me dijo el otro día por teléfono que había engordado un poco. Creo que yo he adelgazado gracias a ella.

CUATRO

Una vez en la casa del pueblo, mi madre se relajó. Ahora que la habíamos llevado de vuelta después de tanto insistir, parecía no tener más peticiones ni obsesiones que acaparasen su atención.

Fui al pueblo a ver a mi madre en otoño, cuando cerré la casa de Karuizawa. Me habría gustado hacerle algún comentario burlón como: «Ahora que estás en el pueblo ya no tienes queja, ¿verdad?», pero la encontré en un estado muy diferente del que había imaginado: mi madre no recordaba haber estado en Tokio ni en Karuizawa.

—¡Karuizawa! —exclamó—. Me encantaría que me llevarais algún día, debe de ser un lugar precioso.

Cuando le preguntamos si se acordaba, respondió que no podía acordarse porque nunca había estado.

—¿Y qué hay de la otra vez? Estuviste hace tiempo, ¿no te acuerdas?

—No, nunca he estado. Hace tiempo que quiero ir, pero a mi edad...

Tampoco recordaba haber estado en Karuizawa años atrás. En Tokio sí que parecía acordarse, pero el recuerdo se había borrado de su mente en un breve período de tiempo. Por otro lado, había recuperado la forma física y lucía una expresión mucho más alegre que en Karuizawa. Parecía otra persona. En cambio, Keiichi el Americano se había deteriorado bastante durante la ausencia de mi madre. Caminaba con gran dificultad y, en el tiempo que tardaba en llegar a casa de mi madre — siempre acompañado por mi tía—, ella era capaz de hacer varios viajes de ida y vuelta.

—¡Ojalá tuviera las piernas de la abuela! —decía Keiichi cada vez que iba a verla.

Mientras que las visitas de mi tío cada vez escaseaban más por lo mucho que le costaba andar, mi madre iba a casa del Americano dos o tres veces al día. A veces volvía hecha una furia — quizá porque le había caído algún rapapolvo— y decía que no iría a verlo nunca más, pero al cabo de una hora ya lo había olvidado y salía de casa otra vez. Cuando estaba en su casa, mi madre hacía las cosas a su manera y mostraba una actitud que rozaba la arrogancia.

—Se ha convertido en una niña caprichosa, y no sirve de nada decirle las cosas porque no hace caso —se quejaba Shigako.

A finales de otoño organizamos una ceremonia budista para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la muerte de la abuela Nui, la mujer que me había criado como una auténtica madre cuando tuve que abandonar mi hogar de pequeño. A pesar de que yo la llamaba «abuela», no era de la familia: había sido la amante de mi bisabuelo. Cuando éste falleció, la abuela Nui entró en el registro familiar formando una nueva rama del árbol genealógico. Así pues, según el registro, mi madre pasó a ser su hija adoptiva. Esta compleja relación hizo que mi joven madre la considerase

una intrusa y una presencia incómoda que perturbaba la paz de la familia. Nunca sintió afecto por ella, y la relación entre ambas fue tensa hasta el final.

Sin embargo, cuando conmemoramos el quincuagésimo aniversario de su muerte, mi madre había olvidado por completo a su madrastra y su antipatía hacia ella.

—Ah, sí, hoy tenemos el memorial de Nui, ¿verdad? —dijo, pero no recordaba que aquella tal Nui había sido su enemiga años atrás.

El memorial fue muy emotivo para mí. Yo tenía unos doce años cuando la abuela murió, y recuerdo el día de su funeral. Aquellos cincuenta años que yo mismo había vivido desde entonces parecían un largo período, pero lo que más evidenciaba el paso del tiempo era ver que cualquier sentimiento de amor u odio había desaparecido del corazón de mi madre sin dejar huella.

A mi madre le daba igual de quién fuera el memorial. Parecía feliz al ver a tanta gente reunida, y derrochaba cordialidad con todos y cada uno de nuestros invitados:

—Sé que está usted muy ocupado, así que gracias por haber venido.

—Me alegro de verte tan bien, abuela —le decían todos. Algunos lo pensaban de verdad, mientras que otros añadían—: Me refiero a la salud.

Keiichi el Americano compartió sus recuerdos sobre la abuela Nui durante el banquete que tuvo lugar después de la ceremonia. En ningún momento reveló si había sentido aprecio o antipatía por ella, pero era el único entre los presentes que la había conocido bien, a pesar de que había abandonado Japón cuando era joven. Mi madre también asistió al banquete. La estuve observando desde cierta distancia. Parecía escuchar las palabras de Keiichi, pero se distraía cada dos por tres y le decía algo a Sadayo, que estaba sentada a su lado y la regañaba en voz baja. Cada vez que eso ocurría, mi madre volvía a mirar obedientemente a Keiichi con una expresión que parecía más ingenua y juvenil que la de Sadayo, que sólo tenía veintitrés años.

Un día de mediados de enero, después de una temporada sin vernos, mis hermanos y yo nos reunimos en la casa del pueblo para celebrar el octogésimo quinto cumpleaños de nuestra madre. En aquella ocasión, Shigako empezó contándonos algo que la había afectado mucho.

—La abuela lleva un tiempo llamándome «abuela», desde el año pasado. Al principio pensé que lo hacía porque mis nietos me llaman así cuando vienen a verme desde Mishima, pero ahora pienso que no. Está convencida de que soy una abuela —dijo.

—¿Con quién te estará confundiendo? —preguntó mi hermano.

—No creo que me confunda con nadie, sólo me considera una abuela.

—No me extraña que te afecte tanto.

—Cuando tu propia madre piensa que eres vieja, estás acabada.

—¿Es consciente de que eres su hija?

—A veces parece que sí, pero la mayor parte del tiempo parece no saberlo. Y si a mí ya le cuesta reconocermé, está completamente convencida de que el Americano no es su hermano. El tío Keiichi lo sabe, y cuando habla con ella siempre empieza diciendo: «Tú no entenderás nada, pero te hablaré de un hombre llamado Keiichi que es tu hermano». Es muy gracioso —explicó Shigako.

Shigako también nos contó que, a finales del año anterior, nuestra madre había empezado a sufrir alucinaciones frecuentes: preparaba el té para los invitados a pesar de que no había llegado nadie. A veces lo hacía porque estaba convencida de que había visitas y otras veces, en cambio, se confundía y preparaba el té para las visitas del día anterior.

Mientras hablábamos de nuestra madre según lo que nos iba contando Shigako, ella estaba

sentada en la sala de estar contigua, con la mirada perdida.

—¡Abuela! Estamos hablando de ti.

—Ya lo sé. Estaréis echando pestes de mí, no lo dudo. —Nuestra madre rio con una risa inocente y feliz. Acto seguido, volvió a adoptar la expresión ensimismada de antes y se perdió de nuevo en sus pensamientos. Me pregunté en qué estaría pensando. Su pasado y su presente estaban mezclados, así como lo real y lo imaginario. De vez en cuando, volvía al mundo real y algunas palabras de la conversación entre sus cuatro hijos le entraban en los oídos, pero también desaparecían en cuestión de momentos.

—«Efímera: lo único que nos diferencia es que yo vivo fuera del montículo» —recité, citando el poema de Joso que aparece en *Crónicas de difuntos*, la novela breve de Akutagawa.

—«Las fantasías sobrevuelan los campos secos» —añadió mi hermano.

La muerte de mi tío Keiichi fue repentina. No tenía ningún problema de salud aparente aparte del decaimiento físico, que se podía atribuir a su avanzada edad y que se había agudizado desde principios de año. En mayo hizo un esfuerzo para acompañar a su mujer, que quería ir de compras a Numazu. Durante el viaje de vuelta empezó a sentir náuseas y mareos, así que cuando llegaron a casa se metió en la cama enseguida y durante la noche exhaló el último suspiro. Fue una muerte del todo inesperada, pues ni siquiera llevaba dos años en Japón. A diferencia de mi madre, mi tío murió sin haber mostrado el menor indicio de demencia. Había sufrido mucho con la senilidad de mi madre y a lo mejor había querido abandonar este mundo antes de volverse como ella.

El día del funeral cayó una fina llovizna desde la mañana, pero cuando salimos con la comitiva fúnebre ya había escampado. El cementerio se encontraba en la cima de una pequeña colina llamada monte Kumano, y para llegar a él había que subir una cuesta bastante empinada. El camino, lleno de piedrecitas que sobresalían, estaba húmedo y resbaladizo, pero las hojas verdes de los árboles que lo bordeaban brillaban con intensidad después de la lluvia. Era el mismo camino que había recorrido durante el funeral de la abuela Nui y el de mi padre. Y cuando murieron varios de los ocho hermanos y hermanas de mi madre también había subido aquella misma cuesta con la comitiva fúnebre. De aquellos ocho hermanos y hermanas ahora sólo quedaban mi madre, que era la mayor, y Maki, la menor. Todos los demás se habían ido.

Una vez enterrada la urna del tío Keiichi y colocada la tablilla de madera, recitamos algunos sutras y quemamos incienso. Después, Kuwako y yo nos separamos del grupo para ir a visitar la tumba de nuestro padre en el terreno familiar, un poco alejado de allí.

En el terreno familiar, un espacio rectangular cercado por un seto de cipreses enanos, había cinco tumbas: la de nuestro padre, la de la abuela Nui, las de Shunma y Takenori y una pequeña tumba sin ninguna inscripción. Alguien me había dicho tiempo atrás que la tumba sin nombre era la de un bebé que había muerto a los pocos días de nacer, el hijo del ayudante de médico que trabajaba para mi bisabuelo. Las tumbas de Shunma y Takenori eran pequeñas, adecuadas a dos jóvenes que habían muerto de forma prematura. Me acerqué para leer las fechas de sus muertes. No fue fácil, pues los caracteres estaban medio borrados y cubiertos de musgo. Shunma había muerto en septiembre de 1894 y su hermano, en enero de 1897. Mi madre nació en 1885, por lo que tenía nueve años cuando murió Shunma y doce cuando murió Takenori.

—La abuela fue una niña muy precoz —rio mi hermana Kuwako en cuanto le hice aquella observación—. Por eso mi padre nunca tuvo motivos para estar celoso, ¿verdad? Aunque nunca habría imaginado que, una vez muerto él, su mujer hablara de sus primeros amores sin ningún

pudor.

—Pobre papá —respondí.

Mientras tanto, lavé con agua la superficie de nuestro pobre padre y Kuwako arrancó los hierbajos que habían crecido alrededor.

Aquella noche hubo un banquete en honor al difunto para sus familiares y vecinos. Como la casa del tío Keiichi era pequeña, organizamos la recepción en la casa de enfrente, la de la rama principal de la familia.

Mi madre llegó durante el banquete. Oí su voz en la cocina, donde se encontraban las mujeres, así que me levanté de la mesa y fui a verla.

—¿Es cierto que es Keiichi quien ha muerto? ¡No me lo había dicho nadie! —decía mi madre a las demás mujeres, en un tono vehemente. Estaba pálida y tenía la mirada fija, como siempre que se sulfuraba.

—Pero tú ya lo sabías, ¿verdad, abuela? —respondió alguien.

—No, no lo sabía. Acabo de enterarme —dijo mi madre con la respiración entrecortada, como si realmente acabara de enterarse de la muerte de Keiichi y hubiera venido corriendo. Entonces entró Shigako.

—Anda, vámonos —dijo, y nuestra madre se volvió hacia ella.

—¿Por qué me has ocultado la muerte de Keiichi? —le preguntó, muy seria.

—No te he ocultado nada. Tú misma dijiste que lamentabas la muerte del Americano —respondió mi hermana, pero nuestra madre negó vigorosamente con la cabeza.

—No, yo no lo sabía —insistió.

Shigako y yo acompañamos a nuestra madre a casa. Cinco minutos más tarde, alguien empezó a gritar que nuestra madre se había ido, así que tuvimos que salir de nuevo a buscarla. Fuimos a la casa donde se celebraba el banquete, pero no estaba. Luego tuvimos una corazonada y echamos un vistazo al interior de la casa del tío Keiichi desde la ventana trasera. Vimos a mi tía, que se había quedado en casa para evitar el bullicio del banquete, y también vimos la diminuta figura de nuestra madre sentada frente a ella, en una silla de la sala de estar. Shigako y yo nos asomamos a la puerta de la sala.

—La abuela ha venido a hacer su ofrenda de incienso —dijo mi tía al vernos.

Al fondo de la sala, junto al altar budista, había un retrato de Keiichi con un crespón negro rodeado de flores. La tía acudió hacia nosotros, que nos habíamos quedado en la puerta.

—La abuela está llorando por él —dijo. Al entrar en la sala y acercarnos a nuestra madre, pudimos comprobar que tenía la cara empapada en lágrimas.

La llevamos a casa de nuevo, pero durante la noche fue dos veces más a casa del tío Keiichi y se sentó delante de su tablilla mortuoria. La primera vez la acompañó Sadayo y la segunda, una vecina que había venido a ayudarnos con el banquete. Mi madre se lo había pedido a ambas con tanta insistencia que no habían podido negarse.

—La abuela parece triste de verdad —observó Sadayo—. Incluso le ha cambiado la cara. Creo que es consciente de que tanto el Americano como su hermano han muerto. ¿Es posible que piense que el funeral que hemos celebrado de día era por el Americano y el banquete de esta noche, por el señor Keiichi? —se preguntó. Aquella teoría sonaba del todo inverosímil, pero tal vez fuera la única forma de explicar por qué mi madre se había mostrado indiferente durante el funeral y por la noche, en cambio, estaba desconsoladamente triste. Sadayo llevaba muchos años

cuidando de mi madre y tenía su propia opinión. Yo no sabía si era correcta o no; pero sí tenía claro que, a pesar de la confusión y el desorden que reinaban en su interior, la tristeza de la muerte había arraigado en el corazón de mi madre. En el animado bullicio —si es que se puede llamar así— de aquella noche, después del funeral, mi madre era la que estaba más triste.

Cuando me levanté a la mañana siguiente y bajé a la planta inferior, mi madre ya había ido a casa del tío Keiichi. Fui a buscarla y encontré a las dos ancianas —mi madre y mi tía— frente a la nueva tablilla mortuoria con los ojos hinchados. Parecían dos hermanas muy unidas.

Como mi tía estaba cansada, hice lo posible para reducir al mínimo las visitas de mi madre, pero no lo conseguí. Se escabullía aprovechando cualquier distracción. Mi tía nunca se había mostrado particularmente hospitalaria con mi madre, pero en su dolor por la reciente pérdida de su marido parecía incluso que necesitara a mi madre, y siempre le abría la puerta por muchas veces que fuera a verla.

—¡Anda! La abuela ya está otra vez en casa del Americano —decía Shigako cada vez que nuestra madre desaparecía. Un día, añadió—: Es imposible impedirselo porque es más rápida que yo. El otro día incluso tuvo que esperarme a medio camino porque no podía alcanzarla.

Dos días después del funeral, yo tuve que volver a Tokio y mi esposa Mitsu se quedó en el pueblo. Aquella misma noche tenía una reunión a la que no podía faltar, así que fui directamente al lugar del encuentro desde la estación de Tokio y no llegué a casa hasta cerca de las doce de la noche. Nada más entrar, sonó el teléfono. Mitsu me llamaba desde el pueblo para decirme que al día siguiente había quedado en la casa de Tokio con una amiga y me pedía que cancelara la visita.

—La abuela ha vuelto a hacer de las suyas —añadió a continuación.

—¿Se ha caído? —pregunté sobresaltado.

—No, no es eso. Al poco rato de haberse ido a la cama, se ha levantado asustada diciendo que te había acostado a su lado y habías desaparecido. Se ha vestido y ha salido a la calle, pero enseguida la hemos traído de vuelta.

—¿Se refería a mí?

—Exacto. Hablaba de ti como si fueras un bebé.

—¿No puede ser!

—Sí, te lo digo en serio. Estaba muy alterada, y decía que había acostado a Yasushi aquí pero que ya no estaba... Nos hemos quedado de piedra. Era muy tarde cuando se ha ido. Te estaba buscando a ti.

—¿Y adónde iba?

—Dicen que la han encontrado en la esquina de la ferretería, andando en dirección a Nagano.

—¿Quién la ha traído de vuelta?

—Shigako y Sadayo.

De repente, me asaltó un pensamiento que me recorrió el cuerpo entero como un escalofrío. Ante mis ojos apareció la carretera que conducía a la aldea de Nagano, bañada bajo la intensa luz blanca de la luna. A un lado había arrozales situados en varios escalones que subían desde la carretera, y al otro lado había más arrozales escalonados en terrazas que desembocaban en el fondo del valle. Mi madre recorría aquella carretera bajo la blanca luz de la luna. Me buscaba a mí, su bebé.

—Tengo que colgar —le dije a mi mujer.

Colgué el teléfono y me quedé un rato de pie, inquieto. Sentía la necesidad de ir a algún lado.

Tenía la sensación de que, si mi madre salía a buscarme a mí, yo tenía que salir a buscarla a ella. Yo nací en Asahikawa, Hokkaido, donde sólo viví tres meses. Luego mi madre me llevó a la casa del pueblo. Si actuaba obedeciendo a alucinaciones correspondientes a aquella época, yo tenía un año y ella, veintitrés. Cerré los ojos y visualicé la imagen de mi joven madre buscándome a mí, que sólo era un bebé, en un camino bañado por la luna. Y luego vi otra imagen tras mis párpados cerrados: me vi a mí mismo a mis sesenta y tantos años buscando a mi anciana madre de ochenta y cinco en el mismo camino. Una de las imágenes desprendía un brillo frío y húmedo, mientras que la otra contenía algo espeluznante. Las dos imágenes, sin embargo, enseguida se superpusieron y se convirtieron en una en la que aparecíamos los dos, un bebé y una madre de veintitrés años, y también salíamos yo a mis sesenta y tres años y el rostro envejecido de mi madre de ochenta y cinco. Los años 1907 y 1969 confluyeron, y el período de sesenta años que los separaba se contrajo y se difuminó bajo la luz de la luna. El frío y el horror también se fusionaron y fueron atravesados por la penetrante luz.

Cuando me tranquilicé, me di cuenta de que había sufrido una alucinación mientras hablaba por teléfono con mi mujer. La carretera de Nagano, que había aparecido ante mí, era la misma que recorría todos los días de pequeño para ir a nadar al río del fondo del valle. Actualmente, en la carretera hay un colegio de primaria y una lechería. Y, si no recuerdo mal, también abrieron una papelería hace muy poco.

Así pues, supuse que mi madre había regresado a sus veintitrés años y estaba viviendo en aquel mundo. Y si mi madre tenía veintitrés años, mi tío Keiichi tenía diecinueve y hacía dos años que había emigrado a Estados Unidos. Así pues, mi madre lloraba al tío Keiichi como una joven de veintitrés años profundamente entristecida por la pérdida de su hermano de diecinueve.

Volví al teléfono y marqué el número de la casa del pueblo. Fue Shigako quien descolgó. Cuando le pregunté por nuestra madre, me dijo que le habían dado un somnífero y dormía como un tronco.

—Después del susto que nos ha dado, ahora duerme como un bebé. Hace un rato incluso roncaba, quizá por efecto del somnífero, pero ahora duerme plácidamente. Seguro que mañana se levanta temprano para ir a casa del tío Keiichi —me contó Shigako.

EL ROSTRO DE LA NIEVE

La noche del 21 de noviembre me reuní en un restaurante de Shinbashi con el jurado de cierto galardón literario, del que yo formaba parte. Después de decidir que otorgaríamos el premio a la novela de un escritor conocido, celebramos una agradable cena. Sin embargo, yo me fui a medio banquete. Estaba un poco resfriado y me apetecía refugiarme en la tranquilidad de mi despacho, así que volví a casa en coche.

Tomé un té en la sala de estar y luego fui al despacho. Allí tenía una cama, pero como no tenía sueño me senté en el escritorio. Se acercaban las fechas de entrega de dos novelas seriadas que me estaban publicando la revista Sekai y la editorial Bungeishunju, pero preferí respetar el calendario que me había marcado y no empezar a trabajar hasta el día siguiente. Así pues, decidí aprovechar aquellas últimas horas para redactar una reseña sobre la obra a la que habíamos otorgado el premio aquella misma noche. Habría tenido que hacerlo de todas formas al cabo de dos o tres días, así que preferí adelantar trabajo. A pesar de que tenía reservada una página y media, me bastó con una para hablar sobre la obra del autor galardonado. En el espacio que sobraba podría haber hablado de los demás candidatos, pero no lo hice.

En ese preciso instante recibí una llamada de mi hermana Shigako, que vivía con nuestra madre en el pueblo. Mi esposa Mitsu descolgó el teléfono e inmediatamente me desvió la llamada al despacho. Shigako llamaba para decirme que la salud de nuestra madre había empeorado de repente, que acababan de llamar al médico y que le habían puesto una vía.

—No parece grave, pero está tan débil...

Antes de colgar, mi hermana prometió que volvería a llamarme al cabo de una hora para darme más noticias. El reloj indicaba que eran poco más de las nueve.

Mi madre tenía ochenta y nueve años y, como había nacido en febrero, le faltaban menos de tres meses para cumplir los noventa. Durante el último año no había tenido nada grave, pero los achaques de la edad la habían obligado a guardar cama en varias ocasiones. Desde el punto de vista físico podría aguantar otros cinco o diez años, pero cualquier resfriado sin importancia podía poner su vida en peligro en un abrir y cerrar de ojos.

Preparándome para lo peor, le dije a Mitsu que se acostara temprano y que yo mismo cogería la llamada del pueblo. Sobre las diez y media, Shigako llamó por segunda vez:

—Nuestra madre está durmiendo pero respira con mucha dificultad, así que le he pedido al médico que se quede. Ya la conoces: si supera esta noche, mañana se levantará como si nada, pero me preocupa lo que pueda pasar hoy. —Shigako estaba serena, pero su voz era más grave y débil de lo habitual.

Aunque no creía que el estado de nuestra madre empeorase en tan poco tiempo, le dije a mi hermana que saldría de Tokio para ir al pueblo al día siguiente a primera hora, tan pronto como consiguiera un taxi.

Empecé inmediatamente a hacer los preparativos para el viaje. Previendo que tendría que pasar varios días en el pueblo, metí en la maleta los libros que necesitaba para escribir las dos novelas serializadas que tenía previsto empezar al día siguiente. Además, el día 25 tendría lugar

la ceremonia de inauguración del nuevo edificio que mis amigos del pueblo habían construido aquel otoño para exponer todas mis obras en las afueras de Numazu, y tendría que asistir. Así pues, cogí también un traje negro y algunas camisas.

A las dos menos diez de la madrugada, Shigako volvió a llamar.

—La abuela ha dejado de respirar hace dos minutos —dijo, y empezó a sollozar. Esperé a que se serenara un poco y luego le di las gracias por haber cuidado de ella durante tanto tiempo, y le aseguré que nuestra madre había sido sin duda mucho más feliz al cuidado de Shigako y su marido que con cualquiera de sus demás hijos. Fueron unas palabras de agradecimiento de hermano a hermana, pero también fue mi forma de darle el pésame. Luego le dije que lo arreglaríamos todo a la mañana siguiente, en cuanto yo llegara al pueblo, y colgamos.

Fui al dormitorio de Mitsu y le anuncié que mi madre había muerto. Mi mujer no estaba dormida y se levantó enseguida. Cuando volví al despacho, el teléfono estaba sonando. Era Kuwako, la menor de mis dos hermanas, que vivía en Tokio como yo. Su voz sonaba sorprendentemente firme. Quedamos en mi casa a las ocho de la mañana del día siguiente para ir juntos al pueblo.

Mientras observaba a mi mujer colocando el retrato de mi madre en el altar y haciendo los preparativos para quemar incienso, fui consciente de que finalmente había muerto y aquel pensamiento me sacudió como una descarga. No sé cuánto tiempo pasó hasta que oí que el teléfono volvía a sonar en mi despacho. Desvié la llamada a la sala de estar, descolgué el auricular y oí de nuevo la voz de Shigako.

—El velatorio será mañana —dijo, a pesar de que sólo faltaban unas horas para el amanecer. El funeral solía tener lugar al día siguiente del velatorio, pero por desgracia era *tomobiki* —un mal día para los funerales según el viejo ciclo lunar chino—, así que tendría que celebrarse al día siguiente, el 24. Shigako llamaba para informarme acerca de todas aquellas disposiciones y también para asegurarse de que no hubiera ningún impedimento. Supuse que varios de nuestros familiares ya se habían reunido alrededor del lecho de muerte de mi madre y habían empezado a discutir aquellas cuestiones. La voz de mi hermana sonaba más firme que antes, quizá por la tensión que estaba soportando. Le aconsejé que se tumbara un rato en la cama, aunque no pudiera dormir.

Después de aquella llamada, hablé con mi mujer acerca de los planes para el día siguiente. Kuwako y yo partiríamos a primera hora. Mitsu se encargaría de avisar a todos nuestros hijos, que ya tenían su propio hogar; dejaría la casa preparada para ausentarnos varios días y, en cuanto lo tuviera todo listo, saldría de Tokio a tiempo para el velatorio. Como teníamos que llevarnos una cantidad considerable de equipaje, lo más seguro sería cargarlo todo en mi coche.

Después de preparar mis cosas y meter la ropa para el funeral en la maleta, decidí dejar el resto de los preparativos en manos de Mitsu, me preparé un whisky con agua y me retiré a mi despacho. A pesar de que hacía muy poco que mi madre había muerto, su fallecimiento ya había pasado a un segundo plano para ceder todo el protagonismo al desenlace, es decir, el funeral. Y mi precipitado viaje al pueblo para despedirme de mi madre se había convertido repentinamente en una expedición para organizar sus exequias.

Me senté en el escritorio y me llevé el vaso a los labios. Lo más adecuado para la noche en la que había recibido la noticia de la muerte de mi madre habría sido mantener una conversación entre madre e hijo de las que sólo se tienen una vez en la vida, pero no me sentía con ánimo. Mi madre había vivido una larga vida y finalmente había muerto. Ahora dormía sin preocupaciones.

Estaba tumbada, con los ojos plácidamente cerrados, y no volvería a despertarse. Lo único que sentía era una intensa emoción. Cuando mi padre murió quince años atrás, a los ochenta años, también recibí la noticia de su muerte en el despacho de mi casa de Tokio. Aquella noche también me había sentado en el escritorio esperando el amanecer, con la diferencia de que entonces se me ocurrieron muchas cosas que me habría gustado decirle a mi padre mientras vivía y no le había dicho. No fue eso lo que sentí tras la muerte de mi madre: mientras vivió le dije todo cuanto quise decirle, y tenía la sensación de que no nos había quedado ninguna conversación pendiente.

Kuwako llegó a las ocho y media. Salí del despacho al oír su voz y la vi de pie en la sala de estar, hablando con mi mujer.

—La abuela ha muerto de repente, ¿verdad? —estaba diciendo cuando entré—. Si llego a saberlo, habría ido a verla el domingo pasado. —Con aquellas palabras expresaba su tristeza por la muerte de nuestra madre. Shigako, Kuwako, Mitsu, yo y todos los demás la llamábamos «abuela» en lugar de «madre». Nos salía de forma natural desde que había empezado a envejecer y su demencia se había vuelto más pronunciada.

Del mismo modo que había hecho con Shigako por teléfono la noche anterior, a Kuwako también le agradecí que hubiera cuidado de nuestra madre durante tantos años.

—Tú también has hecho mucho por ella, y la abuela... Bueno, no sé si es muy apropiado decirlo, pero no ha sufrido una larga enfermedad. Ha tenido una muerte rápida, muy acorde con su forma de ser —dije, y terminé hablando como nuestra madre—: «Ahora estoy tranquila, y tal vez vosotros no lo sepáis, pero estoy cómodamente instalada aquí arriba». —Kuwako se secó las lágrimas que le asomaban en el borde de los ojos.

Tras un rápido desayuno, Kuwako y yo sacamos a la entrada los numerosos bultos que formaban nuestro equipaje. Yo llevaba una bolsa con el traje para la inauguración y otra bolsa con la ropa para el funeral. En cuanto al trabajo, no había tenido más remedio que aplazar las entregas que tenía pendientes, pero no había podido posponer la inauguración porque los patrocinadores ya habían enviado las invitaciones. El funeral sería el 24 y la inauguración, el 25. A pesar de lo difícil que me resultaría controlar mis sentimientos ese día, al menos podía dar gracias de que ambos eventos no coincidieran.

Al final eran casi las diez cuando salimos de casa y tomamos la autopista Tokio-Nagoya. Hacía un día radiante y el monte Fuji estaba precioso.

—La abuela pronto habría cumplido los noventa —observó Kuwako. Según el cómputo tradicional, el primero de enero habríamos sumado un año más a sus ochenta y nueve años. Mis hermanos y yo habíamos hablado de celebrar el nonagésimo cumpleaños de nuestra madre, pero su inesperada muerte había dado al traste con nuestros planes. Teníamos previsto asistir todos —mi familia y yo, Kuwako y todos los demás— a la inauguración del día 25 y después hacer una parada en el pueblo para pasar un par de días con ella, pero ya no sería posible por tan sólo unos días. Sin embargo, tal y como le comenté a Kuwako, a nuestra madre probablemente no le habría hecho ni pizca de ilusión que fuéramos a verla con la excusa de que la inauguración estaba cerca.

—¡Ya lo creo! —convino mi hermana—. Conociendo a nuestra madre, es muy probable que no hubiera querido vernos de haber sabido que no habíamos ido expresamente por ella. Pero para el funeral sí que nos reuniremos todos por ella, así que espero que no tenga queja. Seguro que le gustaría tener un funeral animado. Estaría encantada de que asistiera un montón de gente.

En los alrededores de Gotemba bordeamos el monte Fuji, que primero quedó a nuestra derecha, luego al frente y finalmente a mano izquierda. Era la primera vez que lo veía

completamente descubierto, desde la cima hasta el pie.

Cerca de Numazu volvimos a rodear el Fuji, que quedó a nuestra derecha, y luego lo dejamos atrás. Unas nubes de un blanco inmaculado flotaban en el cielo azul, sedosas como jirones de algodón. Entre mayo y junio yo había viajado a Irán y Turquía, y la belleza del azul del cielo y el blanco de las nubes del sur de Turquía me había embargado el corazón. Aquel cielo y aquellas nubes que veía ahora desde la autopista eran idénticos a los de allí. Pensé que era muy propio de mi madre haber elegido un día tan radiante para morir.

Hasta ahora he descrito la senectud de mi madre en dos partes —a medio camino entre un ensayo y una novela—, tituladas «Bajo los cerezos en flor» y «Claro de luna». En «Bajo los cerezos en flor» mi madre tenía ochenta años y en «Claro de luna», ochenta y cinco. Así pues, mi madre vivió más de cuatro años desde la última parte hasta que la muerte se la llevó repentinamente. En los primeros dos años de la última etapa de su vida, su demencia empeoró y siguió creando tantas dificultades como antes para los que formábamos parte de su entorno, pero en los últimos dos años empezó a sufrir un declive físico y pareció que su senilidad también perdía fuelle. No hubo ninguna mejoría en su deterioro mental, pero tiempo atrás nadie habría creído que llegaría a estar tan tranquila, tanto de día como de noche. En este sentido, la paz que ella había ganado también la ganamos sus hijos e hijas.

En «Claro de luna» describí cómo mi madre iba borrando gradualmente de su memoria todas las décadas de su vida —los setenta, los sesenta, los cincuenta y así sucesivamente— hasta que, al final, se quedó en algún lugar entre los diez y los veintitantos. Un año después de que terminara de escribir esta parte, mi madre vino a Tokio y estuvo viviendo veinte días en mi casa. Mi hermana Shigako, que era quien cuidaba de ella en el pueblo, tenía un viaje que no podía cancelar y decidimos que yo me ocupara de nuestra madre durante su ausencia.

Era pleno invierno. Mi esposa Mitsu y mi hija menor Yoshiko, que había terminado la carrera el año anterior, esperaron que el frío aflojara un poco y fueron al pueblo a recoger a la abuela. Se quedaron a pasar la noche allí y al día siguiente volvieron a casa en coche.

Mi madre estaba de muy buen humor antes de dejar el pueblo. Se despidió de los vecinos diciendo que estaría fuera unos días, subió al coche alegremente y durante el viaje parecía disfrutar del paisaje invernal que discurría junto a la autopista. A pesar de ello, cuando apenas hacía una hora que había llegado empezó a pedir que la lleváramos de vuelta al pueblo cuanto antes. Durante los veinte días que estuvo viviendo en Tokio no conseguimos que olvidara ni un solo día la idea volver a casa.

Por la mañana, cuando estaba descansada, su forma de insistir era más tranquila: «Ya va siendo hora de volver a casa», decía. O: «Aquí estoy muy tranquila y me siento muy a gusto, pero me preocupa no saber cómo van las cosas en el pueblo». Pero a lo largo de la tarde el deseo de volver a casa se apoderaba de ella por completo y le provocaba violentos arrebatos, de modo que siempre tenía que haber alguien vigilándola. Cuando la perdíamos de vista, aunque sólo fuera por un segundo, cogía su pequeña maleta y se dirigía a la puerta principal. No atendía a razones. Si alguien le ponía la mano en el hombro para detenerla, montaba en cólera como si la hubiéramos abofeteado. Conmigo era con quien se mostraba más obediente, pero cuando su excitación alcanzaba cotas máximas ni siquiera me escuchaba a mí. En aquellos momentos dudó incluso que supiera que yo era su hijo.

No se calmaba hasta que terminaba el día y empezaba a oscurecer, quizá porque pensaba que

ya era demasiado tarde para volver a casa o porque tanta agitación y tanto descontrol la dejaban agotada. El caso es que sus facciones se relajaban, como si el espíritu que la había poseído hasta entonces la hubiera abandonado; salía al jardín a pesar del frío, se asomaba a mi despacho y se metía en la bañera con una docilidad sorprendente. Luego solía cenar con el resto de la familia.

—Hoy has armado una buena, abuela —le decían mis hijos.

—¡Qué disparate, eso lo diréis por vosotros! —respondía ella, pero eso no significaba que se hubiera resignado a quedarse. Nos aseguraba que cogería el primer tren del día siguiente, que no hacía falta que nos levantáramos para decirle adiós, que lo mejor sería despedirnos aquella misma noche, o que en el pueblo había mucha gente esperando su regreso con ansiedad.

—¿Quiénes son esos que te están esperando? —le preguntó Mitsu una vez.

—Allí no es como en esta casa —respondió mi madre con sarcasmo—. Allí tenemos mucha gente trabajando para nosotros, el jardín es grande y tenemos aguas termales, así que puedo bañarme siempre que quiera.

—¡Qué maravilla de casa, abuela! —dijo Yoshiko.

—Ven a visitarme algún día —la invitó ella, suavizando el tono—. Tenemos árboles frutales, la cocina es mucho más grande que ésta e incluso tenemos dos pozos. —Cuando hablaba así, parecía una niña presumiendo de su casa.

Después de cenar, mi madre se sentaba un par de horas en un cojín sobre la alfombra de la sala de estar, donde a veces escuchaba la conversación de los demás y otras veces se recluía en su propio mundo. Pronto le entraba sueño y echaba una cabezadita. Entonces se despertaba con un sobresalto y, medio avergonzada, se llevaba las manos al cuello del kimono. En cuanto Yoshiko se daba cuenta de que mi madre tenía sueño, se levantaba enseguida.

—Anda, vamos a la cama —le decía, tomándole la mano. Si mi madre se resistía, añadía—: No seas cabezota, es hora de ir a dormir.

Yoshiko levantaba hábilmente a mi madre y la llevaba medio en brazos por la escalera que subía a los dormitorios. Era la encargada de llevarla a la cama porque se le daba muy bien. Cualquier otro que intentara hacerlo encontraba una resistencia feroz, pues mi madre sólo se lo permitía a Yoshiko. Cuando se alteraba durante el día ni siquiera ella podía aplacarla y mi madre la trataba incluso con más rudeza que a los demás, pero a la hora de ir a la cama se mostraba mansa como un corderito. Yo nunca veía cómo Yoshiko la acostaba, pero a veces ella nos lo explicaba: algunos días todo iba como la seda, mientras que otros costaba un poco más.

—Lo hago muy deprisa: la ayudo a quitarse el kimono, le pongo el camisón, la acuesto en el futón, la tapo hasta los hombros y le doy unas palmaditas por encima de la sábana. Luego le acerco unos pañuelos, su monedero y una linterna, se lo enseño todo y le digo que lo dejaré a su lado, junto a la almohada. Luego vuelvo a darle unas palmaditas por encima de la sábana, a la altura de los hombros. Si no lo hago, no se queda tranquila. Salgo al pasillo, apago la luz de su habitación y espero un rato. Si no se levanta en dos o tres minutos, es que todo va bien.

Yoshiko seguía todas las noches el mismo ritual para acostar a mi madre. Me gustaba escuchar a mi hija hablar sobre la singular relación que mantenía con su abuela.

—¿Sabéis por quién me toma la abuela? —dijo Yoshiko un día—. Cree que soy su criada. Al menos, eso parece. Además, sospecho que me toma por una criada mayor que ella. Se porta como una niña mimada, se enfada... Anoche, por ejemplo, después de montar una pataleta, va y me dice: «Gracias. Tú también puedes irte a la cama».

Habíamos llegado a la conclusión de que mi madre iba borrando progresivamente la larga línea que había dibujado durante sus más de ochenta años de vida, y que había hecho una regresión hasta la adolescencia o hasta los veintitantos años. No teníamos ningún motivo para reconsiderar aquella teoría, pero teniendo en cuenta los arrebatos que sufría de día desde que había vuelto a Tokio, era muy difícil tratarla como si fuera una niña o una adolescente. Cuando se obsesionaba con volver a casa, sus palabras y acciones denotaban una capacidad de negociación y manipulación propias de una mujer astuta. Si bien es cierto que mi madre regresaba a la adolescencia o a principios de la veintena en sus momentos de relativa docilidad y parecía tener el conocimiento vital de una niña o una chica joven, cuando se enfurecía sacaba la picardía mundana propia de alguien que ha vivido una larga vida.

El cambio más notable en comparación con los dos o tres últimos años era que antes hablaba a menudo de Shunma y Takenori, los dos jóvenes objetos de su pasión de juventud que tanto habían hecho reír a sus nietos, y ahora, en cambio, ya no los mencionaba. Sólo lo hacía cuando los niños sacaban el tema, nunca por iniciativa propia. Al parecer, su demencia había avanzado hasta el punto de que incluso los rostros de sus dos grandes amores de juventud empezaban a apagarse en su cerebro.

Cuando Yoshiko dijo que mi madre la confundía con una anciana criada, pensé que tal vez cuando estaba tranquila regresara a su infancia, a la época en la que su abuelo la malcriaba. Su edad mental, que hasta entonces situábamos alrededor de los trece o catorce años —cuando se había enamorado de Shunma y Takenori—, era ahora menor. Por eso ya no hablaba de los dos jóvenes, porque había empezado a vivir en una época anterior.

Mi madre tendría cinco o seis años cuando fue confiada al cuidado de su abuelo Kiyoshi, que por entonces era un popular médico privado con dos consultorios, uno en Mishima y otro en el pueblo. Como no tenía hijos, había adoptado a un matrimonio casado para asegurar la continuidad del apellido de la familia. Cuando nació mi madre, la primogénita de ese matrimonio, el abuelo se encariñó mucho con ella; tanto, que decidió separarla de sus padres y criarla personalmente en Izu, donde tenía una de sus consultas. Según parece, ya entonces tenía la intención de que mi madre empezara una nueva rama del árbol familiar casándose con un médico que adoptara el apellido de la familia y diera continuidad a la profesión. Sus deseos se harían realidad unos años más tarde. En cualquier caso, se puede decir que mi madre había crecido en un entorno bastante inusual gracias al amor incondicional que le profesaba su abuelo, y tuvo que ser en aquella época cuando adquirió ciertos rasgos de su personalidad: no estaba satisfecha a menos que fuera el centro de atención, era muy orgullosa y creía que los demás estaban a su servicio. Sin embargo, los rasgos innatos de su personalidad eran todo lo contrario: era compasiva, metódica y conciliadora. Aquellas características contradictorias se habían ido alternando en mi madre según el momento en el que se encontraba. Algunas personas la consideraban amable y otras, cruel. Algunos la veían como una mujer egoísta y egocéntrica, mientras que otros pensaban que era alegre y sociable. El único rasgo que le atribuía todo el mundo sin excepción era su fuerte orgullo.

Sea como fuere, pensé que mi madre había retrocedido aún más en el tiempo y se encontraba en su infancia, aquellos años en los que había vivido con el abuelo Kiyoshi sin que le faltara de nada. En cierto modo, aquella suposición me alivió y me consoló. No sabía si mi madre había regresado a los cinco, seis, siete u ocho años, pero en cualquier caso cabía pensar que su actitud sería cada vez más infantil, caprichosa y egoísta. Como hijo suyo, me sentía agradecido de que mi madre se encontrara en la infancia, probablemente la época más feliz de su vida. Si pudiera

sentirse siempre como entonces, no estaría triste ni abatida. Ahora durante el día estaba tan triste que deprimía a todos los que la rodeábamos, por eso quería que regresara —aunque sólo fuera por la noche— a aquella época en la que la malcriaban y consentían a pesar de su arrogancia y egoísmo.

Sin embargo, cuando mi madre llevaba medio mes viviendo en Tokio, ocurrió algo que dio al traste con todas mis esperanzas. Mi madre apareció en mi despacho en mitad de la noche, en pijama y con una linterna en la mano. Echó un vistazo en el interior de la habitación y, cuando me vio sentado en el escritorio, dio media vuelta y se fue sin decir palabra. Intenté decirle algo, pero ella me dio la espalda sin responderme. Pensé que habría sido un episodio de sonambulismo y la acompañé a su dormitorio, en la planta superior. Pero cuando intenté meterla en la cama, no me hizo caso y siguió deambulando sin rumbo fijo. Como no podía ocuparme yo solo, fui a despertar a mi hija Yoshiko, que dormía en la habitación de enfrente. El ruido despertó también a mis dos hijos mayores, que hacía dos o tres años que habían terminado los estudios. Así pues, aquello derivó en una improvisada reunión familiar en plena noche alrededor de la cama de mi madre.

—Entonces, ¿esta noche ha ido a verte a ti? —me preguntó mi segundo hijo—. Anoche entró en mi habitación. Me enfocó con la linterna desde arriba mientras dormía y me pegó un susto de muerte. Me levanté de un salto.

—A mí también me lo ha hecho varias veces —intervino el mayor—. Cuando se despierta en mitad de la noche, viene a mi habitación, que está justo al lado de la suya. Mueve la linterna para iluminarlo todo, se acerca a la cama, me mira y luego se va. Al principio pensé que iba al baño y se había equivocado de puerta, pero no es eso. Cuando sale de mi habitación, entra en el baño sin equivocarse y luego vuelve a su cuarto y se acuesta otra vez. Es como si entrara a verme de camino al baño.

—Estará preocupada por saber si estás o no estás, por eso entra a mirar —apuntó Yoshiko.

—Pues no tiene gracia. Tengo que madrugar para ir al trabajo. ¿A ti no ha venido a verte nunca? —le preguntó mi hijo mayor.

—Vino una vez, pero no ha vuelto.

—A lo mejor sí que viene pero no te enteras porque estás durmiendo —dijo el segundo de mis hijos. A continuación, empezaron a expresar toda clase de opiniones: que si caminaba en sueños, que si era sonámbula, que si tenía alucinaciones...

—En cualquier caso, no es agradable que te despierte en mitad de la noche. Un día se le cayó la linterna y estuvimos buscándola juntos, pero no la encontrábamos. Al final se me ocurrió mirar debajo de la cama y estaba allí. Incluso la linterna parece tener vida propia —explicó mi hijo mayor.

—Eso es imposible —intervino mi madre de repente. Todos nos volvimos en su dirección. —¿Cómo va a moverse sola una linterna?

Mi madre estaba sentada encima del futón, envuelta en la bata larga que Yoshiko le había puesto. Ya no recordaba que había estado en la planta inferior, y parecía muy molesta y disgustada por haberse convertido en el tema de aquella conversación. Sólo parecía haber oído lo que acababa de decir mi hijo mayor, y le había sonado tan extraño que había decidido unirse a la conversación. La expresión de confusión que había antes en su rostro había cambiado radicalmente, y en sus labios flotaba la sonrisa alegre e inocente de una niña. Fue suficiente para quitarnos el mal humor. Yoshiko la acostó enseguida y mis hijos y yo regresamos a nuestras habitaciones, como si mi madre nos hubiera dado la orden de retirarnos.

Dos o tres días más tarde, mi madre intentó entrar de nuevo en mi despacho en mitad de la noche. Yo estaba sentado en el escritorio y oí el ruido de sus pasos sobre la alfombra de la habitación contigua. Me levanté inmediatamente y me asomé a la sala de estar. La puerta de enfrente, que conducía al recibidor, estaba entornada y era lo único que destacaba bajo de la luz procedente de la escalera. El resto de la estancia estaba completamente a oscuras. Mi madre sujetaba la linterna en mitad de la penumbra y Yoshiko estaba detrás de ella envuelta en una bata azul, tambaleándose de sueño.

—Parecéis fantasmas —dije sin pensar, pues aquellas dos figuras de pie en mitad de la amplia sala de estilo occidental parecían flotar como espíritus del más allá. El año anterior había viajado a China y había visto una obra titulada *Amor y armonía* en el Teatro de Shanghái. Había una escena en la que el Rey Dragón, un enano y el espíritu de la protagonista subían en una nube y volaban hacia la capital a lo largo del río Yangtsé. Mi madre, que buscaba la puerta de mi despacho con la linterna, me recordaba al enano iluminando el inframundo con su larga antorcha, mientras que Yoshiko, con su bata azul, parecía una mujer convertida en espíritu.

—Es duro, ¿verdad? —le dije a mi hija.

—Me ha despertado y estoy muerta de sueño. Creía que volvería a su cuarto, pero ha empezado a bajar la escalera y no podía dejarla sola, ¿verdad? Es peligroso —respondió ella—. Antes de bajar se ha asomado al dormitorio de mi madre.

—¿Estará buscando a alguien?

—No lo creo. Más bien parece que se sienta sola. Se despierta en mitad de la noche y piensa que no está en su habitación, así que va entrando en todas las demás buscando la que ella cree que es la suya.

Acompañé a mi madre y a Yoshiko a la planta superior. Como no tenía sueño, llevé la botella de whisky al despacho y me pregunté qué habría en la cabeza senil de mi madre que la empujara a comportarse de aquel modo durante la noche. Era posible que Yoshiko tuviera razón y mi madre buscara su habitación de la casa del pueblo, aunque también podía ser que hubiera regresado a la infancia y estuviera perdida buscando algo con su mentalidad de niña. Aquella noche no había visto ni rastro de la niña arrogante que había sido días atrás; sólo era una mujer triste y solitaria. Podría haber catalogado el incidente como una alucinación o un episodio de sonambulismo y olvidarme del asunto, pero en las acciones de mi madre había algo que, aunque no fuera normal, denotaba cierta voluntad. Después de haberla visto de aquella forma no me sentía capaz de cerrar el asunto.

Al final, mi madre abandonó Tokio al cabo de veinte días y volvió al pueblo. Cuando la habíamos traído a la ciudad, todos esperábamos que aguantara por lo menos un mes, pero ahora no me parecía prudente alargar más su estancia en Tokio y le pedí a Shigako que se organizara para que nuestra madre pudiera volver al pueblo antes de lo previsto. A ella no se lo dijimos hasta el mismo día del viaje. Unos días antes de irse, el ciruelo que crecía junto a la ventana de mi despacho se llenó de flores blancas. Puede que aquel espectáculo fuera el detonante para que mi madre empezara a hablar exclusivamente de los ciruelos que tenía en la casa del pueblo. Decía que tras el almacén había un huerto con ciruelos de flores encarnadas y flores blancas, y que ahora habían florecido todos a la vez y estarían en su mayor esplendor. Como enseguida olvidaba sus propias palabras, las repetía una y otra vez. El terreno en cuestión no se podía considerar un huerto, pero es cierto que hasta principios de los años veinte había habido muchos ciruelos en el jardín de la casa del pueblo. Actualmente, sin embargo, sólo quedaban unos cuantos y el almacén

había desaparecido.

Al fin, pues, decidimos que la abuela regresara a la casa del pueblo con sus ciruelos. Fuimos en coche y la acompañé con Kuwako, que se había quedado a dormir en mi casa la noche anterior. Como salimos por la mañana, que era cuando tenía la cabeza relativamente fresca, estuvo de muy buen humor durante todo el viaje.

—¿Sabes adónde vamos? —le preguntó Kuwako.

—No —respondió nuestra madre, sonriendo alegremente—. Estoy muy olvidadiza últimamente, pero supongo que volvemos al pueblo.

Ni Kuwako ni yo logramos averiguar si realmente no sabía adónde íbamos o si sólo fingía ignorarlo.

Como cabía esperar, nuestra madre estaba muy contenta cuando llegamos al pueblo y empezó a explorar todos los rincones de la casa. Cuando salimos al jardín después de comer ya no parecía recordar que habíamos salido de Tokio aquella misma mañana. Había varios ciruelos repartidos por la superficie del jardín descuidado, algunos de flor encarnada y otros, de flor blanca. Todos eran viejos, y las pocas flores que tenían lucían un color apagado. Mi madre paseó por aquel jardín por el que tanto había suspirado desde Tokio, muy diferente del jardín del que solía presumir. El jardín que tenía grabado en la memoria y del que tan orgullosa se sentía era el de su infancia, pero por muy vehemente que fuera su deseo de regresar a él, era imposible.

—Abuela —dije—, siempre hablas de los ciruelos, pero aquí ya no queda casi ninguno.

—Tienes razón —dijo ella con tristeza—, qué aspecto más descuidado.

Era difícil saber hasta qué punto era consciente de lo que significaba aquello, pero en las palabras que pronunció allí, de pie en el jardín abandonado, parecía haber nostalgia por la lejana época de esplendor de la casa.

Aquella noche hablé con Shigako y su marido y les hice un resumen de la estancia de la abuela en Tokio, incluida la parte de las excursiones nocturnas.

—Aquí también lo hace —dijo entonces mi hermana—. A lo mejor en tu casa le daba más reparo y sólo se levantaba una vez, pero cuando está aquí se levanta dos o tres veces por noche. Mira en nuestra habitación, va a la cocina, pasa por el trastero, cruza el pasillo y vuelve a su cuarto.

Aquella nueva información invalidaba la teoría de Yoshiko, según la cual mi madre se levantaba para buscar la habitación donde dormía en la casa del pueblo. Nuestra conversación siguió girando en torno al motivo que ocasionaba los paseos nocturnos de mi madre.

—Me pregunto por qué lo hará —dijo Shigako—. Antes no lo hacía, empezó hace cosa de un año. Al principio pensé que sólo quería comprobar que las puertas estuvieran bien cerradas, pero ya no lo creo. Últimamente tengo la sensación de que es una niña que busca a su madre. Aparece en mi dormitorio y me mira, pero enseguida desvía la mirada y se va como si se hubiera dado cuenta de que no soy la persona que busca. Supongo que en Tokio haría lo mismo, ¿no? Su expresión me recuerda a una niña buscando desesperadamente a su madre.

Las palabras de mi hermana me hicieron recordar que, en dos de las visitas nocturnas que mi madre hizo a mi despacho, nuestras miradas se habían encontrado. Aunque ella me miraba, no estaba seguro de que me viera. Parecía mirarme por casualidad y enseguida apartaba la vista. Cuando Shigako describió su mirada como la de una niña buscando desesperadamente a su madre, no pude menos que estar de acuerdo con ella. Me sorprendió descubrir que Shigako llevaba

tiempo recibiendo las visitas nocturnas de nuestra madre.

—Yo tengo una teoría un poco distinta —intervino mi cuñado Akio—. Su actitud me recuerda más a la de una madre buscando a su hijo. ¿Recuerdas aquella vez que dijo que tú no estabas y salió a buscarte? Fue entonces cuando empezaron las excursiones nocturnas, por eso digo que parece deambular por toda la casa en busca de sus hijos. Aquella vez te llamó por tu nombre y es probable que te estuviera buscando a ti, como si fueras un recién nacido, pero ahora es distinto. No busca un niño en concreto, sólo un niño en general, como una gata busca a sus cachorros. Un niño que busca a su madre tiene una expresión de angustia, mientras que la expresión de la abuela es más bien intimidante. Es la cara de una madre que busca a sus hijos. —Akio también tenía su propia opinión, como todos los que convivían con la abuela.

—Pero la expresión de la abuela no sólo es intimidante —protestó Shigako—, también hay angustia en su mirada. Cuando observo su silueta de espaldas mientras merodea por la casa, lo primero que pienso es que está angustiada. Parece una niña buscando a su madre. Además, si pudiera elegir, preferiría que fuera la niña y no la madre.

—De hecho, si sólo fuera una niña sería más fácil tratar con ella —dijo Kuwako—. Aun así, me pregunto quién será en realidad: ¿una niña buscando a su madre o una madre buscando a sus hijos? La única forma de saberlo sería preguntárselo a ella.

—El problema es que ni siquiera ella lo sabrá... «No lo sé, no recuerdo haberlo hecho» —dijo Shigako imitando a nuestra madre.

—Es verdad —admitió Kuwako—, no creo que la abuela lo sepa. No es consciente de sus propios actos. No puedo evitar pensar que su espíritu abandona su cuerpo y se dedica a deambular por ahí. Anoche compartí habitación con ella en Tokio y se despertó en mitad de la noche. No estoy acostumbrada a que lo haga y decidí acompañarla, y fue verdaderamente como ir detrás de un espíritu errante. Aunque en realidad no deambulaba, ni tampoco parecía que la arrastrara el viento: parecía movida por una fuerza ajena. Como si algo externo controlara sus movimientos sin que ella fuera consciente.

—No digas esas cosas, ¡es escalofriante! —la reprendió Shigako.

—Vamos a dejarlo aquí. Hablar de esto me pone muy triste y siento mucha lástima por nuestra madre —dijo Kuwako. Al parecer todos nos sentíamos igual, así que cambiamos de tema.

Cuando Kuwako dijo que el alma de nuestra madre parecía controlada por una fuerza externa, estuve a punto de replicar que aquella fuerza podía ser algo parecido al instinto, pero pensé que mi reflexión provocaría una triste discusión y me la guardé para mí. No podríamos evitar sentir lástima por nuestra madre y entristecernos aún más.

¿Quién era nuestra madre? ¿Una niña que buscaba a su madre, como decía Shigako, o una joven madre que buscaba a su hijo, como opinaba Akio? También podía ser una niña perdida que buscaba cualquier otra cosa. Sea como fuere, Kuwako tenía razón al afirmar que ni siquiera ella misma lo sabía, pues no era consciente de sus propias acciones. En ese caso, el motor de sus actos tenía que ser algo muy parecido al instinto. Aquello que empuja a una madre a buscar a su hijo o a un niño a reclamar a su madre es una fuerza innata, que seguía viva en el cuerpo y el espíritu envejecidos de mi madre y provocaba aquella misteriosa conducta. Aunque no comprendiera la verdadera naturaleza de sus actos, al menos tenía una explicación para sus excursiones nocturnas.

Años atrás, hubo una época en que lo único que parecía provocar una reacción en mi madre era el dolor de separarse de sus seres queridos. Ahora, en cambio, daba la sensación de que ni siquiera aquello la hacía reaccionar. Su demencia había avanzado hasta tal punto que sólo parecía

obedecer a la titilante llama azul del instinto que ardía en algún lugar de su cuerpo y de su mente decadentes. No obstante, aunque eso fuera cierto, pensar en mi madre en aquellos términos resultaba tan deprimente que se hacía insoportable. Cuando sus hijos e hijas decidimos abruptamente poner fin a nuestra conversación, tuve la sensación de que Akio, Shigako y Kuwako habían percibido también —cada uno a su manera— la existencia de la llama azul que ardía en el interior de nuestra senil madre.

Curiosamente, aquella noche —tal vez porque había pasado un tiempo lejos del pueblo o porque no había tenido que suplicarnos que la lleváramos a casa—, mi madre durmió toda la noche sin levantarse ni una vez.

A principios de junio del año siguiente, quince meses después de haber estado reflexionando sobre la llama azul del instinto que controlaba las acciones de mi anciana madre, recibí una carta de Shigako: su segunda hija estaba a punto de dar a luz y, al tratarse de su primer parto, quería tenerla en casa. Le parecía demasiado cuidar al mismo tiempo de su hija embarazada y de la abuela, así que me pidió que me hiciera cargo de nuestra madre durante los veinte días anteriores y posteriores al parto. A lo largo de aquellos quince meses, yo había ido al pueblo varias veces y siempre había visto a mi madre en el mismo estado. Algunas veces tenía la cabeza relativamente clara, mientras que otras veces su cerebro parecía muy deteriorado. Seguía levantándose todas las noches para merodear por la vieja casa del pueblo. Shigako y su marido Akio no volvieron a hablar de la niña que busca a su madre ni de la madre que busca a sus hijos.

—Menudo fastidio es hacerse viejo —decía Shigako—. Me horroriza pensar que algún día pueda acabar como la abuela. Al ser hija suya, tengo muchos números...

A mediados de junio, Mitsu y yo fuimos al pueblo a recoger a mi madre. Nos quedamos dos noches en la casa como simples observadores, y también para hablar con Shigako y su marido. La mañana del tercer día, provistos de la información imprescindible, subimos al coche. Sentamos a mi madre en medio, y Mitsu y yo nos colocamos cada uno a un lado. Aunque mi madre no tuviera ningún problema aparente, cuando subimos al coche me pareció que había encogido una talla y que era más frágil que nunca. El coche entró en Mishima a lo largo del río Kano y luego tomó la autopista de Tokio a Nagoya desde el nudo de Numazu. Paramos dos veces en áreas de servicio, la primera en el nudo de Numazu y la segunda en la autopista, cerca de Atsugi. Mi madre tenía un aspecto diminuto sentada en un rincón del restaurante vacío. Las dos veces tomó helado, y cada vez que se llevaba la cucharita a la boca decía que estaba delicioso, en un tono que daba a entender que nunca lo había probado. Fue el único comentario que hizo en todo el viaje, desde que dejamos el pueblo hasta que llegamos a Tokio.

Mi madre parecía inquieta cuando llegamos a casa: por su cara de extrañeza dedujimos que no reconocía el lugar donde estaba. Aun así, no insistió para que la lleváramos de vuelta a casa como la última vez y se mostró agradable con toda la familia. Se bañó y cenó con nosotros, aunque en ningún momento hizo cumplidos sobre la comida. Si alguien le preguntaba si estaba rica, se limitaba a responder: «Sí, sí». Estaba ligeramente enfurruñada, como si supiera que quejarse no le serviría de nada. Aquella noche se acostó temprano y durmió del tirón. Yoshiko dormía en la habitación contigua, al otro lado de una puerta corredera de papel.

Shigako nos había dicho que las excursiones nocturnas de la abuela se habían reducido bastante y que sólo se levantaba una vez en lugar de las dos o tres veces por noche de antes. Además, muchas noches dormía del tirón. Pero Shigako tenía que levantarse de todas formas para

asegurarse de que estuviera bien, así que no podía dormir ni una noche entera.

La segunda y la tercera noche de su estancia en Tokio, mi madre no hizo visitas nocturnas a las demás habitaciones. Sólo se levantaba para despertar a Yoshiko y pedirle que la acompañara al baño. Mi hija creía que la abuela quería pasearse por la casa en plena noche pero que no sabía adónde ir, y que por eso no lo hacía. El vigor de mi madre había menguado bastante en comparación con la última vez, y ya no tenía la fuerza necesaria para deambular sin rumbo fijo en mitad de la noche.

Cuando mi madre llevaba cuatro o cinco días en Tokio, Yoshiko expresó un nuevo punto de vista:

—A lo mejor la abuela cree que está en una cárcel, por eso ha renunciado a sus paseos nocturnos.

Al parecer, la noche anterior mi madre se había levantado para ir al baño y, mientras regresaba a su cuarto, se había detenido frente a la puerta de la habitación de mi segundo hijo y había cogido la manija con la mano, pero la llave estaba echada y no había podido abrir. Yoshiko pensó que había confundido aquella puerta con la de su propia habitación, pero entonces mi madre, como si pensara en voz alta, había murmurado: «No me dejarán ir a ningún lado, ¿verdad?».

—En aquel momento no le di importancia, pero creo que lo hace de vez en cuando. Y a lo mejor cada vez piensa que está encerrada —añadió mi hija.

Me rompía el alma que mi madre tuviera aquella alucinación todas las noches, pero tal vez fuera el mal menor para evitar sus excursiones nocturnas.

Durante el día, igual que en su anterior visita, mi madre nos pedía varias veces que la lleváramos a casa, pero nunca se enfurecía. Cada vez que se acordaba decía que quería volver, pero normalmente nos lo pedía estando sentada en el tatami de la sala de estar, y casi nunca hacía el intento de dirigirse a la entrada. En ese sentido también noté un deterioro físico, y al mismo tiempo daba la impresión de que su demencia estaba perdiendo fuelle. A veces el enfado se reflejaba en su rostro y otras veces llegaba a expresarlo verbalmente, pero en la mayoría de los casos era el resultado del orgullo herido. Sin embargo, como el motivo de su enfado nunca era evidente, para los que estábamos a su alrededor era muy difícil cuidar de ella. No se dejaba convencer ni quería que le explicáramos nada, pero en aquellos momentos se reconocía perfectamente a la niña arrogante que había crecido consentida por su abuelo. Cuando alguien le decía que era una cabezota, mi madre doblaba pulcramente ambas manos sobre el regazo y apartaba la cara con una expresión de profundo desdén que me recordaba a mi nieta de cinco años.

El caso es que, a pesar de aquellos incidentes puntuales, en el estado actual de mi madre mi familia y yo nos veíamos capaces de cuidar de ella durante un mes, incluso dos, sin demasiado esfuerzo. Tanto a Mitsu como a mí nos parecía buena idea llevarla a la casa de campo de Karuizawa, que solíamos abrir a principios de julio. Incluso mis hijos mayores opinaron que aquel año sería diferente y que la abuela disfrutaría de la tranquilidad de aquella casa rodeada de alerces. Yoshiko era la única que se mostró contraria a la idea:

—Pensadlo bien —dijo—. La última vez fue un desastre, y su demencia ha empeorado mucho desde entonces. La abuela no valorará la tranquilidad y la temperatura agradable, ya no siente esas cosas. Ahora piensa y siente cosas que ni siquiera podemos imaginar.

Nadie supo qué responder. Yoshiko era la principal cuidadora de mi madre y era quien mejor

conocía su condición actual, por lo menos de noche.

Después de reflexionarlo detenidamente, decidimos que era imposible ir a Karuizawa con mi madre. El problema principal era el transporte. Si la llevábamos en tren, el barullo de la estación sería difícil de soportar para los delicados nervios de mi madre, y un viaje de cuatro o cinco horas en coche sería demasiado duro para sus menguadas fuerzas físicas.

Contrariamente a lo que todos esperábamos, los primeros diez días de la estancia de mi madre en Tokio fueron sobre ruedas. Yo tenía la sensación de que para ella sería mejor vivir en Tokio que en la casa del pueblo, aunque sólo fuera porque mi madre ya no parecía sometida a la titilante llama azul del instinto. Ya no se convertía en la joven madre que buscaba a sus hijos medio enloquecida ni en la niña angustiada que no encontraba a su madre. Aunque, bien mirado, aquello no significaba que no sintiera la necesidad de deambular por la casa en mitad de la noche, sino que no podía hacerlo por mucho que quisiera. Aquella reflexión me hizo sentir otra clase de compasión por mi madre. Mientras estaba sentada en silencio en un rincón de la sala de estar, tenía el aspecto triste de una niña que no ha podido encontrar a su madre y se ha dado por vencida después de mucho buscarla, o el de una joven madre que no ha tenido más remedio que renunciar a su hijo porque tampoco ha sido capaz de dar con él. Su cara parecía entonces la de una niña solitaria y la de una madre solitaria. Tenía cara de niña y cara de madre. Cuando la veía como a una niña, tenía cara de niña, y cuando la veía como a una madre, tenía cara de madre.

Cuando hacía aproximadamente quince días que mi madre había llegado a Tokio, la invité a mi despacho y nos sentamos cara a cara en las sillas del porche, mirando al jardín. Habíamos desayunado tarde y eran poco más de las diez. Me apetecía tomar un té con ella antes de ponerme a trabajar. Yoshiko trajo un té verde suave para mi madre y uno más fuerte para mí. Cuando levanté la taza, mi madre, que hasta entonces había tenido la vista fija en mi escritorio, dijo de repente:

—El hombre que trabajaba aquí todos los días ha muerto, ¿verdad?

Aquel hombre no podía ser otro que yo mismo.

—¿Cuándo? —le pregunté, escudriñándole el rostro.

—Hará unos tres días —respondió ella, tras lo que pareció una profunda reflexión—. Es decir, creo que hoy es el tercer día —añadió, en un tono que denotaba cierta inseguridad.

Paseé la mirada por mi despacho tal y como estaba tres días después de mi supuesta muerte. En la habitación imperaba el caos más absoluto. Las estanterías estaban abarrotadas de libros desordenados y en el tatami había varios montones de libros, algunos de los cuales se habían caído o estaban a punto de hacerlo. Entre los montones de libros había dos bolsas de viaje, tres cajas de cartón y varios fajos de documentación —parte del material era mía y la otra parte, prestada— atados con cordones para evitar que se desparramaran. Además, en el estante de al lado de la ventana había más papeles, sobres y revistas amontonados sin ton ni son, y el porche donde estábamos sentados estaba lleno de toda clase de cosas. Si yo muriera, mi familia tendría mucho trabajo en poner un poco de orden.

Mi mirada se paseó por la habitación barriendo todos los rincones y se detuvo en el escritorio. La superficie también estaba desordenada, pero como aún no había empezado a trabajar, la mitad de la mesa estaba despejada. Esa zona era la única que estaba inusualmente limpia y ordenada. La asistente había apartado a un lado todo lo que había encima y había quitado el polvo de aquella mitad. En aquel espacio limpio y despejado aún quedaban dos ceniceros vacíos alineados con un tintero. Ligeramente conmovido, contemplé el escritorio de aquel hombre que acababa de fallecer.

—Así que tres días, ¿no? —dije.

—Todavía vienen muchas visitas —respondió mi madre.

—Tienes razón —admití.

De hecho, por el trajín que reinaba aquel día en casa parecía verdaderamente que el dueño acabara de morir. En la sala de estar contigua se oían las voces de Mitsu hablando con dos o tres personas que parecían del banco; en el comedor había cuatro familiares de la hermana menor de Mitsu que se habían quedado a dormir y —aunque no los oíamos desde donde estábamos— estaban haciendo los preparativos para irse; además de un joven matrimonio que había venido a reunirse con ellos. Desde mi silla en el porche veía el rincón del jardín donde la asistenta hablaba con los dos chicos de la empresa de construcciones que habían venido a arreglar la puerta del garaje.

Entonces se me ocurrió de repente que mi madre había desarrollado una especie de «intuición circunstancial». No sé si existe este concepto ni si lo estoy utilizando de forma correcta: el caso es que, aquel día, en casa había varias señales que habían llevado a mi madre a intuir que el dueño había muerto tres días atrás. El desorden de mi escritorio parecía indicar que la persona que trabajaba allí llevaba tres días sin sentarse a la mesa, y el trajín de gente entrando y saliendo encajaba perfectamente con el que podía haber tres días después del fallecimiento del dueño de una casa. Puede que mi madre hubiera recopilado además otros fragmentos de información que a mí me habían pasado por alto, y mediante todos aquellos datos había construido su propio mundo y estaba empezando a vivir su propio drama. Es decir: ahora vivía en una casa cuyo dueño había fallecido tres días atrás. Podía llorar y vestirse de luto. Podía interpretar cualquier papel en la obra que ella misma había escrito.

Sumido en aquellas reflexiones, de repente empecé a ver el mundo senil de mi madre desde otra perspectiva. Había momentos del día en los que pensaba que estaba anocheciendo a pesar de que acabábamos de desayunar, y otros momentos en los que confundía la noche con el día. Sin embargo, a ella le daba igual que fuera de día o de noche: si su intuición le decía que era de día, para ella era de día; si algo le hacía pensar que era de noche, entonces era de noche.

Mientras estaba sentado frente a ella tomando el té, quise decirle: «Abuela, has empezado algo importante, ¿verdad? Has empezado a vivir en un mundo que sólo te pertenece a ti». Era verdaderamente un mundo propio que no tenía validez para nadie más. Con su intuición había recortado fragmentos de la realidad y los había reestructurado para crear un nuevo mundo.

Tal vez ella me habría respondido que aquello no era el principio y que ya llevaba tiempo viviendo así. Lo cierto es que hacía varios años que confundía la noche con la mañana y la mañana con la noche.

Aquel incidente terminó ahí, pero más adelante ocurrió otro muy parecido. Un día de principios de julio, Mitsu y la asistenta cargaron varios bultos al coche y partieron hacia Karuizawa para abrir la casa de campo y prepararla para que pudiéramos trasladarnos durante el verano. Justo antes de que se fueran, mi madre se acercó a la puerta principal.

—Tengo que hablar contigo —le dijo a Mitsu en un tono formal. Cuando mi mujer se disponía a entrar de nuevo en casa, mi madre dijo que podían hablar fuera. Se calzó los zuecos de jardín y salió de casa. En lugar de dirigirse a la verja que daba a la calle, abrió la puerta trasera y salió al jardín. Mitsu la siguió. Mi madre se acercó al arbusto de lilas plantado en un rincón.

—Hace tiempo que quiero contarte algo —empezó a modo de preámbulo, y enseguida añadió —: La mujer que vive conmigo en la casa del pueblo no es de la familia, es una extraña. He

pensado que es mejor que sólo lo sepas tú.

Éste era el único asunto que quería tratar con Mitsu, que me lo contó cuando regresó de Karuizawa la siguiente noche.

—La abuela estaba muy seria —me dijo Mitsu—. Era como si quisiera decirme: «Esto no debería decírselo a nadie, pero ya que estás a punto de irte y no tendré otra ocasión, te lo contaré». La mujer del pueblo a la que se refería debe de ser Shigako, ¿no? ¡Pobrecita! Es la hija mayor de la abuela y ahora ni siquiera la reconoce como parte de la familia...

No pude evitar comparar la situación con el día en que la abuela me había dado por muerto, con la diferencia de que a Mitsu no la consideraba muerta sino alguien de quien iba a separarse. Aquel día mi mujer había estado muy ocupada durante toda la mañana con los preparativos para ir a Karuizawa y había hablado por teléfono con la gente que cuidaba de la casa de campo, y mi madre se había llevado la impresión de que estaba a punto de emprender un largo viaje y que no volvería a verla pronto. El hecho de que Mitsu limpiara el altar familiar antes de irse habría provocado aquella singular reacción en ella, y la conversación que mi mujer había mantenido en el recibidor con dos grupos de visitas habría estimulado a mi madre de una forma inimaginable para nosotros. En cualquier caso, mi madre había hecho lo que consideraba necesario hacer antes de despedirse de Mitsu. Estaba interpretando de nuevo el papel que se había asignado en la obra que ella misma había escrito.

Unos días más tarde, discutimos el asunto en familia. Yoshiko nos contó algo que le había pasado años atrás con la abuela de Kioto —la madre de Mitsu—, que había fallecido a los ochenta y cinco años y nos había visitado en Tokio medio año antes de morir. La anécdota de Yoshiko se refería a aquella visita, cuando mi suegra, después de asegurarse de que no había nadie más en casa, le había dado a Yoshiko un billete de quinientos yenes.

—Le dije que no lo necesitaba —recordó mi hija—, pero al final no me quedó otra que aceptarlo. No sabría cómo describirlo, pero había algo desesperado en su expresión y me miraba con ojos suplicantes, así que no tuve más remedio que aceptar el dinero. Si lo hubiera rechazado, creo que la abuela habría roto a llorar.

Era la primera vez que Yoshiko nos contaba aquel incidente. La abuela de Kioto también había dado algunos síntomas de demencia en sus últimos años, aunque no había llegado a estar tan mal como mi madre. Pensé que todas las ancianas dementes debían de vivir en un mundo parecido. Ignoro qué clase de drama había tejido mi suegra a su alrededor, pero es evidente que por entonces, igual que mi madre, vivía en un mundo que los de fuera no podíamos entender.

—Parece lo mismo —dijo uno de mis hijos—, pero yo veo muchas diferencias entre la abuela de Izu y la abuela de Kioto. La abuela de Izu considera que papá ha muerto y mamá la ha abandonado. Sus fantasías tienen algo retorcido que las de la abuela de Kioto no tenían. No me imagino a la abuela ofreciéndole dinero a su nieta.

—La demencia se manifiesta de forma distinta según cada persona —dijo otro de mis hijos—. La abuela de Izu interpreta un tipo de teatro más moderno y realista, mientras que la abuela de Kioto era de un estilo más clásico.

La estancia de mi madre en Tokio duró menos de un mes. Shigako llamó para decir que su hija había dado a luz a un niño, que el parto había ido bien y que pronto regresaría a su casa. Podíamos traer de vuelta a la abuela cuando quisiéramos. Mi hermana llevaba dos noches soñando con nuestra madre y estaba algo preocupada. La llamada llegó en el momento más oportuno, pues no podíamos llevarnos a la abuela a Karuizawa y tampoco podíamos retenerla en Tokio, donde el

termómetro subía cada día más.

Kuwako fue la encargada de llevarla al pueblo.

—La abuela se ha vuelto muy dócil, ¿verdad? —dijo a la vuelta, después de haberla dejado en casa—. Cuando está tan dócil, me preocupa aún más. Por culpa de la demencia lo ha olvidado todo, pero últimamente tengo la sensación de que ha empezado a olvidar que sufre demencia.

Siete meses después, a finales de febrero del año siguiente, los hijos, nietos y familiares más cercanos de mi madre nos reunimos para celebrar su octogésimo octavo cumpleaños. Era el año anterior a su muerte. El cumpleaños de mi madre había sido el día 15, pero lo celebramos diez días más tarde para adaptarnos a la agenda de los que tenían que trabajar. Reservamos el salón de actos del balneario del pueblo y organizamos un gran banquete con sus hijos e hijas y nuestros respectivos cónyuges, además de sus nietos y biznietos: éramos veinticuatro en total. Nos repartimos en tres grandes mesas redondas. Mi hermano y su mujer, Shigako y su marido, Kuwako, Mitsu y yo nos sentamos en la mesa del fondo con la abuela, que ocupaba el lugar de honor.

Antes de entrar en el salón de actos, mi madre ya parecía haber entendido que toda la familia se había reunido allí por ella, y estaba alegre e ilusionada. Pero cuando todos empezaron a corear su nombre, brindamos por ella y sus nietos le dieron los regalos, su cara era de descontento. Kuwako, que estaba sentada a su lado, escogía la comida más blanda y se la servía en platitos, pero ella no mostraba el menor interés, como si no estuviera dispuesta a dejarse engatusar con aquellas artimañas.

—¿Qué te pasa abuela? Estamos aquí por ti —dijo Shigako.

—¿Por mí? ¿Esta fiesta es para mí? —respondió mi madre. No es que no entendiera que nos habíamos reunido para celebrar su cumpleaños; sabía perfectamente que aquella fiesta era en su honor y que todos la felicitábamos a ella. Sin embargo, no sabía si dejarse llevar y participar en la fiesta. Cuando la felicitábamos, actuaba como si aquella gran celebración en su honor no fuera pertinente, y había algo suspicaz en su mirada. Incluso cuando sus nietos cantaron y sus biznietos bailaron canciones que habían aprendido en el parvulario, mi madre se limitó a esbozar una pequeña sonrisa cordial y enseguida desvió la mirada. Tenía un aspecto triste y abatido.

A mitad del banquete, llegó el fotógrafo para inmortalizar el momento. Shigako sacó un tocado rojo y un kimono corto sin mangas del mismo color, pero nuestra madre se negó una y otra vez a ponerse aquellas prendas rojas tan extrañas. Al final, Shigako la regañó y ella aceptó que le pusieran el tocado y el kimono, pero sólo para las fotos (no me sorprende que no le gustaran, pues no la favorecían en absoluto). Después de la sesión fotográfica, ella misma se quitó aquellas vestiduras con un ostensible gesto de irritación, como si pensara que no era ropa adecuada para un ser humano.

Era yo quien había organizado el banquete e invitado a la familia, pero no intervine en el programa de actos: opté por dejarlo en manos de los jóvenes. Todos parecían divertirse y el ambiente era cada vez más animado, pero a mí me preocupaba que mi madre fuera la única que no estuviera disfrutando de su fiesta.

Quizá hubiera regresado al lujoso y fastuoso mundo de su infancia. En ese caso, aquel banquete debía de parecerle pobre y por eso se negaba a participar en él, fuera cual fuera el motivo. O quizá durante los últimos días hubiera captado fragmentos de información sobre aquella celebración que habíamos preparado entre murmullos y había inventado un drama en el que interpretaba un papel muy distinto al que nosotros le teníamos reservado.

Sea como fuere, no me ofendió la actitud triste y abatida que mi madre mostró durante todo el

banquete, pues encajaba perfectamente con su carácter y, sobre todo, con el comportamiento que tenía últimamente.

Al día siguiente de la fiesta —que no se podía considerar un éxito dada la actitud de la homenajeada—, todos sus hijos nos reunimos en la casa del pueblo por primera vez en mucho tiempo. Nuestra madre, que tan apagada se había mostrado durante el banquete, aquel día lució una gran sonrisa rodeada de sus hijos e hijas. Nadie supo explicar el motivo de aquel cambio.

El deterioro físico y mental de nuestra madre no pasaba inadvertido. Las pocas veces que abría la boca se repetía igual que antes, pero ahora hablaba murmurando, como si pensara en voz alta, de modo que aquellas repeticiones no eran tan evidentes. Además, una vez se sentaba, ya no se movía. Al parecer le resultaba demasiado trabajoso cambiarse de sitio, y se quedaba donde estaba aunque todos los demás se hubieran ido. Años atrás era imposible imaginarla así.

—Gracias a este cambio, últimamente me siento un poco más libre —confesó Shigako—. Los intervalos entre sus excursiones nocturnas se han ido espaciando. Ahora sólo se levanta cada varios días, pero cuando lo hace parece un fantasma. Se mueve muy despacio, y parece que haya entrado un fantasma en nuestra habitación. Antes me seguía a todos lados como si fuera mi sombra: si entraba en la cocina, venía detrás de mí; si me dirigía a la puerta de entrada, también. Hasta que, un buen día, dejó de hacerlo. De hecho, a veces tengo un sobresalto al darme cuenta de que no está detrás de mí.

Aquel día, todos queríamos hacerle compañía a nuestra madre. Empezamos a hablar de los campamentos militares donde había vivido varios años con nuestro padre: sobre todo de Taipei, Kanazawa y Hirosaki.

De vez en cuando le preguntábamos si conocía a fulanita o si se acordaba de menganita, pero había olvidado a casi todo el mundo. Aun así, a veces decía: «Ah, sí, era buena persona. Muy amable. No tenía hijos. ¿Qué habrá sido de él?». Entonces su cara se iluminaba momentáneamente y nos dejaba a todos sorprendidos, como si un haz de luz hubiera atravesado su cerebro carcomido. Sólo recordó a tres o cuatro personas. Por su expresión sabíamos de inmediato si el nombre y la persona habían encajado en su mente. Y, cuando conseguía recordar a alguien, siempre repetía las mismas frases estereotipadas: «Ah, sí, era buena persona. Muy amable».

En cambio, cuando no podía recordar a la persona de la que estábamos hablando, meneaba la cabeza en silencio o decía con desdén: «Seguro que no era importante», como si no mereciera ocupar un lugar entre sus recuerdos.

—Es típico de la abuela, ¿verdad? En lugar de admitir que lo ha olvidado, echa la culpa a los demás —dijo Kuwako.

—Lo que yo pienso, y más ahora viendo a la abuela, es que los ancianos dementes tratan a sus propios hijos como a extraños —dijo mi hermano, ligeramente emocionado—. Como hijo sueles pensar que tus padres nunca te olvidarán, pero es un punto de vista muy ingenuo. A mí hace tiempo que me ha olvidado. Es cierto que, cuando estoy sentado delante de la abuela, parece consciente de que tengo una relación especial con ella, pero no creo que sepa que soy su hijo. Si le digo mi nombre, parece recordar que tenía un hijo llamado así, pero no relaciona el nombre conmigo. Por la razón que sea, yo he sido el primero en caer en el olvido.

—Ahora que lo dices —intervino Shigako—, yo llevo diez años viviendo con la abuela y cuidando de ella todos los días, y en algún momento también dejó de considerarme su hija. Cree que soy una anciana criada y me llama «señora». A mí me parece bastante presuntuoso, pero no se puede remediar.

De hecho, Shigako se había llevado la peor parte. Si nuestra madre la había olvidado a ella, entonces también había olvidado a Akio. Por alguna razón, a Kuwako y a mí había seguido considerándonos sus hijos, pero, tras dos o tres años, nosotros también habíamos terminado engrosando el saco de los olvidados.

—Da igual que haya tardado más o menos en olvidarnos: al final, el resultado ha sido el mismo —dije—. No debemos guardarle rencor ahora que ya nos ha olvidado a todos. Al final, hemos sido abandonados por nuestra madre. Pero recordad que también abandonó a nuestro padre. La demencia es una enfermedad espantosa.

No sabíamos en qué momento exacto había olvidado a nuestro padre, pero cuando nos dimos cuenta, la existencia de nuestro padre apenas era un pálido recuerdo en su memoria. Tal y como había dicho mi hermano, la demencia había destronado incluso a nuestro padre, con quien ella había compartido una larga vida, y lo había metido en el mismo saco que a los demás.

—Por otro lado, la abuela recuerda a bastantes personas del pasado, ¿no creéis? Además, parece recordarlas con claridad —apuntó Kuwako.

—Sólo recuerda a los que fueron amables con ella o a quienes consideraba buenas personas, pero ha olvidado a todos los demás —dijo mi hermano—. Según esta teoría, sus hijos e hijas no la tratamos bien ni fuimos buenos.

—¿Estás seguro?

—Yo creo que sí —siguió mi hermano—, hace tiempo que lo pienso. Por su carácter, a la abuela siempre le han causado una fuerte impresión esta clase de cosas: «Oh, ¡qué persona más amable!», «Oh, ¡qué buena persona!», «Oh, ¡qué cosas más feas hace fulanita!», «Oh, ¡qué cosas más desagradables dice manganito!». Tenía una sensibilidad anormal para estas cosas. En su fuero interno, debía de tener una lista de personas que clasificaba poniendo un visto al lado de la gente amable y tachando a los que no le caían bien. Si no hubiera acabado así, esta clasificación no importaría, pero por suerte o por desgracia está completamente senil. Y, cuando empezó a perder la memoria, olvidó primero a los que había tachado. Aunque al final haya acabado olvidándonos a todos, supongo que ha habido una especie de orden según la categoría, es decir, nos hemos ido borrando de su memoria progresivamente.

—O sea que nos ha borrado por completo.

—Sí, nos ha borrado por completo. Antes de mandar postales de Año Nuevo, yo también tacho de mi lista a las personas a quienes ya no considero necesario seguir escribiendo. Es algo parecido.

—Entonces todos nosotros estamos entre los nombres eliminados, ¿no? En algún momento nos tachó de su lista.

—Sí, y sin que le temblara el pulso.

—Me pregunto cuándo sería.

—Es difícil saberlo —dijo mi hermano. Hablaba medio en broma, pero su teoría me dio que pensar. Es cierto que, a lo largo de nuestra vida, introducimos o borramos de nuestra lista mental a las personas de nuestro entorno.

—¿Y a ti cuándo te tachó de su lista? —le preguntó Shigako a mi hermano.

—Cuando era joven, tuve una discusión con ella relacionada con mi trabajo. Tuvo que ser entonces.

—Pero eso fue hace mucho tiempo, ¿no?

—De todas formas, creo que fue entonces cuando me tachó. En un principio sólo era un nombre tachado, pero ahora la demencia me ha hecho desaparecer por completo.

Mientras escuchaba a mi hermano pensaba que, si hubo un momento en el que nuestra madre lo tachó de su lista, tuvo que ser cuando éste se casó y adoptó el apellido de su familia política. Nuestra madre se había mostrado muy favorable al enlace y había recibido la propuesta con entusiasmo, pero después de la boda su hijo se separó de ella para pasar a formar parte de otra familia. Puede que se sintiera súbitamente abandonada, sobre todo teniendo en cuenta que mi hermano era su favorito. Tuvo que ser entonces cuando lo tachó de su lista.

—¿Y qué hay de nuestro padre? —preguntó Kuwako.

—A nuestro padre debió de tacharlo cuando terminó la guerra —dije. Tuvo que ser entonces. Al final de la guerra, cuando fue desposeído sin más del prestigio y la gloria que lo habían acompañado a lo largo de su carrera como militar y recaló como un civil insignificante en una sociedad vencida, nuestra madre debió de pensar que aquello no era lo que él le había prometido. Durante sus años de servicio, nuestro padre trató a nuestra madre como un tirano y, aun así, ella cuidó de él. Después de su retiro, la desconexión de papá con la sociedad se volvió más acusada. Ella, en cambio, aceptó el papel de presidenta de la Asociación de Esposas de Militares del pueblo e hizo todo lo que se esperaba de la esposa de un militar. Debido a su carácter orgulloso y competitivo, la pérdida de autoridad que papá sufrió después de la guerra debió de ser un duro revés, quizá incluso una parte de ella deseó rebelarse contra él. Debió de ser entonces cuando tachó a nuestro padre de su lista.

—En ese caso —dijo Akio—, al marido de Kuwako y a mí también debió de borrarlos después de la guerra. —Akio también había sido militar, y el marido de Kuwako había servido como médico en el Ejército.

—¿Y a ti cuándo te borró? —me preguntó Kuwako.

—Supongo que cuando me casé con Mitsu —respondí—. O tal vez cuando decidí que no quería ser médico sino periodista. La abuela se llevó un buen disgusto cuando se lo dije.

Mi familia se había dedicado a la medicina a lo largo de muchas generaciones, hasta que yo rompí la tradición. Para mi madre —que, desde los tiempos en los que vivía con su abuelo, estaba convencida de que la suya era una distinguida familia de médicos—, mi decisión de no estudiar medicina debió de ser del todo incomprensible. A lo mejor no había sido éste sino otro el momento en que mi madre me había tachado de su lista, pero yo no fui consciente de ello. Puede que tanto mi hermano como Shigako, Akio y Kuwako fueran borrados sin darse cuenta.

Mientras charlábamos animadamente, nuestra madre estaba en la habitación contigua sentada en una silla y dormitaba con la cabeza inclinada hacia atrás y la cara cubierta con un pañuelo. A pesar de la demencia, había hecho un gesto muy típico de ella: cubrirse la cara para que nadie la viera mientras dormía. En ese sentido, mis hermanos y yo jamás estaríamos a su altura.

Desde el otoño en que celebramos el octogésimo octavo cumpleaños de mi madre hasta la primavera del año siguiente fui tres veces a la casa del pueblo, y cada vez tuve la sensación de que mi madre había encogido un poco más. Siempre encontraba su diminuta silueta frente al brasero de la habitación que daba al patio interior. Cuando hacía frío se calentaba al brasero, pero cuando no había necesidad de encenderlo también se quedaba apoyada contra él, como si no quisiera moverse de su lado. Por la noche, le extendían el futón junto al brasero y dormía allí. Apenas se movía de aquel rincón. Antes, si caía una hoja seca en el jardín, la veía inmediatamente

y se levantaba a recogerla: no podía estar sentada ni un momento. Ahora, en cambio, cualquier movimiento parecía costarle un gran esfuerzo.

Mi madre sólo iba a la sala de estar para sentarse con los demás a la hora de comer, pero comía tan poco que parecía imposible que pudiera sobrevivir. En la mesa siempre había un platito con un puñado de judías hervidas, y ella sólo alargaba los palillos en aquella dirección. No comía carne, fruta ni verdura. De pequeña era muy quisquillosa con la comida, y aquella tendencia se había vuelto más pronunciada con la edad. Cuando algo no le gustaba, lo ignoraba por completo.

—Ella está contenta mientras tenga tortilla y judías hervidas —decía Shigako—. Estoy segura de que cuando era pequeña sólo comía eso.

Mi madre hablaba cada vez menos, y cuando estaba en silencio era difícil determinar el grado de su demencia. De vez en cuando, alguien iba a verla y se sentaba con ella junto al brasero. Ella nunca reconocía a la persona que tenía enfrente, pero sonreía como si supiera quién era y hacía comentarios poco comprometidos, como: «Hoy hace un día muy bonito», o: «¿Cómo está usted?». Se había vuelto muy prudente y procuraba disimular su deteriorado estado mental ante los demás. Si bien es cierto que sus fuerzas físicas estaban muy menguadas, no sufría incontinencia y raras veces mojaba la cama, de modo que a Shigako no le resultaba demasiado cargante cuidar de ella. Además, en su pequeño cuarto de baño siempre había aguas termales que llegaban desde el valle mediante un sistema de canalización, así que cuando ocurría un accidente era relativamente fácil remediarlo. En aquellas ocasiones, además, probablemente mi madre se limpiaba sola y no molestaba a Shigako, pues no había perdido la voluntad de cuidar de sí misma.

Cuando volví a casa para Año Nuevo y vi el delicado estado de mi madre, empecé a pensar que nos dejaría el día menos pensado. Akio opinaba lo mismo, pero las mujeres —Shigako, Mitsu y Kuwako— creían que aún podía vivir varios años más en aquellas condiciones.

Entre mayo y junio tuve un viaje a Afganistán, Irán y Turquía. Antes de partir quería ir a ver a mi madre, así que comuniqué a Shigako y a su marido la fecha de mi llegada al pueblo. Sin embargo, cuando llegó el día y ya tenía el coche preparado, decidí repentinamente cancelar la visita. Parecía una visita de despedida, y tuve el presentimiento de que sería más seguro no ir. Llamé a Shigako para explicárselo y le pedí que, si le pasaba algo a nuestra madre estando yo de viaje, hablara con Mitsu y con Kuwako y tomaran todas las disposiciones necesarias.

—No creo que le pase nada —me tranquilizó Shigako—. Anoche durmió muy bien y esta mañana se ha levantado tarde. Incluso he entrado en su habitación dos veces porque me extrañaba que siguiera durmiendo. Tiene la piel de la cara tersa y suave, como una jovencita. ¡Yo parezco mayor que ella!

Cuando regresé a finales de junio, la estación de lluvias aún no había terminado. El cansancio acumulado tras un duro viaje en coche a través de desiertos y remotas zonas fronterizas era tan grande que tardé todo el verano en recuperarme. En agosto fui a Karuizawa para escapar del calor, pero allí tampoco podía dormir bien.

En septiembre por fin me recuperé del cansancio del viaje. Un día, levanté la vista hacia el limpio y hermoso cielo otoñal desde el porche de mi despacho en Tokio y se me ocurrió ir al pueblo. Había pasado medio año desde mi última visita. Cuando vi a mi madre, la encontré exactamente igual que seis meses antes. Estaba en la habitación que daba al patio interior, sentada frente al brasero vacío, y me recibió como habría recibido a un desconocido. Tal y como Shigako me había dicho por teléfono antes del viaje, tenía la tez lustrosa y hablaba con timidez. En ese sentido parecía más una jovencita que una anciana.

Me quedé en el pueblo dos noches. La segunda noche, había bajado la escalera y estaba recorriendo el pasillo para ir al baño cuando me encontré con mi madre, que venía del baño y caminaba en mi dirección. Vestida en camisón tenía el aspecto que corresponde a una anciana, y su cara también era la de una mujer mayor.

—Está nevando —me dijo.

Le dije que no estaba nevando y ella me miró con ojos de corderito, como si le acabara de reprochar un error. Sin embargo, repitió en un susurro:

—Está nevando, ¿verdad?

La acompañé hasta su habitación y luego fui al baño. Aunque sabía que no estaba nevando, abrí la ventana del baño y me asomé al exterior. Estaba completamente oscuro, pero en el cielo brillaban algunas estrellas y se oían los insectos chirriando entre la maleza del jardín trasero.

Mientras regresaba a mi habitación del piso de arriba, me asomé al dormitorio de mi madre. La cama estaba vacía y ella estaba sentada frente al brasero, en el lugar donde solíamos encontrarla durante el día. A pesar de que estábamos a finales de septiembre e iba en camisón, no parecía tener frío, pero cogí el kimono doblado junto a su almohada y se lo eché por encima de los hombros. Luego me senté frente a ella, al otro lado del brasero. Tenía curiosidad por saber qué había provocado la alucinación de la nieve y me senté allí con la intención de averiguarlo. Sin embargo, ella se me adelantó antes de que pudiera abrir la boca:

—Está nevando, ¿verdad? Está todo nevado —dijo.

—¿Te parece que está nevando?

—Es que está nevando de verdad.

—No, no está nevando. El cielo está estrellado. —Por su expresión, mi madre parecía no creer lo que acababa de decir. Hizo ademán de añadir algo más, pero no pareció encontrar las palabras adecuadas y calló—. Está nevando, ¿verdad? —repitió al cabo de un rato. Aguzó el oído como si pudiera oír la nieve cayendo. Yo la imité. Tanto el interior como el exterior de la casa estaban en silencio. Shigako y su marido estaban en su dormitorio. Eran más de las once, por lo que probablemente estuvieran durmiendo. La casa de campo, que había sido la consulta y vivienda del abuelo de mi madre (mi bisabuelo), no era especialmente grande, pero de noche parecía fría y vacía. Pensé que mi madre había sido víctima de nuevo de su «intuición circunstancial», igual que le había ocurrido aquella vez en Tokio. Mientras estábamos sentados cara a cara con el brasero vacío entre los dos, la oscuridad nos envolvía con un silencio que se podía interpretar como el silencio de una noche de nieve. Aun así, mi madre llevaba más de cuarenta años sin vivir en un lugar tan frío. Mi padre había estado destinado varias veces en lugares donde nevaba con frecuencia, como Asahigawa, Kanazawa y Hirosaki, pero mi madre debía de tener veintidós o veintitrés años cuando estuvo viviendo en Asahigawa. A Kanazawa y Hirosaki fueron mucho más adelante, poco antes de que mi padre se jubilara. Habían pasado más de cuarenta años desde que mi padre dejara el Ejército en Hirosaki, su último destino.

—¿Te acuerdas de Hirosaki? —le pregunté—. Allí nevaba todos los días en enero, ¿verdad?

Mi madre se limitó a mirarme con cara de desconcierto. Lo mismo ocurrió cuando le hablé de Kanazawa y Asahigawa.

—Sí, es verdad que nevaba mucho —dijo al final, pero no como respuesta a mis preguntas, sólo murmuró las palabras mecánicamente.

—De todos los lugares donde has vivido, Asahigawa era donde más nevaba. Nevaba todos los

días —insistí.

—¿De veras? ¿Dices que nevaba todos los días? ¿Yo vivía en un sitio como ése? —Mi madre ladeó la cabeza como si estuviera rebuscando en su memoria. Su expresión era extraordinariamente amarga y triste. Luego su cara se recompuso y dijo—: No recuerdo nada. Soy una vieja chocha.

—No te preocupes —la consolé—, no tienes por qué acordarte.

Por extraño que pueda parecer, la expresión que adoptaba mi madre cuando intentaba recordar —el cuello ladeado, la cabeza gacha y la vista fija en el regazo— contenía la humildad y la pena de un penitente obligado a confesarse. Pensé que no tenía ningún derecho a forzarla a evocar su pasado. Intentar rescatar algún recuerdo de su memoria perdida era una tarea tan difícil y lastimosa como intentar extraer la rama de un árbol del fondo de un estanque helado: sin duda emergería cubierta de gotas de agua helada.

Dejé a mi madre acostada y salí de su habitación. Luego subí al piso de arriba y me metí en la cama. Entonces se me ocurrió que tal vez no fuera la primera noche que mi madre creía vivir en un lugar nevado. Quizá llevara varias noches aguzando el oído en la oscuridad cada vez que se despertaba para escuchar la nieve caer, y tal vez seguiría haciéndolo las siguientes noches. Era probable que, en su estado actual, mi madre hubiera alcanzado el punto culminante de su desapego. Ya no sentía dolor al separarse de sus seres queridos y, cuando alguien fallecía, no parecía afectada ni se preocupaba por el donativo para la familia del difunto. La llama azul del instinto, que la había empujado con fuerza durante un tiempo, ahora también se había extinguido. Aunque viviera en un mundo de noches nevadas, ya no era capaz de interpretar ningún papel en las obras de ficción que ella misma inventaba porque su cuerpo y su mente estaban demasiado debilitados. Posiblemente hubiera regresado a la infancia, cuando la educaban para ser una jovencita arrogante, pero las luces del escenario ya se habían apagado y los brillantes decorados estaban sumidos en las tinieblas. No sólo había perdido a su marido, su compañero de toda la vida; sino también a sus dos hijos y a sus dos hijas, además de hermanos, familiares, conocidos y amigos: los había perdido a todos. O tal vez no los había perdido sino que los había apartado de su vida. Ahora vivía sola en la casa donde había crecido. Todas las noches nevaba. Y ella sólo miraba la blanca superficie de la nieve, el único recuerdo que conservaba de los lejanos y olvidados días de su juventud.

Al día siguiente, me levanté alrededor de las nueve y me senté en la sala de estar para desayunar. Mi madre también entró, se sentó en el sofá y contempló el jardín. De vez en cuando me miraba y parecía querer hablar, pero dudaba como si no supiera exactamente qué decirme o si debía decírmelo.

—Volveré el mes que viene —le prometí.

—El mes que viene, sí—. Mi madre sonrió, pero tuve la sensación de que no sabía quién era yo ni cuánto faltaba para el próximo mes.

Mi taxi llegó a las diez.

—Cuídate, abuela —dije.

—¿Ya te vas? —dijo ella, que había venido a despedirme a la puerta. Hizo ademán de salir de casa, pero se lo impedí—. Bueno, pues adiós —dijo. Antes de entrar en el taxi, me volví y la vi mirándome desde el escalón de la entrada, alisándose el cuello del kimono con ambas manos. Parecía muy concentrada en lo que estaba haciendo, como si no pudiera despedirme con un aspecto desaliñado. Fue la última vez que la vi con vida.

El taxi en el que viajábamos Kuwako y yo llegó a la casa del pueblo poco antes de mediodía. En la habitación de mi madre se habían reunido algunos familiares y vecinos que estaban sentados en círculo, como si tuvieran una mesa invisible en el centro. La puerta corredera de papel que separaba el dormitorio de mi madre del salón contiguo estaba abierta de par en par, y en el salón había un futón extendido con los restos de mi madre. Tres o cuatro familiares estaban sentados a su alrededor. Los saludé con una pequeña reverencia y me acerqué al cuerpo. Su rostro era hermoso como el de una muñeca. Su boca ligeramente curvada reflejaba la expresión altiva que lucía de joven. Le toqué la cara y le tomé la mano. Tenía la piel helada.

Shigako vino a mi lado.

—Tiene las manos frías, ¿verdad? Sujétalas un rato y verás cómo pronto se calientan —dijo. Hice lo que me decía y mi calor corporal se transfirió enseguida a las manos de nuestra madre, que sólo eran huesos recubiertos de piel. Las venas azules surcaban la superficie de la piel, tan pálida que parecía blanqueada.

Al anochecer, un joven sacerdote de un pueblo vecino vino a recitar sutras antes de meter el cuerpo de mi madre en el ataúd. A las siete llegaron mi esposa Mitsu y mi hija desde Tokio. Esperamos a que ambas hicieran sus ofrendas de incienso y, a continuación, metimos el cuerpo en el féretro. Las mujeres de la familia vistieron a mi madre con un sudario blanco. A diferencia del kimono rojo que le habían puesto en su octogésimo octavo cumpleaños, el sudario blanco le quedaba muy bien. Parecía una valiente aventurera a punto de emprender un viaje. Shigako le metió una daga en el bolsillo y Kuwako, Mitsu y sus nietos le enmarcaron la cara con crisantemos.

El velatorio tuvo lugar aquella noche. La hija y el yerno de Kuwako también vinieron. Él era un joven psiquiatra que había visitado varias veces a mi madre en la casa de campo durante los últimos dos años y había aprovechado sus visitas para examinarla. Yo estaba convencido de que la tranquilidad de la que había gozado mi madre en sus últimos años se debía en gran parte a la medicación que le había administrado aquel joven médico, así que les di las gracias a ambos en su nombre.

Sólo hacía unos diez días que el joven médico había visitado a mi madre. Dijo que entonces no había podido prever un cambio tan drástico en su estado y nos informó del resultado de su último examen:

—Al final, la abuela la tomó conmigo —dijo riendo—. Cuando terminé de examinarla, nos quedamos a tomar el té en su habitación. Entonces me miró y le preguntó a mi mujer, que estaba sentada a mi lado: «¿Quién es este hombre?». Cuando ella le dijo que era el médico que acababa de examinarla, la abuela comentó en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular: «Hay médicos de toda clase». Me quedé de piedra. ¡Menudo jarro de agua fría!

Pensé que, en aquel instante, dentro del cuerpo de mi madre (tan débil que casi se podía levantar con una sola mano) había centelleado una última chispa de su viejo espíritu peleón.

Dos días más tarde, el 24, me levanté a las cinco junto con Mitsu, Kuwako, Shigako y su marido. A las seis estaba delante del féretro. Me quedé a su lado mientras los familiares más cercanos se acercaban para despedirse de mi madre, cuyo rostro parecía tan joven y vigoroso como siempre. A continuación, cerré el ataúd golpeando los clavos con una piedra y lo colocamos en un autobús destinado a coche fúnebre en el que subimos unas veinte personas, entre familiares y vecinos. El coche tomó la autopista de Shimoda y salió por la salida del templo Shuzen-ji, tomó la carretera que bordeaba el río Omi y se dirigió hacia el crematorio. El estrecho valle estaba

cubierto de hojas de arce, y los pueblos esparcidos en él parecían siempre húmedos de rocío.

Cuando llegamos al crematorio, el sacerdote recitó un sutra e inmediatamente después metieron el ataúd en el horno. A continuación, acompañé a uno de los empleados a la parte trasera del edificio, volvimos a entrar por otra puerta y me llevó hasta la boca del horno. Una vez allí, siguiendo las instrucciones del empleado, prendí fuego a un paño empapado en queroseno. Inmediatamente se levantó una llamarada roja en el interior del horno y el fuego empezó a arder con un ruido atronador.

Estuvimos unas dos horas en la sala de espera. Cuando el anciano empleado vino a avisarnos, volvimos al horno donde dos horas antes habían introducido el ataúd. El hombre sacó una gran caja metálica rectangular que contenía algunos fragmentos de los huesos de mi madre. Nos dijo que, entre aquellos huesos, había algunos que sólo podíamos coger los familiares, y los separó con unos palillos. Cogí el primer fragmento de hueso y lo metí en una urna blanca. Cada uno de los miembros de la familia hizo lo mismo, y luego yo acabé de recoger los que quedaban. Cuando todos los fragmentos estuvieron dentro de la urna, el anciano la aseguró con un alambre en forma de cruz, la envolvió en papel blanco y la metió en una caja blanca que cubrió con un brocado dorado.

Yo fui el último en subir al coche fúnebre con la urna en brazos. Me habían guardado un asiento al fondo del vehículo. Me senté, dejé la urna en mi regazo y la sujeté con ambas manos. Pensé que mi madre había luchado sola una dura y larga batalla. Ahora que la batalla había terminado, lo único que quedaba de ella eran aquellos fragmentos de hueso.